

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

13

Conferencias de Historia Habanera.

1ª Serie: Habaneros Ilustres.

III



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

13

CONFERENCIAS DE HISTORIA HABANERA

1ª SERIE: HABANEROS ILUSTRES

III

**José Silverio Jorrín o la timidez política,
por Elías Entralgo.**

**Angustia y evasión de Julián del Casal,
por José Antonio Portuondo.**

**Vicente Escobar, uno de los precursores
de la pintura en Cuba,
por Evelio Govantes.**

**Félix Varela, el primero que nos enseñó
a pensar,
por Roberto Agramonte.**



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Antonio Beruff Mendieta

1937



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Nota preliminar.

En el presente Cuaderno ofrecemos las siguientes Conferencias de Historia Habanera, de la serie sobre Habaneros Ilustres, que por nosotros organizadas, se celebraron en el Palacio Municipal durante los últimos meses de 1936 y primeros de 1937:

José Silverio Jorrín o la timidez política, *por Elías Entralgo.*

Angustia y evasión de Julián del Casal, *por José A. Portuondo.*

Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, *por Evelio Govantes.*

Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar, *por Roberto Agramonte.*

Las anteriores conferencias de esta serie fueron editadas en los Cuadernos 7, 8, 9 y 11.

Las restantes conferencias serán publicadas en Cuadernos que verán la luz próximamente.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

*Historiador de la Ciudad
de La Habana.*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

José Silverio Jorrín o la timidez política,

por Elías Entralgo.

Audaces fortuna iuvat (timidosque repellit).
(La fortuna ayuda a los audaces y repele a los tímidos).

(Variante del verso 284 del libro X de *La Eneida*).

Evoquemos—alcalde mayor, regidores, vecinos de San Cristóbal de La Habana—el instante primero de la historia humana. El Génesis—historia, tradición, leyenda, mito o fábula, según ustedes crean o quieran (1)—nos pinta la obra divina del quinto día de la creación: el sér humano hecho a imágen, conforme a semejanza, de su creador. Dios se entrega al reposo el séptimo día, y deja a ese hombre inicial en un huerto del Edén, al oriente. Árboles deliciosos a la vista y buenos para comer, y también el árbol de vida, habían nacido de la tierra en medio del huerto, regados por un río en cuatro ramales. Todas las bestias y todas las aves son llevadas por Dios a Adam para que les ponga nombre, pero aún carecía de ayuda idónea, y Jehová lo hace caer en sueño, para cuando está dormido, extraerle una costilla, y con la misma fabricar una mujer. Practicaban el desnudismo Adam y Eva, y no se avergonzaban.

Hasta ahí el Génesis—historia, tradición, leyenda, mito o fábula, según ustedes crean o quieran—al describirnos al hombre pri-

(1) "La hipótesis poligenista es más natural. Hasta un escritor católico, el Padre Lapeyrier, limitándose únicamente a la interpretación bíblica, ha sostenido que el Génesis sólo se refiere a los orígenes del pueblo hebreo, y que de su misma relación se puede deducir la existencia de hombres anteriores a Adán, llamados por él *preadamitas*". (*Sociología General*, por Mariano H. Cornejo, Catedrático de la Universidad de Lima, Tomo Primero, México, 1934, Nociones Preliminares: Capítulo Primero: Los Primeros Hombres, Pág. 87).

migenio, lleno de facilidades, sin tener que realizar esfuerzo alguno, sin más prohibición que la de no comer del árbol de ciencia del bien y del mal, no ha hecho, a mi juicio, otra cosa que trazarnos la apología de la timidez humana en su pureza pristina. Y cuando aparece en la escena genésíaca un animal eminentemente político (“la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho”), y tienta a Eva para que coma el producto del árbol del bien y del mal, y ésta lo hace, y logra que también Adam saboree el fruto prohibido, ambos adquieren conciencia de su desnudez, y la ingenuidad, la timidez paradisiacas han terminado.

Y si de ese monogenismo bíblico, dando un descomunal salto de siglos, caemos en el poligenismo científico de la centuria déimonona de la era cristiana, con sus derivaciones en la actual, veremos que los más amplios y comprensivos intérpretes de la sociedad primitiva—Elías Reclús, Lubbock, Morgan, Tylor, Cosentini, Graebner, Obermaier...—nos presentan a los hombres de aquellas remotísimas edades, deslumbrados ante el espectáculo de los fenómenos que les rodeaban, temerosos de la naturaleza, tratando de explicarse el Mundo mágica o animísticamente. Esa concepción cósmica, llena de sorpresa y de misterio, no tenía otra causa que la timidez del que la concebía. Ese espécimen de hombre pensó, en sus inicios, cómo podía regirse a sí mismo, y después, mucho después, en cómo debía gobernar a los demás. Por eso, que me perdone Juan el Evangelista la irreverencia, pero yo no creo que, en el principio, fué el verbo; por eso, que me disculpe Goethe la petulancia, pero yo no pienso que, en el principio, fué la acción. Yo afirmo y reafirmo que, en el principio, fué la timidez.

Si queréis una prueba objetiva y plástica de que el primer gesto de toda sociedad en formación es de timidez admirativa, contemplad el cuadro que, en el salón contiguo a éste, nos representa el desembarco de los *pilgrims* de la *Mayflower* en las inhospitalarias playas de Massachussets. Y si deseáis un experimento cotidiano de timidez originaria, pedid que os lo enseñen las madres o las nodrizas. Ellas, como preceptoras vitales del llamado *rey de la Creación*, podrán deciros que no hay príncipe en la naturaleza más inválido ni más tímido. De ahí que ya sea tiempo de ir borrando la expresión de Aristóteles que la ley del menor esfuer-

zo y la comodidad mental han ido exhibiendo de generación en generación con la pátina del tópico. Nativamente, no hay animal más impolítico que el Hombre. Animales políticos lo son, desde que nacen, las hormigas o las abejas. El hombre no comienza a serlo sino años después de nacido, cuando ya camina y habla.

Tenemos, pues, la timidez como un valor humano puro; y en el curso de las palabras anteriores he anticipado, de soslayo, que la Política, como arte del Estado, es aplicación. El tímido—venga a nos la perspicaz distinción kantiana—es hombre de razones puras; el político regular, en épocas normales de pueblos normativos, es hombre de razones prácticas. (Y desde luego, que no incluyo en la afirmación al politicastro de los países anormales de nuestro continente, que suele ser homúnculo de sinrazones pragmáticas). El tímido es un introvertido; el político, un extravertido. El tímido es un contemplativo; el político, un activo. El tímido, que además tenga la condición de intelectual, es un intuitivo, un apriorista, al que se le sitúa permanentemente en el espacio y en el tiempo, para juzgarlo dentro del cosmos de la lógica; el político es un empírico, un aposteriorista, al que se coloca entre las cambiantes sensaciones, para exigirle cuentas en el mundo de la moral. El intelectual tímido construye idealidades; el político maneja realidades. (Por cierto que no me explico por qué ciertos hombres públicos de nuestro país se engallan tanto para proclamar esta última verdad, poniendo el énfasis sólo concedible a quien descubriera un nuevo continente o un nuevo planeta, pues el realismo en política tiene antecedentes casi pre-históricos, y por lo menos verdades concluyentes y definitivas desde los tratados aristotélicos. No estamos a estas alturas para discutir eso. Lo que sí está por fijar, entre eubanos, es en qué consiste la realidad. No se trata de un concepto frívolo y ligero, para uso y abuso parlanchinescos de inteligencias superficiales, sino de una idea seria y profunda, compleja síntesis empírico-ideal irreductible al más excesivo esfuerzo del análisis científico, sobre la que han cavilado los más sólidos cerebros en la larga evolución del pensamiento humano. Realidad—para definirla en pocas palabras—es la posición o existencia de lo que es. Pero ¿dónde está lo que es, y dónde lo que aparenta ser? ¿De quién es la realidad: mía, tuya, de él, de nosotros, de vosotros o de ellos? En países analfabetos, de cultura influida, de regí-

menes importados, donde, por no depender la política de ideas sino de personas, se distingue por más circunstancial y transitoria, pretender apropiarse absoluta y definitivamente de la realidad equivale a jugar con fuego. ¿A qué realidad solerán referirse los politicastros cubiches de esta época republicana: a la de ayer, a la de hoy o a la de mañana? Porque, sin apartar la vista de nuestra historia, realidad es el año 1511 en que el conquistador español huella con su planta la provincia oriental; pero realidad es también el 1º de enero de 1899, en que sale por la boca del Morro; y la crítica cubana, y hasta la española, anotan con más regocijo esta fecha que aquélla: lo demuestra de modo concluyente la sarcástica caricatura publicada por un periódico español en aquel año de liquidación colonial hispánica en América: aparecía, a un lado, el puerto de Palos de Moguer con la salida de las carabelas, y al otro con el regreso de los transportes llenos de soldados, y debajo, a un lado y a otro respectivamente, estos comentarios: “En 1492 salimos de Palos para América”; y “En 1899 regresamos de América a Palos”. Realidad fué el 6 de marzo de 1905, en que al nombrar D. Tomás Estrada Palma el *Gabinete de Combate* inició nuestra oligarquía politiquera su viaje de piratas; pero nadie recuerda esa fecha, y en cambio es fiesta nacional—al menos en la Gaceta y en la holganza pública—el 12 de agosto de 1933, en que esa oligarquía recibió la primera sacudida de las que fatal, lógica y biósicamente habrán de sobrevenirle. Si el hombre que vivió en la caverna y organizó la horda se hubiera aferrado, conformista y conservadoramente, a su realidad, el hombre de hoy no viajaría rapidísimamente en esa magnífica realidad que es el aeroplano ni habría instituído esa formidable realidad super-estatal que es la Liga de las Naciones. Si realidad es el agua incolora, inodora e insípida que acaba de brotar del manantial, y realidad también el agua turbia, pestilente y de pésimo sabor encenagada en el pantano, ¿por qué el más elemental sentido estético, el más rudimentario instinto de conservación ha de llevarnos a preferir la primera a la segunda? A menos que, confusionistas perpetuos, prefiramos seguir a aquel tipo de diputado que nos mostraba el político español Posada Herrera: “Comer con el gobierno, pasear con la oposición, dormir fuera de casa, y no estudiar por parte alguna, porque el saber ocupa lugar”.)

¿Y qué sucede cuando dos tipos tan contrapuestos como el tímido y el político funcionan en una misma persona? Pues que se produce una amalgama, nunca una aleación; o dicho con la aguda discriminación del lenguaje vernáculo: “andan juntos; pero no revueltos”.

Hemos llegado a un tramo donde la clasificación se impone. Yo distingo tres grandes clases de políticos: a) el político por instinto; b) el político por pasión; y, c) el político por deber.

El político instintivo nace, vive y, por más que reciba bandazos a babor o a estribor, muere en la política. Lo podemos representar anecdóticamente por aquel ministro, de que nos habla Louis Barthou, que al volver a su casa de una sesión parlamentaria, en la cual había sido duramente atacado por sus adversarios y no defendido por sus partidarios, confesaba su decepción y su resentimiento a su esposa, que no era adicta a las actividades de su marido; y al aprovechar ésta el momento para suplicarle que dimitiese, le contestó: “No puedo: la política es como una querida que me inspirase a la vez pasión y asco”, a lo que ella hubo de comentar: “Es un *collage*, y contra eso no hay remedio”. Volviendo a lo genérico, diré que es un tipo humano primitivo, el cual posee únicamente la voluntad—buena o mala—de ser político y nada más que político. Sus habilidades de bajo vuelo, como de gallinácea, se traducen y tradicen en engaños, intrigas, picardías y explotaciones. Al no poder aceptar que el Estado actúe al servicio de la Nación, el político instintivo lo subordina a sus intereses privados—comunmente deshonestos e ilícitos—, y está siempre propenso a degenerar en politicastro. Y esto es un grave mal en sí; pero, además, ocasiona el daño de la confusión. A los pueblos que padecen un enraizado sistema oligárquico les sucede lo que a nuestros campos después que se ha extendido por sus tierras el marabú: son estériles para la cultura, no cuentan en la historia. Y como todo lo que tienda a aclarar conceptos creo que satisface el propósito de estas conferencias de divulgación, yo quiero decirles a ustedes que nunca deben confundir al gran político con el politicastro grande. ¿Quieren saber lo que es un gran político? Suponed un parque de base-ball donde están jugando dos *clubs* muy equilibrados en sus *hitters*, en sus *fielders* y en sus *pitchers*. No hay una sola localidad vacía, y además el público, de pie, llena hasta el último

espacio ocupable del terreno. El club visitador ha llegado al noveno *inning* con tres carreras. El *homeclub* comienza su última entrada al *bat* sin ninguna carrera. Hay dos *outs*, y están las bases llenas. El bateador cuenta con *three balls y two strikes*. Millares de ojos se clavan entre el caminito de arena que hay del *box* al *home*; millones de nervios están en tensión. El lanzador arroja la bola; suena un chasquido—uno de los pocos chasquidos gratos a nuestra acústica—, la bola atraviesa la atmósfera y va a caer detrás de la cerca por el *center field*. Los tres jugadores en bases y el bateador han pisado el *home*. He ahí, en ese bateador, a un gran político, es decir, a un hombre que por su limpio y magno esfuerzo ha salvado decisivamente para su *club*—es decir, para su agrupación social, para su asociación política, para su ideario—un momento crítico de su acontecer histórico. Han ganado, con él, los jugadores y partidarios de su bando; y si los actores y espectadores del bando contrario han sufrido una derrota, ésta, ciertamente, no los deshonorra. Yo los invito a admirar y seguir a ese bateador a través de la historia, y les recomiendo que lean buenas biografías de Confucio, de Sócrates, de Jesús, de Mahoma, de Savonarola, de Lutero, de Bolívar, del Padre Varela, de Lincoln, de Martí, de Lenin, de Masaryk, del Mahatma Gandhi... ¿Desean conocer lo que es un politicastro grande? Id a un barrio impopular, a un barrio plebeyo. Entrad en una de sus casas, en la casa más oscura y más misteriosa. Dentro, hay abandono siempre, y a veces temor. En una habitación, bajo una sola luz y alrededor de una mesa con tapete verde, se sientan varios rastacueros ensortijados. Ceniza, humo, voces broncas completan el ambiente. Uno de aquellos hombres baraja y reparte las cartas por el reverso; cada uno que recibe la suya la levanta con desconfianza y la mira con astucia. En el curso del juego, un fullero se decide a “tirar” el *bluff*, y dice: “voy cien pesos más”; pero otro tahir le “resube” a doscientos pesos. El de la “resubida” gana; pero cualquiera de los dos, el que ustedes descen, puede simbolizar a un politicastro grande. Cuba parió, a lo largo del siglo XIX, políticos que tenían claros y preclaros conceptos de la Sociedad, de la Nación y del Estado; en lo que va de esta centuria, ha abortado—salvo tres o cuatro excepciones—politicastros que no hemos averiguado todavía si tienen la noción del Gobierno.

Al político pasional, una pasión lo mete en la vida pública, y otra pasión puede sacarlo. Gran aventurero, amará la acción revolucionaria o la reacción conservadora; pero, en uno o en otro caso, comunicará vivo colorido, intenso vigor y gran animación al cuadro del momento histórico en que intervenga. Encarnación de este tipo dinámico fué Mirabeau. Las características que Ortega y Gasset estudia en él—impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad...—son las que específicamente corresponden al político pasional, nó las que señalan al político *in genere*, figura humana más compleja de lo que parece, muy dividida, y por ende, difícil de centripetar. He seguido con atención inalterada la madeja de seda con que el pensador hispánico va bordando sutilezas y paradojas; y cuando le he visto terminar su primorosa elaboración, he exclamado como siempre: ¡Qué exquisita belleza!; pero he añadido por esta vez: ¡Cuán poca verdad! El tiempo se ha encargado de destruir, con el mismo Ortega Gasset como ejemplo, sus propias afirmaciones. Quien había creído ver en Mirabeau una cima del tipo humano más opuesto al suyo, quien se estimaba incapaz para la política al escribir ese ensayo, iluminaba después con su palabra singularísima, pero de político activo y militante, las Cortes Constituyentes de 1931, y el 6 de diciembre de ese año, desde una tribuna para el pueblo madrileño en el Cinema de la Opera, clamaba por una Rectificación de la República. Es que con José Ortega y Gasset he arribado a otra clase de políticos que reclaman párrafo aparte.

Sólo el político por imperativos éticos no se mueve por sí mismo, sino que es impulsado por sus paisanos, generalmente en los momentos difíciles; y es también el que da más a la política que lo que recibe de ella. En esta clase de políticos es donde, con frecuencia, se encuentra el frágil esquife del tímido, cuyo carácter sólo puede mantener el equilibrio de la navegación en la vida pública entre anegadas y abnegadas contradicciones, hasta que, vencida su poca resistencia por tantas y tan opuestas como sorprendentes oleadas emotivas, atraca en la orilla solitaria de su hogar. La ciencia psicológica, durante lo que va de siglo, ha progresado mucho en el conocimiento general del hombre, debido en gran parte a la observación y experimentación esforzada de Freud, de Adler, de Stekel, de Rank, de Jones, de Maeder y de Ferenczi; pero el

saber paremiológico se le había en cierto modo adelantado al decir: “zapatero, a tus zapatos”. El estilo suavísimo de *Azorín* describe magistralmente en el capítulo preliminar de *El Chirrión de los Políticos* esa “antinomía profunda”, ese “trágico conflicto” de el que es político sin ser político. Don Pascual, admirador de todos los atributos de la inteligencia, intelectual, intelectualizado, que en las luchas políticas quiere permanecer como si al día siguiente tuviera que morir; que es, por eso, ecuaníme y desinteresado; que tiene en su biblioteca una fotografía del Partenón, pero que por llevar en su espíritu la medida, la armonía, la proporción exacta, supera al famoso edificio helénico, al fin rompe el equilibrio de su personalidad—el equilibrio entre la timidez y la política, según interpreto yo—, porque ese equilibrio le está minando la psiquis y acabará, de no evitarlo a tiempo, por destruírse.

2

El jueves 27 de junio de 1816 el Lcdo. Dn. Tomás Domingo del Rey lleva a la pila de la iglesia de término del Santo Cristo del Buen Viaje a un niño nacido el día 19 de ese mes y año en La Habana. Era un hijo legítimo de D. Blas Jorrín, natural de Castillo de Laya en Castilla la Vieja, y de doña Victoria Dorotea Bramosio, nativa de La Habana. El Pbro. Ramón Castañeda, cura beneficiado de esa iglesia, al ponerle los santos óleos y ejercer las sacras ceremonias y preces, lo bautiza con el nombre querido por sus padres: José. Todos los concurrentes a ese acto estaban muy lejos de suponer que tal denominación era simbólico anticipo de un carácter que viviría más de diez y seis lustros. Porque no viene a mi imaginación el santo carpintero sin recordarlo en la estampa que nos regalaban en la infancia, en la que con gesto resignado desempeña su misión legendaria de abstinentes sexual y a la vez padre de un niño tan inmensurable que su pensamiento iluminaría la historia de Occidente durante veinte siglos; y lo tenemos grabado en el sub-consciente llevando la rienda de la mula en la huída a Egipto, y nos lo representamos conforme con asumir el papel de menos importancia en aquella trinidad, aún invirtiendo la natural cronología biológica. Es el santo tímido por excelencia.

Puestos a establecer discernimientos tipológicos en la corte celestial, yo les propongo a ustedes proclamar esta noche a San José patrono de los tímidos. . .

Ahora bien, ya es preciso establecer distinciones radicales en la timidez. Hay discrimen entre el tímido por temperamento y el tímido por carácter. En el primero, la timidez tiene orígenes hereditarios, es endógena, innata, instintiva, es un movimiento primario, activo y sensorial; en el segundo, la timidez se produce a través de la adaptación al medio, es exógena, adquirida, volitiva, es un movimiento secundario, reactivo y sentimental.

El tímido por temperamento proviene de fenómenos constitucionales endocrinos y nerviosos; es el resultado inevitable de determinadas actividades tróficas y glandulares de las células en sus correlaciones bioquímicas humorales. Entre las funciones más primitivas y determinantes del temperamento están la *apetencia* y la *sexualidad*. La timidez sexual ha sido profunda, bella y recientemente estudiada en su tipo más representativo, Amiel, por el ensayista cubano José de la Luz León y por el endocrinólogo español Gregorio Marañón. Los cito por el orden cronológico en que aparecieron sus respectivos libros y los englobo en la calificación porque, despreciando patrioterías ridículas en el momento del juicio genérico, yo no sabría colocar un esfuerzo sobre el otro. Puedo, no obstante, discernir diferencias específicas. El libro de Luz León tiene menos rótulo que contenido, pues refiriéndose en el título exclusivamente a *la incapacidad de amar*, desarrolla en el cuerpo otros particulares de la timidez de Amiel; el de Marañón lleva, por el contrario, más rótulo que contenido, pues el sub-título, *Un estudio sobre la timidez*, es más vasto que el asunto luego tratado en su aspecto limitadamente sexual; pero ambos—precindiendo de peculiaridades en la personalidad de sus autores—son dos libros sustanciosos en los conceptos y sabrosos en el estilo.

No es difícil probar, con las notas sobre la vida y la obra de José Silverio Jorrín en el atril, que su caso discuerda fundamentalmente del de Amiel en el desenvolvimiento de la tesis de Luz León. Jorrín no fué un solitario a quien se le impusiera la necesidad autodiscursiva y despersonalizadora del Diario. No tuvo que buscarse a sí mismo en apariencia, fugándose en realidad a través de esa literatura soliloquial, porque su vida fuera un de-

sierto, pues supo de ternuras filiales, conyugales y paternas, y se sintió útil para servir a la patria, a la cultura y a la humanidad. En lo intelectual, ni su razonamiento carece de ilación, ni su prosa se distingue por lo imprecisa y evasiva.

Tampoco cae Jorrín dentro del recipiente analítico de Marañón. Ni misógino, ni tímido por virilidad muy diferenciada ni por inferioridad auténtica, ni donjuanista de por vida, ni mucho menos homosexual. Registrando su copiosa correspondencia, de verdadero grafómano, adivino que en el sexo no fué más allá ni más acá de lo que exigían las costumbres de su época, o sea polígamo a su imperativo tiempo natural, y monógamo a su debido estado social.

Pero, en el curso de las sugerencias de Luz León y de Marañón sobre Amiel, no siempre parece alejársenos la divergencia de Jorrín, sino que, a ocasiones, más bien nos los imaginamos acercados por la afinidad. Y es que, aunque existan muchas discrepancias entre el temperamento y el carácter, no dejan de tener sus puntos de contacto. ¿Cómo no han de tenerlos, si el carácter viene a ser algo así como el freno intelectual a la rueda del temperamento? Esa condición de dominar los ímpetus temperamentales, limando sensaciones, es la más importante en el mecanismo del carácter.

Ya en párrafo anterior quedó afirmado cómo el tímido por carácter obedece principalmente a los estímulos del mundo exterior y es hijo dilecto de la sensibilidad. De las tres facultades comprensivas de la psiquis humana, la que acabo de mencionar, fué la que más y mejor le educaron a José Silverio Jorrín durante su infancia. En situación de quiebra económica murió su padre, dejándolo huérfano a los siete años de edad; y varias veces diría (2)—relatando ese indudable acontecimiento en su existencia—que a su venerada madre debía dos veces el vivir, porque desde entonces ella orientó su primigenia educación: la deuda de la vida somática se acreció desde entonces con la obligación de la vida psíquica y ética. Madre y cubana, es decir, sensibilidad más sensi-

(2) En borradores dispersos sobre su vida y en los *Apuntes autobiográficos para mi hijo Leonardo*. Estos documentos manuscritos de Jorrín se hallan hoy en poder del Cap. Arturo González Quijano, investigador de nuestra historia, quien, enterado por la prensa de esta conferencia mía, me los ofreció espontáneamente. Quede aquí la proba constancia de mi reconocimiento.

bilidad, igual a: hipersensibilidad. Los dos sumandos homogéneos, sin el restando volitivo paterno, no podían operar sino esa adición señera. Y mientras la buena doña Victoria Dorotea Bramosio enseñaba a su hijo a leer y lo instruía en la doctrina cristiana, iba—sin quererlo y hasta sin saberlo—humedeciendo el espíritu del niño con la fina lluvia de la timidez. Perosa y absorbente es en los días infantiles la conciencia; y la de José Silverio quedó impregnada, para el cuantioso residuo de su existir, con esa pedagogía sentimental y tímida de su madre.

A los nueve años ingresó como externo en la Academia *San José de Calasanz*, dirigida por el sacerdote escolapio Ramón Otero.

“En 1827 ó 28, sufrimos los alumnos del Padre Otero—dice Jorrín (3)—un solemne examen en la iglesia de San Agustín. Presidió el acto Dn. Frco. Dionisio Vives, a la sazón Capitán General de esta Isla. El gentío fué inmenso. Los niños se colocaron en el presbiterio, donde también se hallaban varios mapas, un gran encerado, y otros útiles. Obtuve en premio una cruz de plata colgada al cuello por una cinta azul; y lo debí a mi extraordinaria memoria de entonces, gráficamente confirmada por la siguiente anécdota. —En uno de los más tórridos días del mes de agosto, nos manifestó nuestro Director, después de ponernos en correcta fila, que iba a recitarnos el *Te Deum*; y que si alguien lograba repetirlo sin incurrir en una sola falta, recibiría en galardón una bandeja colmada de frutas. A la eléctrica explosión que excitaron estas palabras, sucedió muy luego un silencio profundo, para escuchar lo que en voz alta y clara comenzó a decir nuestro Maestro. Ninguno de los muchachos sabía jota de latín, y todos ignoraban qué cosa era el *Te Deum*. Mas a pesar de tamaños inconvenientes, apenas hubo concluído el buen Padre su perorata, cuando di un paso fuera de la fila, y la recité de cabo a rabo sin quitarle ni añadirle una coma, y hasta imitando con escrupulosa e inconsciente exactitud la mímica y entonación del modelo. Estos eran—añade, comentando, el propio Jorrín—los ejercicios escolares de aquella época, en que la instrucción primaria descansaba en dos principios: la letra con sangre entra; e importa no interrumpir en los niños el sueño de la razón, para mejor desarrollar sus facultades mnemónicas por medios tan singulares como el que acabo de referir.”

Poco después, de 1829 a 1830, el aragonés D. Antonio Casas y Remón fundó el internado *San Cristóbal*, a dos kilómetros de La

(3) *Apuntes autobiográficos para mi hijo Leonardo*, antes citados.

Habana, en el lugar entonces casi campestre que llamaban *Carra-guao*. La madre trasladó a ese colegio a José Silverio, y allí estuvo once años, hasta después de haber obtenido los títulos de Bachiller *in utroque*, o sea, en ambos derechos, canónico y civil.

Memorismo y pupilaje: no podía haber dos medios mejores para conservar y preservar un carácter. Que en el de nuestro Jorrín se mantenía inalterado el predominio de la sensibilidad lo demuestra el siguiente párrafo de su carta del 7 de octubre de 1845 a Anselmo Suárez y Romero al devolverle “su lindo y triste cuadro del bohío vara-en-tierra”:

“Este—le dice—me ha gustado mucho; y digo *gustado*, porque en asuntos literarios tengo por mejor juez al sentimiento que al análisis. Hágame participar el escritor de sus emociones; deléitame con la pintura de ese pájaro melodioso que canta en la espesura cercana, pero sin saberse dónde; fuérceme a seguirle sin ruido por entre el monte para atisbar mejor al negro guardiero; lléveme, en fin, por la mano a una escena que recuerda las de Bernardino Saint-Pierre en su *Pablo y Virginia*, y yo siempre me daré con esto por satisfecho.”

Y que a los setenta y tres años de edad se le sostenía intacta la timidez, lo manifiesta la siguiente confesión suya en ese tiempo de su vida:

“Escrita tengo la carta p^a. D^a. Juan Ignacio de Armas, en la que indico los tres trabajos con que Cuba puede y debe contribuir a la celebración del 4^o centenario del descubrimiento de América. Pero mi instintiva repugnancia á llamar la atención pública; mi escasa confianza en que mis excitaciones encuentren eco; y lo agudo de la crisis que en estos momentos vengo atravesando, me retraen hasta de enviar á Ud. una copia de la aludida epístola, para que me advierta lo que en ella le disguste.” (4)

Ya antes relacioné las tangencias del temperamento con el carácter. Esos puntos comunes en la estructura psíquica y ética de José Silverio Jorrín se tocaban entre lo sensorial y lo sensitivo. Su organismo era tan sensible como un termómetro diferencial.

(4) Carta, desde Bolondrón, en 25 de abril de 1889, al Dr. Vidal Morales y Morales.

“Tengo a la vista—dícele a un amigo (5)—su carta de ayer, que desenvuelve la extraordinaria tesis de que yo en pleno verano debo escribirle con tanta frecuencia como en invierno y primavera, haciendo abstracción absoluta de los 88° de Farenheit que marca á la sombra el termómetro. Soy muy sensible a esta atmósfera de estufa. Me abruma, no sólo el cuerpo, sino el espíritu, y me convierte en una entidad inerte.”

“A todas éstas,—son expresiones de otra epístola (6)—con el viaje de Serafina y el calor de 30 grados centígrados que estoy sufriendo, no he hecho cosa alguna en lo de Saco. Este aplazamiento indefinido, esta culpable é invencible pereza, no pueden producir sino algo muy trivial; y, al hacer esta confesión (síntoma pésimmo), me considero exento de culpa y pena. El calor, fuente de vida para los más, es para mí motivo de anonadamiento. Si sólo consultara mi idiosincrasia, yo pasaría en el Norte, á buena altura sobre el nivel del mar, los meses de Junio á Octubre.”

Repítese con posterioridad (7):

“Los 31 grados que marca á la sombra el termómetro centígrado, me mantienen todavía algo perezoso respecto á Saco; y el único adelanto que en el particular he realizado, consiste en mi 2ª lectura de su “Historia de la Esclavitud” que espero dejar concluída pasado mañana. Hecho ésto, me levantaré un día, antes de que raye el alba, y, de un tirón dejaré listo el mamotreto, ó sea, el Ensayo crítico sobre aquella obra...”

Reitera en otro momento (8):

“Procuraré concluir lo de Saco, á pesar de que me rodea una atmósfera que está, cual una estufa, á 32° del centígrado.”

Insiste preocupadamente (9):

“He concluído el exámen de todo lo de Saco; tengo todos los materiales p^a. la obra, pero no le he puesto á ésta la mano toda-

(5) Carta en La Habana el 3 de julio de 1890 a Vidal Morales.

(6) Carta desde La Habana el 8 de junio de 1891 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

(7) Carta desde La Habana el 30 de junio de 1891 a Vidal Morales.

(8) Carta desde La Habana el 9 de julio de 1891 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

(9) Carta desde La Habana el 19 de julio de 1891 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

vía. Se la iré mandando por fracciones desde el Norte. Mi musa inspiradora sólo se me aparece en medio de frescas brisas primaverales, ó entre las anortadas ráfagas del invierno. Ahora, como estoy bajo el trópico de Cáncer y el sol me saluda todos los días desde el zenit, hasta en los deliciosos momentos del alba, me levanto de la cama sudoroso. En Newport hace fresco.”

¡Y qué gozo, cuánto júbilo, al lograr la ansiada libertad climática! (10):

“Encontré á todos los míos con perfecta salud; y hasta ahora disfruto en medio de ellos de los placeres del hogar doméstico, y de una temperatura primaveral.

“Proviene esto último, de q^e. Newport es una ciudad del Estado de Rhode Island, situada en una islita de unas tres leguas de largo por otras tantas de ancho; bañada por las brisas del Océano, y profusam^{te}. engalanada con árboles corpulentos, que aparte de hermostear el paisaje, oxigenan higiénicam^{te}. las salobres emanaciones del mar.”

Otro fenómeno oscilatorio entre su temperamento y su carácter, pero coincidente con el ya señalado, es el del ambiente tranquilo y silencioso en que, a su juicio, debía producirse la elaboración intelectual:

“Para escribir algo mediano,—dice—se requiere un poco de tranquilidad; y por eso el lema favorito de muchas bibliotecas ha sido: *alto plena silentio*” (11).

Apartando la mirada del roce entre lo temperamental y lo característico, para aplicarla más en este segundo extremo, le descubro pormenores que también declaran cómo el eje de su personalidad era el sentimiento. Al visitar el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, lo que detiene su atención es, en el Museo Gundlach,

“... un grupo de colibríes ó sunsunes de variados plumajes con metálicos reflejos, entre los que descuella el pajarito más diminuto que existe en la tribu alada;...” (12).

(10) Carta desde Newport el 31 de agosto de 1891 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

(11) Carta desde La Habana el 14 de mayo de 1891 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

(12) Carta desde La Habana el 24 de marzo de 1896 a Vidal Morales en Matanzas.

Si dispusiera de tiempo para ir entresacando detalles a través de su vida íntima, verían ustedes cuántos rasgos de singular delicadeza ratifican el prevalecimiento de su sensibilidad. Lo contemplaríamos inquietado y titubeante, transido de preocupación y de responsabilidad, al emitir parecer sobre la formación de una biblioteca para jóvenes asiladas y obreras... Lo observaríamos ocultando celosamente la fecha de sus partidas hacia el extranjero, temeroso de que parientes y amigos sufrieran molestia en ir a despedirle. Lo presenciáramos, ora con la pluma temblándole en la mano al refutar o censurar—aún dentro de la más rígida objetividad—la obra de un colega, frente a la perspectiva de lastimarle la susceptibilidad; ya, haciendo gestos ante la noticia de que sus frecuentes comentarios elogiosos a la producción de un destacado coetáneo, consignados en misivas a un amigo, son enviados por éste a aquél, y supone que deben empalagarle.

Insensiblemente, por medio de la sensibilidad, vislumbra nuestro objetivo la imagen del tímido. ¿Por qué ya no captarla, revelarla y fijarla? Tratadistas de ayer (13) y ensayistas de hoy (14) concuerdan en atribuir determinadas sub-características a los tímidos. Si la atención de ustedes me lo permite, voy a abrir mi fichero:

Primera cédula: Abulia por irresolución. El ánimo apocado del timorato para conectarse con el mundo exterior suele llevarlo

(13) Entre los tratados deseo mencionar—haciéndole reparadora justicia póstuma—uno que fue, sin duda, fuente donde varios calmaran su sed investigativa, silenciando su gratitud después que se tragaron el agua: *Los Tímidos y la Timidez*, obra original del doctor Paul Hartenberg, traducida por Manuel Antón y Ferrandiz y considerablemente aumentada con estudios especiales y originales acerca de *El Origen de la Timidez* por Don Manuel Antón, *La Timidez en España* por Don Eusebio Blasco y *La Timidez en General* por Don José Echegaray, Madrid, 1902. Debo el haber podido consultar este documentado libro a la benevolencia del distinguido psiquiatra Juan Portell Vilá.

(14) Entre los ensayos quiero destacar el reciente de Austregesilo sobre *Caracteres Humanos*. Este brasileño, profesor, autor trilingüe y publicista fecundo y leído en su consumada especialidad psicológica, es de los modelos que la América nuestra—filológicamente hablando—puede exhibir a la presuntuosa cultura europea, tan desdeñosa para los valores de Colonterra (según la más justa denominación continental del cubano José Antonio Ramos).

hasta esa reducción de la voluntad; pero aquí se nos presenta de nuevo la distinción entre la timidez por temperamento y la timidez por carácter. El tímido por temperamento es un apático, falto de estímulo inicial para toda acción externa. Su dinamismo es endocrino. Si esa índole recae en un intelectual, se pasará la vida intróversándose en páginas *diáricas*. El tímido por carácter, como nuestro José Silverio Jorrín, no ejercita tanto el egotismo. De vez en cuando se introspecciona en alguna correría autobiográfica, que no da derecho a incluirle entre los autoanalistas, sino más bien a crearle la categoría de *autosintesta*. Y llega hasta el diálogo epistolográfico, que los tímidos característicos cultivan con mucha frecuencia y virtud estilística y en el cual vacían no pocos conocimientos, porque es su género predilecto, el que por la equilibrada subjetividad se aviene más con sus distintivos vitales. Y no sólo escriben entonces con gusto, sino que leen con largo placer a sus correspondientes. En esas cartas íntimas desnudan su corazón, y no es sino en la posteridad cuando los extraños podemos tener la suerte, en ciertos casos, de verles, a través de sístoles y diástoles, sus más genuinas emociones. Si en las varias ocasiones en que Jorrín le pidió a Vidal Morales en una misiva que la rompiera una vez leída, éste lo hubiera complacido, quizás no estaríamos esta noche realizando la función útil de adquirir experiencia y aprender vida por el camino de una etopeya ejemplar. En gran porción debido a esos epistolios—con tanto celo guardados y conservados—podemos hoy reconstruir la estampa de su autor. Jorrín escritor no era, en definitiva, sino una parte de Jorrín persona, y, por lo tanto, de Jorrín tímido. Su estética literaria estaba tejida de animadversión contra los vocablos insólitos, las hipérboles, las amplificaciones, los párrafos altísonos, la exuberancia, la prolijidad, el gongorismo, el neogongorismo; y de no ahorrada simpatía de adjetivos para el estilo discreto, sencillo, moderado, templado, sobrio, armónico, sereno, nítido, translúcido, conciso...

No pocas de esas cualidades que elogiaba en la prosa de los demás, las vemos en la suya. Hay momentos de su juicio que traducen muy bien su genio tímido. Seleccione éste:

“No hay región ni provincia alguna, en los países civilizados, que no recoja con religioso escrúpulo sus tradiciones locales, ya por estar siempre encariñado con ellas el sentim^{to}., ya por la sinceridad

con q^e revelan la vida íntima, el peculiar modo de ser de sus moradores” (15).

Otras veces, el tímido característico culto, aturdido por los problemas circundantes, huye muy lejos, hasta encovarse en las lejanías de la historia, encontrando refugio en una suerte de sentimentalismo arqueológico. Observemos a Jorrín en esa actitud:

“Quizás, y sin quizás, nadie menos apto que yo para valorar debidamente el mérito de lo que se relaciona con Italia. Desde mi adolescencia estudié con infatigable empeño la historia, la literatura y las bellas artes de la antigüedad clásica; y desde entonces he leído siempre con indulgente interés cuanto se refiere al país que más vestigios y tradiciones ha guardado de los padres de nuestra actual civilización.

“Varias ocasiones he recorrido la Península cortada por los Apeninos; y á diferencia de lo que me sucede con el resto del mundo, desearía visitarla una vez más antes de morir, para dar el postrer adiós á lo que allí me ha proporcionado grandes goces intelectuales; á lo que allí ha levantado mi alma a nobilísimos sentimientos que lejos de entibiarse han cobrado redoblada intensidad á medida que he ido engolfándome en la edad viril” (16).

También es postura propia del tímido característico culto la del mariposeo. Pensad en una cabeza egregia—frente amplia, ojos sutiles, orejas chicas, nariz aguda y puntiaguda, labios finos—que va libando en textos elementales o en artículos sobre el dibujo lineal, la lexicografía, la educación física, la administración pública, la urbanidad e higiene populares, el derecho, la literatura, la estética, la agricultura, la pedagogía, la política, la economía, la historia europea y americana, la legislación hipotecaria, la codificación civil, la arquitectura gótica... y tendreis la representación intelectual de José Silverio Jorrín. ¿Careció su mente de los materiales necesarios para edificar obra más amplia, sistemática y profunda? Esta pregunta, que surge con tanta lógica después de las afirmaciones inmediatamente anteriores, me obliga a la indagación, no breve ni simple, del desenvolvimiento de su mentalidad.

(15) Carta en febrero de 1892 a Serafín Ramírez, agradeciéndole un ejemplar de su libro *La Habana Artística*.

(16) Carta en La Habana el 20 de agosto de 1868 al Sr. D. Juan Pizarro y Morejón, comentando unos artículos de éste sobre Italia.

D. Antonio Casas y Remón, no sólo introdujo una transformación esencial en la enseñanza cubana, postergando sus viciosos métodos al suprimir los envilecidos y envilecedores castigos de la palmeta y los azotes, al subordinar el único ejercicio de la memoria al cultivo gradual del entendimiento, y al propagar el entusiasmo por los estudios técnicos; sino que, importando un profesorado competentísimo de España, de Italia, de Francia, de Alemania, y escogiendo como coadjutor a José de la Luz Caballero, apartó más, en otro sentido, a Carraguo de la Capital, para convertirlo en un jardín de Academos. He hablado en tono casi alusivo, porque ustedes recordarán que ya cruzamos por este internado *San Cristóbal*; pero ahora, al traspasarlo, será preciso que entremos y nos detengamos en él. Porque ahí la ávida curiosidad y la perseverancia estudiosa de nuestro caracterizado fueron encauzadas por una disciplina ajustadora, hasta acreditarlo como el discípulo público número uno de ese plantel. Es bello el espectáculo de contemplarle ascendiendo, sin prisa farragosa, por la escala de los conocimientos.

Empecemos en mayo de 1834.—Ha aprendido el idioma portugués con el profesor D. Juan Barreiro, y está leyendo en el original *Os Lusíadas* de Camoens.

Septiembre de 1834.—Por haberle enseñado la lengua italiana el maestro romano D. Alejandro Pomaroli, lee en el original *Jerusalén Libertada* del Tasso y traduce al español *Los Deberes del Hombre* de Silvio Pellico.

Octubre de 1834.—Con el lingüista D. Pedro Barbastre comienza el estudio del griego por el método de Bournouf, y el del latín. Su aplicación en ambos lenguajes clásicos fué tan intensa como extensa, sobre todo la que consagró al que hablaron los pueblos del Lacio. Tradujo a varios autores latinos. La polilla destruyó en el decurso muchos de esos manuscritos; pero veinte años después de haber dejado las aulas, conservaba todavía las muestras de haber podido volcar al castellano el latín originalísimo—a la vez apretado y desembarazado—de Tácito en *Germania* y en la *Vida de Agrícola*.

Marzo de 1835.—Recibe en la Universidad de La Habana la investidura de Bachiller en Derecho Civil a claustro pleno y né-

mine discrepante. Es su padrino quien lo había adoctrinado en literatura y en otras muchas cosas, José de la Luz Caballero, el cual lo obsequia entonces con un libro, consignando en la portada que es como recuerdo del grado, *atque in amoris specimen.*

Abril de 1835.—Se embarcan para España sus antiguos profesores de matemáticas D. Cayetano Núñez de Arenas y el capitán de artillería retirado D. José Ramírez; y lo designan para sustituirlos en estas cátedras: álgebra elemental y superior; geometría, trigonometría y geodesia; secciones cónicas, aplicación del álgebra a la geometría, y cálculo diferencial e integral.

Junio de 1835.—Empieza a penetrar en el alemán, guiado por D. José de la Luz; y lo continúa durante año y medio bajo el magisterio de un versado sacerdote católico austriaco, que era el capellán del colegio. Con él llegó a leer a Goethe y a Schiller.

De 1839 a 1840.—Ya ha rendido su labor en Carraguo. Se ha llevado en el equipaje cultural—además de la sabiduría que le hemos seguido—, el conocimiento del inglés y del francés—con una versión española del *Tratado de lo Sublime*, atribuido a Longino, sacada quizás del texto de Boileau—, el aprendizaje del dibujo, la música y la escultura, y, sobre todo, una instrucción predominantemente académica. Esta última iba a servirle de pauta en sus primeros pasos intelectuales fuera del colegio. No la casualidad, sino la causalidad vocacional fué la que lo llevó a participar, durante la incierta fecha últimamente mencionada, en dos academias de derecho. Formaban la una no más de ocho bachilleres, que habían sido alumnos del perillustre jurisperito de la época, José Agustín Govantes, en su cátedra de derecho patrio en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio; y se dedicaban a hurgar el derecho civil español. Menos Jorrín, todos los que componían la otra academia jurídica eran famosos abogados de aquellos tiempos: Domingo Guiral, Fernando Parra, Analecto Bermúdez y José Antonio Cintra. En la residencia de este último, “en un lindo patio constantemente bañado por la brisa”, se efectuaban por la tarde las reuniones. El plan, a propuesta de Cintra por unanimidad acordado, consistía en rever los puntos menos contendidos en el foro. En cada junta se acordaba el tema que debía discutirse en la siguiente, y se nombraba, por riguroso turno, al que habría de desarrollarlo y contestar a las dudas u objeciones que se le presentaran.

“Mas todo esto se hacía de tan buena fe—son palabras del propio Jorrín—, con tan amistosa y elevada intención, y sobre todo, con tal suma de experiencia e ingenio, que más se aprendía allí en una tarde, que en las aulas durante un trimestre.”

Y agregaba esta inmediata y significativa descripción :

“Complázcome todavía en recordar (17), que comentando Cintruna una vez toda una sección del Código de Comercio, y después de haber desentrañado analíticamente cuanto en ella había de poco claro, y alguna que otra antinomia, epilogó todas estas observaciones de detalles en tan hermosas consideraciones sintéticas, que los que allí teníamos aficiones literarias, y Bermúdez entraba en el número, nos creímos transportados en aquellos instantes a la antigua Grecia, cuando brotaban de los labios de algunos de sus célebres filósofos, verdades no sospechadas por sus oyentes.”

Tanto había arraigado en su contextura ideológica el sentido académico, que en octubre de 1840 funda con José Antonio Echeverría, Anselmo Suárez y Romero, Zacarías González del Valle, Ramón de Palma y Lorenzo de Allo (18) un instituto libre de ese tipo para dilucidar cuestiones de economía política, tomando como base de los debates el texto de Flórez Estrada, y repercutiendo en todos ellos las explicaciones que daba sobre esa ciencia en el Seminario de San Carlos D. Antonio Bachiller y Morales. Su predilección académica lo encaminó también a las veladas literarias de Domingo Delmonte, aunque no fué de los contertulios más asiduos, porque ya le embargaban la atención otras atenciones, capaces de sustraerlo de un centro a donde lo atraían la devoción que le inspiraba su animador y la amistad de Suárez y Romero, Ramón de Palma, Zacarías González del Valle, Echevarría. . . Academicismo, tertulianismo; es decir, goce intelectual por excelencia. Aquella generación de cubanos—no tan desasistente de sus debe-

(17) Tomo estas citas de los *Apuntes autobiográficos para mi hijo Leonardo*, probablemente escritos más de cuatro lustros después de la fecha a que ahora me estoy refiriendo.

(18) Lorenzo de Allo era un abogado que ejercía poco la profesión. Residiendo en España, fué nombrado auditor. Figuró en la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana. Dió lecciones en el Ateneo Cubano de New York, ciudad en la que murió. Escribió artículos y versos, pronunció discursos; pero en lo que más se distinguió fué como economista.

res cívicos, pues que en ella prendió la semilla esparcida por el P. Varela, cuajando en una conciencia nacional, que a su vez fué el núcleo de la personalidad política que hemos ido adquiriendo—tenía el sentido, la actitud y hasta el concepto del gozo. Gozaban aquellos hombres con la inteligencia, porque gozaban con la vida. No es posible arrancarlos del ambiente en que respiraron. Si supieron revestir al siglo XIX de un interés y una importancia como no los tuvieron las tres anteriores centurias ni los va teniendo la actual en nuestra historia, fué, entre otras razones, porque moraban en un casón, donde los pulmones se sentían a su gusto; se sentaban en torno a una anchurosa mesa, con la dilatada sopera en el medio, como para regodearse con los placeres culinarios; iban en vehículos lentos, y así las diligencias eran paseos; y hacían sus trabajos intelectuales junto a calles silenciosas, en las que los poquísimos ruidos no alcanzaban a turbarles las lecturas meditadas, ni a perturbarles la cohesión del pensamiento, ni a interrumpirles la armonía de las palabras. Ese vivir sereno, apacible, tranquilo, era el medio apropiado para procrear el humanismo. En la época actual, el petróleo y la electricidad, mecanizando al mundo, han colocado muchas cosas—como, por ejemplo, la ducha, con su vertical limpieza, que nos permite experimentar la más radical de las sensaciones: la sensación de renuevo—; pero han dislocado el saber, y sobre un excesivo culto al tornillo han proyectado la figura representativa del especialista, del profesional, que por no conocer más que su profesión, ni su profesión conoce siquiera—digo parafraseando la paradoja feliz de Letamendi de Manjarrés, otro renacentista redivivo en el décimonono español—, espécimen contra el cual ya se pronuncian los más auténticos pensadores de Europa, llegando hasta a despreciarlo como extracción de barbarie. ¿No dice el pueblo, en su voz divina, “que el que se apura se muere, y el que no, también”? ¿Por qué, entonces, esa *lujuria*—y he ahí otro hallazgo intuitivo del vocabulario popular cubano—en ganarle batallas al tiempo y en vencer a la naturaleza?

Ya antes se me ha adelantado la palabra: humanista. Eso fué Jorrín, por los lineamientos directores de su erudición y directrices de su gusto estético. ¿Fue también por su obra? Durante algún tiempo pareció que su cerebro lepidóptero iba a posarse en

un tratado, homogéneo y orgánico, sobre Cristóbal Colón. Inclínábalo al tema, por antipodismo, su propia timidez. No se le hubiera ocurrido admirar preferentemente, por ejemplos, a Anacreonte, Virgilio, Garcilaso de la Vega o Luisa Pérez de Zambrana, porque llevaba en sí mucho del espíritu de esos poetas. Contra la casi totalidad de las definiciones del diccionario, la observación real proclama que admiran individuos y sociedades lo que no pueden mirar. ¡Cuántas veces, al atravesar la más hermosa de las avenidas habaneras, ante el hipógrifo encalabrinado de Maceo y el rígido cuadrúpedo de Máximo Gómez, he creído que, si nuestro pueblo hubiera dado muchos hombres del linaje de esos jinetes, tendríamos, al doblar de cada esquina, una estatuilla ecuestre al *mambí* desconocido! Y es que, en muchas ocasiones, no hay más inarmónica ilogicidad que la de un lenguaje, sobre todo cuando es el producto contradictorio de razas encontradas. (Quizás si aquel ignorante, ignorantista y marrullero cacique cubiche Antonio Ruiz y Alvarez, además de ser un precursor de Franklyn Delano Roosevelt, tuvo razón idiomática cuando le contestó al noticiero: “Aunque la prensa esté conmigo o *sinmigo*, yo seré el Gobelnadol de la Bana”). Contrastan los antes aludidos criterios de la antigua Real Academia Española con la opinión de los que podemos considerar como bisabuelos linguoconsultos de nuestro idioma, o sea, los autores latinos—Cicerón inclusive—que sinonimaban *admiración* con *maravilla*, *pasmo*, *estupor*. Así estamos en disposición de explicarnos que Jorrín fuera a buscar, en el Genio apogeiamente activista del Renacimiento, su contrafuga predilecta; porque es difícil encontrar, en el muy longuísimo trayecto de la historia humana, un hombre más osadamente temerario que el singular, el señero Almirante hebreo. (Y al afirmar esto tengo muy en cuenta que a los más grandes capitanes guerreros, desde Alejandro Magno hasta Foch o Hindenburg, por entre la variedad de tácticas y estrategias, lígalos un cordón umbilical: el del cálculo a la vez telescópico y microscópico, del peligro). El tema colombino pasa, en Jorrín, de la admiración a la vocación, y llega, en ciertas oportunidades, hasta la obsesión. Diez años consecutivos de residencia en el extranjero los dedicó, en gran parte, a pesquisas sobre su asunto favorito, llenando de notas considerable número de libretas. En sus publicaciones y en su correspondencia privada se advierte

que no le perdía ni por un momento el curso bibliográfico a la vida, a la época y a la obra de Cristóforo Colombo y Fontanarosa. No obstante, cuando una casa editorial tan importante como Espasa y Compañía, de Barcelona, por indicación de Cesáreo Fernández Duro, le pide los resultados de sus investigaciones en anteproyecto de libro, para imprimirlo, rehusa la oferta (19); y, en fecha aproximada, conviene con el nauta, internacionalista, explorador, geógrafo, historiador, académico y colombista recién mencionado en

“...cuán erizado está de graves y hasta peligrosas dificultades, el camino por donde puede acometerse y darse feliz cima, a esa magna empresa” (20).

El se proponía andarlo tras la guía de la realidad, desechando novelas y leyendas aureoladas en torno al incorporador de América a la cultura occidental y cristiana; pero cuando así lo expresa, le asalta una vez más la dubitativa timidez:

“¿Daré a luz esa biografía? Aún no lo sé; porque recelo, entre otras cosas, que la ejecución resulte inferior a la altura del concepto” (21).

Y, por último, la esperanza y la promesa de su única obra conjunta quedan frustradas al verse adelantado por otro autor:

“Pues bien—escribe, y describe—. Este aplazam^{to}. *sine die* de mi trabajo, ha concluído con la aparición del que ha dado en Boston á luz Mr. Justin Winsor, bibliotecario de la Universidad de Harvard, con el título de *Christopher Columbus*. Fúndase mi resolución en las dos sig^{tes}. razones, aparte de las que diré a Ud. cuando nos veamos.

El mencionado escritor ha concebido y realizado su obra, bajo un plan, que en fondo y forma poco difiere del de los míos; pues abarca en toda su complejidad el fascinador problema del Nuevo Mundo, narrando por completo sus antecedentes, así en la

(19) Carta desde La Habana el 24 de febrero de 1883 a los señores Espasa y Compañía, en Barcelona.

(20) Carta desde La Habana el 15 de diciembre de 1883 a Vidal Morales.

(21) Carta desde La Habana el 15 de marzo de 1884 a D. Cesáreo Fernández Duro.

esfera especulativa, como dentro de la tendencia práctica que recibió en la 2ª mitad del siglo XV con los extraordinarios viajes marítimos de los Portugueses.

Si se toma además en cuenta el frenesí con que las Revistas y los periódicos diarios se vienen ocupando de aquella tesis, cabe asegurar que la abstinencia se impone; porque de otro modo el público sufrirá muy pronto con ello una terrible indigestión intelectual'' (22).

Así se deshizo un vasto empeño del intelecto; así vinieron al suelo lustros de afanasas búsquedas y pacientes acotaciones y anotaciones; así dejó la cultura cubana de aportar a la universal— ¡quién sabe por cuánto tiempo!—una exégesis trascendental sobre colombografía; así la contrafuga no pudo trasmutarse en contrapunto; así el estudioso humanista por no tener "estado de espíritu propio p^a. ningún trabajo literario *de longue haleine*, sino p^a. breves excursiones por los amenos campos de la crítica histórica'' (23), ha quedado como un publicista diletante. Culpemos de este rebajamiento en la jerarquía literaria a su abulia irresoluta, expresión de su timidez por carácter, que siempre se le intersecionó para impedirle las grandes publicaciones.

Segunda cédula: Modestia vs. orgullo socapado de humildad.
Por ser tímido característico entero, era Jorrín modesto en todos sentidos. Pudiera decirse que su timidez transitó por toda la ósmosis de la modestia. Vidal Morales, a fines de 1886, le pide datos para escribir una biografía sobre él. Al principio, elude la solicitud con chanzas cariñosas. Ante la insistencia del pretense biógrafo, se niega rotundamente a suministrarle relatos de su vivir. La tenacidad insólita de Morales logra vencer su resistencia, y cuando ya avanzaba el otoño de 1887 le anota hechos y cosas de su paso por el mundo; pero los opuestos comentarios suscitados alrededor de la biografía del Conde de Pozos Dulces, aparecida en el invierno de ese año, le inducen a advertirle a su amigo Vidal que aplace el boceto biográfico para cuando él hubiera fallecido: así no sufriría en vida discusiones sobre su persona. Mas él está

(22) Carta desde Newport (R. I.) el 16 de abril de 1892 a Vidal Morales.

(23) Carta desde el ingenio *Julia* (Bolondrón) el 4 de abril de 1889 a Vidal Morales en San Antonio de los Baños.

en Bolondrón; y Vidal Morales, en Guanabacoa, no puede resistir la tentación de precipitar sobre las páginas de *La Enciclopedia*, e inmediatamente sobre las del folleto, el resultado apologetico de su trabajo investigativo. Manuel Sanguily lo invita a detenerse en un examen crítico de las doctrinas filosóficas de Luz Caballero; y, aunque reconociendo la excelente intención con que se le propone el tema, renuncia a tratarlo por haber en Cuba entonces quien tenía aptitud—y parece apuntar hacia Enrique José Varona en la alusión—para superarlo en ese esfuerzo; pero, además, por obedecer el consejo de Macaulay a un allegado suyo: que jamás manejara la pluma en defensa de una tesis preconcebida *si no se sentía* con entusiasmo para dilucidarla, requisito para lograr el deseado éxito.

“Pues bien:—son ahora palabras textuales de Jorrín—debo manifestar con toda sinceridad, que *no me siento* inclinado a ocuparme del antedicho tema: fáltame el propulsor interno indicado por el célebre historiador inglés, para desentrañar materias de suyo harto espinosas, y que requieren ser tratadas *nec temere, nec timide*, sed consilior et virtute” (24).

Los motivos más pueriles le llevan a suponer que puede tenersele por exhibicionista (25). Reprende en algunas oportunidades a su confidente, Vidal Morales, por las pruebas de admiración que le da a sus espaldas, y rompe sus cartas cuando le llevan elogios que juzga excesivos.

Ya se sabe que la modestia es una virtud que estriba en recatarse cada uno en su porte y en la estimación que muestra de sí mismo; o sea, que la presencia del recato no implica la ausencia autotestimativa. No se crea, pues, que la modestia suele declinar, en la timidez por carácter, hasta la humildad. Muy por el contrario, en esta clase de tímidos vibra en lo más interno el orgullo de su dignidad humana. Allá en lo recóndito de su sér, guardan el cartabón valorativo, que empiezan por aplicarse rígidamente a sí mismos, para tenerlo muy en cuenta ante el juicio que los demás puedan formular acerca de ellos. Si lo que hacen no da la medida,

(24) Carta desde New York el 21 de octubre de 1890 a Manuel Sanguily en La Habana.

(25) Vide, cartas a Vidal Morales del 16 de marzo y 8 de agosto de 1891.

lo deshacen. Ese orgullo disfrazado de humildad, al establecer contacto con el mundo exterior, desciende hasta lo quisquilloso. Nuestro Jorrín tenía la costumbre de enfadarse cuando la crítica persuasiva le recordaba sus deberes intelectuales, y se disgustaba sobremanera ante la más leve sospecha de que le hicieran un desaire.

Tercera cédula: Pesimismo melancólico. Es otra característica de los tímidos. José Silverio Jorrín, apesar de su lema *Dum spiro, spero*, tenía esa propensión. Sus pareceres sobre los problemas públicos están cargados de quejumbres. A Cuba no la llamaba sino con el retornado de “esta desdichada tierra”. Una adversa situación económica le mojaba siempre la pluma en tinta de lamentación. Abatimientos permanentes en su ánimo, nacidos de otras causas, venían a complementar esa tendencia. Jamás debió borrársele de la memoria la muerte, a temprana edad, de su primogénita Serafina; ni la trágica desaparición de su tercer hijo Leonardo Florencio, quien, en 1877, cuando alcanzaba la mayoría de edad con el provecho de un título de ingeniero agrónomo, fué atacado en París por la tifoidea, y en el delirio de la fiebre se arrojó inconscientemente desde la alta ventana de la habitación hospitalicia, destrozándose en el pavimento, y pereciendo al instante.

Cuarta cédula: Misanropía.—Para no degenerar hasta ese extremo, como otros tímidos, contaba Jorrín con dos reservas: su profundo sentido de lo amistoso, y su sociabilidad. Era avaro en lo primero, y manirroto en lo segundo. Muy parco en conceder títulos amigables (en tres distantes momentos epistolográficos le he leído esta cita de Víctor Hugo: “para amantes dos y para amigos tres”), cuando los otorgaba, no había amigo más sincero, efusivo, solícito y constante. Por afinidad electiva—que titularía el genial alemán—, sus pocas amistades anteriores a la insurrección de Yara son los astrales tímidos políticos de ese período (26), desde el Conde de Pozos Dulces hasta Anselmo Suárez y Romero; y después del Zanjón sus intimidades las reparte solamente entre dos gran-

(26) El único intelectual tímido de esa época pre-revolucionaria de que no tengo noticia que mantuviera estrechas relaciones con Jorrín fué Joaquín Lorenzo Luaces.

des tímidos satélites: Vidal Morales y Guillermo Bernal. Con estos dos últimos, cuando no los invitaba a comer en un restaurant, se reunía en su casa de la Calzada del Cerro 528, para conversar sobre temas históricos y literarios entre sorbo y sorbo de limonada fría, de la que, a veces, se bebía cada uno hasta tres vasos en una tarde. Sus especiales dotes de *causeur* las alaban cuantos coetáneos publicaron bocetos biográficos. Todo contribuía en él a perfeccionar esa modalidad típica: la *φρσις* y el $\Psi\upsilon\chi\eta$. En lo físico, salíale a la conversación privada un gesto sonriente, un suave timbre de la voz, y un ademán afable. En lo psíquico, no se sabía qué apreciar más en sus insinuantes pláticas: si lo que sugería entre frases de notable acierto salpimentadas de anécdotas interesantísimas, o lo que callaba. Sin duda que se le estimuló este don de gentes, tratando a las gentes, es decir, viajando; pero esta faceta de su personalidad merece capítulo aparte.



Tan pronto descorremos la cortina de timidez que cubrió su carácter, hallamos una de las vidas de más rica sustancia humana que han desfilado por la historia de nuestra cultura. Tuvo dinero (27), e hizo del *poderoso caballero* quevedesco la mejor inversión para sí y para los demás. Algún investigador de filiación positivista no hubiera vacilado en asignarle un puesto entre los egoaltruistas. El era, como tímido, puro hombre, y *nada humano podía serle indiferente*. El antiguo estudiante humanístico devino

(27) No tengo datos concretos sobre el alcance exacto de su fortuna en los tiempos de prosperidad insular—pues también siguió la suerte de dos o tres crisis agudas porque pasó el país durante su vida—; pero columbro que su capital debió ser grande, y me baso en los hechos que siguen. En la primavera de 1884 perdió en una caja de ahorros veinte mil duros que tenía por saldo de cuenta corriente. En las adversas zafras azucareras de 1887, 1888 y 1889 dirigió la molienda—muy a disgusto, por cierto, pues su carácter no se avenía con esos menesteres—en un ingenio del cual era propietario, el *Julia*, enclavado en Bolondrón. Y en el verano de 1891 alternaba en Cottage Street (rua de Newport, ciudad perteneciente al Estado de Rhode Island, entonces el segundo de Massachussetts) con los más empingorotados miembros de la plutocracia yanqui: los Vanderbilt, Astor, Peabody, Van Halen, Belmont, Havelmeier, Goelet...

suntuoso viajero filomático; y su humanitarismo derivó en magnífica filantropía. Los cronistas de viajes han solido ser turistas frívolos hasta nuestros días, en los que Keyserling ha elevado el género. José Silverio Jorrín no se limitó a pasar por el mundo, sino que, además, el mundo pasó por él; y en el tránsito por distintos ambientes se produjeron las anécdotas más pintorescas de su larga y fecunda existencia.

Del placer y seducción especiales que experimentaba en los viajes dejó constancia abundante en prosa y hasta en verso. Por eso, se impone una selección de su itinerario. Recibido de abogado el 28 de abril de 1841 en la recién instalada Audiencia Pretorial, dos meses después, el 24 de junio, se embarca por primera vez para el extranjero. Peregrina por los Estados Unidos. Parte hacia Inglaterra. Se traslada a Francia, donde estudia cursos completos de economía política, de legislación penal comparada, que profesaba el famoso Ortolán, de las *Institutas* de Justiniano, explicadas por Ducauroy, y de las de Gayo, que exponía Pellat, y que, desde que Teodoro Mommsen en 1816 las descubriera en un palimpsesto en Italia, atraían la curiosidad de los grandes estudiosos del derecho. Reverso y escape de aquellas austeras disciplinas era el lugar en que moraba: una pensión del *barrio latino*, donde habitaban veinticinco estudiantes de medicina y derecho. A las seis de la tarde solían comer en mesa redonda. De sobremesa, discutían las explicaciones dadas por los profesores durante la mañana, o leían en alta voz trabajos importantes de revistas literarias y científicas. (De aquel corro salieron médicos distinguidos y abogados notables, un colaborador del *Journal des Débats* y otro de la *Revue des Deux Mondes* y un sub-bibliotecario de la Biblioteca Nacional de París). A los varios meses de aquella camaradería, se aumentó la convivencia con un médico belga, de veintiseis años de edad, a quien su Gobierno había encargado de rendir un informe sobre los manicomios de Inglaterra, Francia y Alemania, que pudiera servir de fundamento para establecer en Bruselas un sanatorio modelo de enajenados. El y Jorrín simpatizaron y fueron amigos. La tarde de un jueves, en que paseaban por el jardín del Luxemburgo, el joven médico le presentó a Jorrín un colega: el Dr. Voisin. Este llevaba prisa, y sólo hablaron pocas palabras, invitándolos, al despedirse, a comer el domingo inmediato en su

residencia. A ésta—situada en las afueras de París—llegaron Jorrín y su amigo el día y a la hora convenidos. Voisin los recibió amablemente, y los condujo a dos salas contiguas, en una de las cuales había un billar y en la otra una biblioteca. Rogóles que lo aguardaran allí un momento. En la pieza del billar, dos individuos jugaban a las carambolas, y otros tres miraban el juego. En la biblioteca, algunas personas contemplaban una colección de preciosos grabados. Al volver prontamente el Dr. Voisin, suplicó a sus convidados que pasaran al salón principal, en donde saludaron a seis mujeres que allí estaban. Un criado dijo: *le dîner est servi*; y Jorrín aprovechó la coyuntura para ofrecerle el brazo a una damisela, acompañándola al comedor, y sentándose a su lado en la mesa. Al interrogarle ella que cuál era su país, le respondió, sonriéndose, *que estaba en el otro mundo*, por lo cual él se tenía por un *revenant*. Esas manifestaciones impresionaron a la linda señorita: su cutis se sonrosecó, sus ojos azules fosforescían. Jorrín, insistiendo en el tema, habló de la naturaleza hermosa de Cuba, de sus espesos bosques, de las amplias y sonoras hojas del plátano, de los bellos colores del colibrí... Pero, cuando la graciosa francesa parecía más embelesada con aquellas románticas descripciones tropicales, palideció rápidamente, se levantó de la mesa y se despidió de Jorrín, alegando que se sentía enferma. Terminada la comida, todos volvieron al salón principal. Hubo cantos y bailes; pero Jorrín no vió más a su grata interlocutora. Sonaron en el reloj las once de la noche. Jorrín y su amigo dejaron aquella mansión. Y apenas se habían sentado en el vehículo que debía llevarlos a su domicilio del barrio latino, el amigo le dijo a Jorrín con tono brusco: “¿Es posible que te hayas complacido en exaltar la fantasía de tu joven compañera de mesa, al extremo de que el Dr. Voisin la mandara, con un gesto, a retirarse a su habitación, olvidándote que era una pobre demente?” A lo que contestó Jorrín con vehemencia no exenta de sorpresa y enojo: “¿Por qué no me advertiste que le faltaba el juicio?” Pero el amigo cerró esa parte del diálogo con esta pregunta: “¿Ignoras, por ventura, que los caballeros de la biblioteca y del billar, lo mismo que cuantos han tocado el piano, cantado y bailado, *son todos locos* a quienes el Dr. Voisin trata de curar sin valerse de medios coercitivos, y sólo con el sistema que se enorgullece de haber iniciado en Francia?”

En el invierno de 1842, asiste Jorrín a una sesión de la Academia de Ciencias de París, y allí conoce al astrónomo Leverrier. Recorre Bélgica y Alemania. En la primavera de 1843, se detiene en el trayecto por la península italiana, que después, en otras ocasiones intermitentes, llegaría a serle familiar. En compañía de sus antiguos amigos Rafael Hernández Abreu y José María Calderón y Késsel, visita en Roma al cardenal Mezzofanti, “el lingüista más extraordinario—son sus palabras—que han visto los siglos.” (28). Los presenta José de Jesús Herrera. El cardenal habla con ellos en español, italiano, francés e inglés; y al enterarse de que, en la planta baja del local donde estaban conversando, había quedado el negro cocinero que de La Habana llevó Rafael Hernández Abreu, pide que suba. Teniéndolo delante, trata de entenderse con él en idioma africano, y fracasa en los primeros intentos; pero al fin se ensamblan en fluída plática. Cuando la terminan, todos, entre asombrados y ansiosos, piden aclaraciones al prelado, y él les explica que en la costa occidental de Africa preponderan cuatro lenguas matrices con varios dialectos derivados; que al frustrársele el diálogo con las dos primeras claves, hubo de lograrlo con la tercera, por ser ese negro de la tierra de los mandingas. Por último, pasa Jorrín por España, y desembarca en La Habana el 23 de junio de 1843, o sea, a los dos años justos de haber abandonado su ciudad natal.

El 1º de abril de 1870, estando en Sevilla, tuvo ante sí un libro que le era desconocido: la *Vida de Colón* por el Conde de Roselly de Lorgués, traducida del francés al castellano por Mariano Juderías. Empezó a leerla con la displicencia del vasto conocedor de una especialidad, que pasa la vista por una obra más, por una de tantas obras que se buscan con el simple propósito de aumentar la autoridad bibliográfica, pero en las que no se espera encontrar ni nuevos datos ni originales interpretaciones. Al ir avanzando en la lectura, la inapetencia se le convirtió en apetito; y al concluir la última página, quiso verificar algunas afirmaciones atrevidas del autor, tales como la de tildar de calumniadores a Navarrete, Washington Irving y Humboldt, porque puntualizaban debilidades en la conducta de Cristóforo Colombo y Fontanarosa, y

la de censurar acremente a los demás historiadores, desde Fernando Cclón hasta Juan Bautista Muñoz, porque no exaltaban lo bastante las virtudes del Almirante. ¿Dónde comprobar mejor todo eso que en el mismo lugar en que se encontraba? Sevilla era y es todavía el corazón de las investigaciones colombinas. Jorrín se dispuso a visitar diariamente el Archivo de Indias y la Biblioteca Colombina, donde sus respectivos jefes, los señores Juárez y Fernández, lo colmaron de facilidades y atenciones. Utilizaba, al mismo tiempo, la Biblioteca Colombina un hombre de porte impresionante, que parecía ser un investigador acucioso; pero Jorrín estaba tan preocupado con el examen de libros y papeles que, apesar de habersele significado aquel vecino de labores, siempre se olvidó de averiguar su nombre. Decursaron algunos meses. Jorrín se trasladó a Madrid; y se propuso continuar sus estudios en el departamento de manuscritos y en el gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional, que dirigía José Eugenio Hartzenbusch. En la primera semana que acudió a esos locales, vió todos los días al mismo hombre que se le había destacado en la Biblioteca Colombina de Sevilla. En marzo de 1871, se marchó Jorrín de España, encaminándose a Italia con el deseo de pasar en esta península la primavera. Al día siguiente de haber llegado a Génova, cuando iba observando el vetusto edificio del Banco de San Jorge, divisó otra vez al propio individuo de los encuentros en Sevilla y en Madrid. Pensó entonces acercarse a él para poner en claro aquellas coincidencias sorprendentes e inquietantes; pero la fisonomía circunspecta y la actitud reservada de aquel hombre lo contuvieron. De nuevo, en Florencia, en Roma y en Nápoles concurrieron simultáneamente a los mismos sitios, siempre tras el *leit motiv* colombiano. ¿Trataríase de un espía intelectual que ambicionaba plagiarle su tesis? Lo cierto es que hombre tan enigmático le inspiraba ya sentimientos contradictorios de atracción y repulsión, cuando una tarde, en Venecia, se despejó la incógnita. Hallábase Jorrín tomando un helado en la plaza de San Marcos, frente por frente a la bizantina catedral de las tres cúpulas, mientras descendía del Palacio Ducal, por la escalera de los Gigantes, el tipo misterioso, y con rostro sonreído venía hacia él, hasta llegar saludándolo por su nombre. La sorpresa en que continuamente vivía Jorrín con res-

pecto a aquella sombra se tradujo ahora en estupefacción, tanto más cuanto que el extraño caballero le añadió que allá por el año 1863 había gustado de su conocimiento en La Habana, se habían saludado en saraos en el palacio de los capitanes generales bajo el mando del Duque de la Torre, y hasta había asistido al baile con que él, Jorrín, inauguró su casa-quinta del Cerro en 1867. Agregole que, no obstante haberse tratado en tales circunstancias, había esquivado la cortesía por comprender que él no lo recordaba; pero ante la insistencia con que la casualidad parecía querer juntarlos nada menos que durante un año, él deseaba saber si no era, más bien, la causalidad de idéntico fin: descubrir al Descubridor. Conviniéron ambos en que en tal empeño residía el punto de convergencia. Y, desde entonces estrecharon amistad nuestro insigne compatriota y el escudriñador colombógrafo yanki-francés Mr. Henry HARRISSE, afecto que se consolidó después en París cuando conversaban a menudo en la habitación que ocupaba el segundo en la calle de Condorcet o en la Biblioteca Nacional.

En uno de los balnearios franceses le fué presentado a Jorrín, en 1875, Mr. MOHL, miembro del Instituto en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. La esposa de Mohl había sido amiga de Mme. RÉCAMIER. A pesar de las versatilidades famosas de la frígida quemadora de hombres, ella, hasta las postrimerías de su vida, mantuvo inalterable esa amistad con Mme. Mohl; y cuando en el verano de 1848, ya casi ciega de cataratas y más que septuagenaria, quiso estar junto al lecho en que agonizaba uno de sus verdaderos o falsos erotismos—que es muy difícil precisarlos—: Chateaubriand, se instaló en la casa de Mme. Mohl. A ésta debemos una interpretación sobre las raras y discutidas relaciones matrimoniales de Julie Bernard con Jacques Rose Récamier, por unos atribuídas a la desproporción entre la edad de ambos, mientras otros querían adivinar el origen de la coquetería de Julieta en ciertos vicios de conformación sexual. Según Mme. Mohl, haciéndose eco de un rumor muy extendido, aquella adhesión sin sensualidad, aquella ternura sin amor, no obedecían a otra causa que la de ser la esposa, a la vez, hija bastarda de su marido, el cual, por ser banquero muy rico y con no buena fama en sus negociaciones, estaba mal visto por el *nouveau régime*; y temeroso de que la tormenta revolucionaria del 93 arrasase con su fortuna, acudió el 24

de abril de ese año a tal estratagema matrimonial para transmitir y al mismo tiempo conservar su hacienda, mientras, escondido, vivió fuera del hogar en los dos primeros años siguientes al casamiento. Mme. de Stäel fué quien introdujo a Julieta Récamier en la sociedad intelectual de la época. Mme. de Stäel, mente sin prejuicios, sentía el liberalismo y lo practicaba sinceramente en su salón literario. En esta escuela se formó Mme. Récamier; esos principios los transmitió a sus recepciones; y cuando ella murió en 1849, Mme. Mohl, su contertulia también, se encargó de perpetuar tan sana tradición de respeto y tolerancia para todas las ideas seria y correctamente expresadas. En su casa se congregaban, los jueves por la noche, muy destacadas personalidades de la intelectualidad francesa del siglo XIX. Durante dos años, Jorrín fué asiduo concurrente a esas tertulias, en las que trató a muchos miembros de las cinco Academias que componían el Instituto de Francia y a unos cuantos profesores de la Sorbonne. Con las ideas éticas, religiosas y políticas de aquellos hombres eminentísimos podía componerse la más variada gama; pero al traspasar el umbral de aquella mansión se armonizaban en el propósito de hacer gratas y amables aquellas horas de recreación espiritual. Así, una noche, al pasar Jorrín del comedor a la pieza donde se tomaba el café, vió que en esta última conversaban jovialmente, mientras bebían a sorbos el excitante alcaloide, E. de Pressensé, jefe de los hugonotes, Luis Veuillot el polemista católico, y Ernesto Renán, el gran crítico científico de las religiones. No por ello abdicaba Pressensé su creencia en el libre examen, ni abjuraba Veuillot de sus polémicas en defensa de la infalibilidad pontificia y del poder temporal del Papado, ni abandonaba Renán su negación fundamental de la divinidad de Jesús. Pero no debían pelearse, no querían pelearse, no podían pelearse, en aquellos momentos en que la colectividad los reclamaba para una obra de integración. Francia, genuina maestra de revoluciones en la época contemporánea, brindaba esa estampa de costumbres civilizadas. ¿Desfilarían por la memoria de Jorrín esos recuerdos, a manera de contraste, cuando tres lustros después le costó algún trabajo poder reunir en un grupo fotográfico, por él costeadó, a ocho intelectuales cubanos de diversa categoría en la producción y de distintas ideas políticas y estéticas? Uno de los conceptos más firmemente establecidos en la ideología

de nuestro tiempo es el que distingue la Civilización de la Cultura. Reforcémoslo con algunas discriminaciones. Civilización viene, en último remonte, de *civitas* (ciudad); cultura tiene su más antiguo origen en *colo* (cultivar). Pudiera decirse que “civilización” es una palabra burguesa, en tanto que “cultura” es un vocablo proletario-campesino. La civilización es gentileza, esmero, simpatía; en una palabra: femineidad. La cultura es investigación, exploración, invento; digamos: hombreidad. La civilización podría representarse por las condiciones reproductoras del sexo; y la cultura, por las conservativas de la economía. Civilización y cultura se complementan, como la mujer y el hombre en la unión conyugal; y ¿cuántas veces, de su divorcio histórico, no ha surgido la guerra? Los intelectuales franceses que una vez a la semana alimentaban cuerpo y espíritu en la residencia de los esposos Mohl, por lecturas en su propia tierra eran cultos, y por viajes a través de otras ciudades eran también civilizados. Por la presencia manifiesta de la primera causa, habría que considerar como muy cultos a los intelectuales cubanos de la fotografía antes aludida; pero por la ausencia, en varios casos notoria, del segundo fundamento, tendría que abrirse un interrogante al calificar de civilizados a algunos de ellos.

En José Silverio Jorrín no se sabe qué admirar más, si su concepto de la cultura o su sentido de la civilización. Lo prueban—para no citar más que un aspecto—sus impresiones de viaje por los Estados Unidos de Norte-América, primeramente en el invierno de 1890, y después a fines del verano de 1891. Desde aquel pobre vendedor de periódicos neoyorquino, al que cuando le anticipaba el dinero para que le sirviera el *Herald* durante una semana—animado del propósito de ayudarlo—le respondía si descaba un recibo—lo que, para Jorrín, era una demostración temprana de alfabetismo y responsabilidad—, hasta la abundancia y excelencia de las bibliotecas de Newport, todo lo que se le grabó por entonces estaba indicando que en él alternaban el hombre civilizado y el culto.

No deseo dilucidar ahora hasta qué punto civilización y cultura determinaron su filantropía; pero sí quiero dejar constancia de que muy pocos cubanos se han distinguido en el amor a sus semejantes como José Silverio Jorrín. Fué tanta y tal su munifi-

encia, que si la relatara ante ustedes los dejaría fatigados con la lectura engorrosa de tantos números (29).

4

Hombre tan magnánimo en sus comunicaciones económicas, fué muy pusilánime en sus conexiones políticas. Podríase aplicarle el molde definidor de los antiguos filósofos escolásticos que todavía sirve a los tratadistas de historia natural:

Género: sensitivo.

Especie: timidez.

Diferencia: timidez política.

Le tocó actuar en las siguientes etapas del proceso político cubano: a) el Reformismo; b) la década insurgente desde Yara hasta el Zanjón; c) el período autonomista; d) la Revolución de

(29) Para no originar confusiones en los investigadores futuros, es necesario proceder a un ordenamiento. Yendo de lo particular a lo general, se me ocurre esta clasificación: a) donaciones personales; b) donaciones individuales; c) donaciones colectivas. Se mencionan las dádivas, dentro de esos grupos, por el orden de menor a mayor.

Donaciones personales:

A José Ignacio Rodríguez, para imprimir 300 ejemplares de su tesis doctoral: 110 pesos.

A Honorato del Castillo, para graduarse de bachiller en artes: 119 pesos.

Al Dr. José Beato, para obras de medicina y aparatos de cirugía: 170 pesos.

A Manuel Sellén, para libros, matrículas, título de bachiller en artes y curso de ampliación: 204 pesos.

A Antonio Herrera, el mejor colorista entre los discípulos de Francisco Cisneros, para un viaje a Madrid con objeto de perfeccionar su arte: 255 pesos.

Al poeta Rafael M. de Mendive: 500 pesos.

A Esteban Pichardo, para litografiar en su gran mapa de Cuba la región donde se cosecha el tabaco en Vuelta Abajo: 800 pesos.

A Reynoso, para su invento sobre el azúcar: 1,000 pesos.

A un sobrino, para completar su carrera comercial en los Estados Unidos: 1,020 pesos.

1895. El denominador de su vida pública, a través de todas esas épocas, es la timidez política.

De su militancia en el Reformismo—movimiento que ocurre durante su edad madura—hay hechos que estimo significativos para la tesis que sobre su personalidad estoy sosteniendo. Su primer esfuerzo de cierto aliento político fué firmar, por entonces, con otros hacendados—Antonio González de Mendoza, Juan Poey, José Ricardo O'Farrill, Joaquín Pedroso y Echeverría, el conde de Pozos Dulces...—un escrito dirigido al Gobernador General de la Isla, pidiendo autorización para fundar una sociedad cuyos miembros contraían el compromiso de honor de no adquirir negros bozales introducidos en Cuba después del 19 de noviembre de 1865. Esa actitud, respetable por lo generosa, carecía de sanción penal y hasta de coactividad jurídica. Era utópica. Ante la misma, un hombre de cabeza casi cuadrada, con el rostro muy serio, avanzaría marchando sobre el proscenio de su mundo, y diría: *romantikpolitiker*. Por eso la solicitud, admitida provisionalmente por el Capitán General, no fué aprobada por el Gobierno en Madrid. Esa

Donaciones individuales:

Contribuyó con largueza a la impresión de las obras de Saco por conducto de Valdés Fauli.

A la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, para premio en un concurso de arados perfeccionados: 1,000 pesos.

A la misma Sociedad, para premiar en un certamen público el mejor manual de agricultura cubana: 1,000 pesos.

Para matrículas y libros de texto de seis estudiantes en el Instituto y en la Universidad: 3,755 pesos.

Para el sostenimiento en Bélgica de cinco jóvenes que durante tres años estudiaron la carrera de ingeniería agronómica: 5,000 pesos.

Donaciones colectivas:

En útiles y libros de texto para la Escuela de Taguayabón, fundada en Remedios por Francisco Javier Balmaseda: 113 pesos.

Por la suscripción al periódico *El Labrador*, para que la Sociedad Económica de Amigos del País lo repartiese gratuitamente entre los campesinos: 120 pesos.

Para la Casa de Refugio de Mujeres Pobres, fundada por la Asociación de San Vicente de Paúl: 150 pesos.

Al Dr. Ramón Zambrana: 3,000 pesos.

contrariedad de los tímidos políticos es la defensa y el escape de aquellos cubanos a quienes se les venían encima, sin tener espaldas de Hércules, las tremendas realidades del coloniaje. Jorrín, fundador del Partido Reformista, al ser designado por los votos de los electores trinitarios para representar a Cuba en la Junta de Información, tiene un gesto inhibitorio muy propio de los tímidos políticos: los renuncia a favor del conde de Pozos Dulces.

Con el fracaso de la que resultó penúltima esperanza de encauzamiento evolutivo para los problemas cubanos en la Junta de Información, vino el intento de solución revolucionaria comenzado en *La Demajagua*. ¿Cuál fué la participación de Jorrín en los sucesos de la guerra de los Diez Años, desarrollados al tiempo de su senectud? Frente al extremismo revolucionario el tímido político extrema también su discreción y llega hasta la pusilanimidad. A fines de 1872, José Silverio Jorrín llega a París. Francisco Vicente Aguilera, que había sido su discípulo, que conservaba los más gratos recuerdos de su enseñanza, y que no veía a su maestro desde aquellos tiempos en que le escuchaba sus leccio-

Para las estatuas de Murillo y Fray Luis de León, que se erigieron en Sevilla y Salamanca, respectivamente: 200 pesos.

A la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, para el cuadro al óleo de Francisco de Arango y Parreño: 204 pesos.

A la propia Sociedad regaló uno de Alvaro Reynoso y otro de Felipe Poey.

Para el mantenimiento, durante seis años, de la escuela de niñas pobres *Nuestra Señora de las Mercedes*, dirigida por la Asociación de Beneficencia Domiciliaria: 612 pesos.

Para el sostenimiento, durante ocho años, del *Amparo de María*, escuela de niñas pobres, también al cuidado de la antes citada Asociación: 816 pesos.

Para la fundación en Madrid del periódico *La Tribuna*: 1,000 pesos.

Para apuntalar al periódico *El Siglo* en sus varias crisis económicas: 1,200 pesos.

A la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, en más de mil volúmenes sobre materias agrícolas, en atlas y en armarios de caoba: 6,000 pesos.

Además, regaló 33 volúmenes de Derecho a la biblioteca de la Universidad, siendo Rector Manuel Gómez Marañón, después Obispo de Segovia; y fué uno de los que más contribuyó para adquirir la estatua de Colón que se encuentra en el patio del Ayuntamiento de La Habana.

nes, inspirado por el mejor afecto se decide a visitarlo en el hotel donde se aposenta. No tiene la suerte de encontrarlo, y le deja una tarjeta. Al día siguiente, un cubano de apellido Villa Urrutia le relata a Aguilera que había visto a Jorrín, y que éste lo había recibido diciéndole: “¿Habrá visto usted como ya nadie está seguro aquí tampoco? Vea Ud. esa tarjeta que recibí ayer”, al momento que le enseñaba la que tenía el nombre de Aguilera, instándole tanto a romperla, que Villa Urrutia no pudo negarse a complacerlo. Pero, para desquitarse, consagró entonces la conversación a la catequesis revolucionaria, logrando de tal modo captar la voluntad de Jorrín que éste terminó prometiéndole acerearse a Aguilera y ayudarlo. Por aquellos días, otro cubano, Almagro, puso en manos de Aguilera dos mil quinientos francos para la Revolución, donados por un compatriota anónimo. Le habló, después, de una conferencia que había tenido con Jorrín, en la que éste le manifestó sus simpatías por la causa insurgente, atemperadas a la conveniencia de pasar por español, para que el extendido espionaje del gobierno de la Metrópoli no lo inutilizara al tener noticias de sus entrevistas con los dirigentes de la Revolución en el extranjero. Aguilera, diestro ya en el arte de la conspiración, en el cual tantas veces hay que sacrificar el orgullo, la vanidad y la soberbia a una modestia comprensiva, a una humildad acogedora, aceptó resignadamente las reiteradas negativas de Jorrín a verse con él, si a cambio del desaire se podía conseguirle una valiosa contribución pecuniaria para la magna empresa de la independencia de la patria. Cuando se hallaban en ese estado las relaciones entre ambos personajes, tuvieron un encuentro junto al lecho de enfermo de Almagro. Turbado Jorrín desde la llegada de Aguilera, se adelantó a plantear enseguida el tema político, rechazando de antemano todo contacto con la Revolución. Aguilera no salía de su asombro. El no provocó en aquel momento definición tan rotunda, y quien la expresaba había sido el maestro que en Carraguao, desbordándose de la enseñanza de la gramática, le explicara—como a los otros discípulos—teorías políticas y formas de gobierno, despertando en él el amor a la libertad, a la democracia y a la república. Dominándose mucho, optó por demostrarle que él había asimilado, no sólo en la teoría, sino en la práctica, tan sanas doctrinas liberales y

democráticas, y se limitó a contestarle que respetaba las opiniones ajenas, pues los credos políticos no se imponían, y que si había tratado de acercarse a él, era por estar obligado a hacerlo con todos los emigrados cubanos que estuviesen en París. (30). A pesar de la mesura que Aguilera ponía en su acento, Jorrín no tardó en advertir el mal efecto que habían producido sus palabras, y recogiendo velas de lo político a lo personal, recordó el antiguo afecto que le ligaba a la familia de Aguilera. Este asintió a tales manifestaciones. Pero al tímido político que era Jorrín, ya le faltaba la respiración en aquel ambiente que su propia timidez había creado; y ansiando liberarse del círculo vicioso, con palabras de excusa por el disgusto que hubiera podido proporcionarle a Almagro, su amigo enfermo, despidiose de ellos y se retiró. Transcurridos varios días, restablecido Almagro de su enfermedad, visita a Aguilera y le entrega cinco mil francos, prometiendo traerle antes de cuarenta y ocho horas otros cinco mil. Cuando Almagro se despedía, ya en la escalera, sintió la necesidad de descargar la conciencia para poner término, además, a una situación tan enojosa como injusta. Reveló entonces a Aguilera que aquellos dos mil quinientos francos que antes le había traído para los gastos de la Revolución, enviados por un cubano que ocultaba su nombre, los cinco mil que acababa de dejarle y los otros cinco mil ofrecidos, provenían todos del bolsillo de José Silverio Jorrín. Aquel tope tan desagradable de días anteriores, en casa de Almagro, se debió exclusivamente a la pusilanimidad de Jorrín ante los sucesos revolucionarios, pues cuando Aguilera penetró en la habitación, Jorrín acababa de comprarle a Almagro los bonos cubanos por valor de esos cinco mil francos que ahora él le entregaba a Aguilera. Almagro había convencido a Jorrín de la prudencia y discreción de

(30) Para su Diario reservó la decepción indignada: "Nó. Don José Silverio Jorrín no tiene perdón de Dios ni de los hombres. Lo han hecho salir los voluntarios de la Habana de una manera oprobiosa: sin formación de causa. Ha subido al patíbulo como un héroe el patriota Ayestarán, su sobrino, el que iba a ser su hijo. Los españoles han llenado de desolación su hogar doméstico, pues todavía no se enjugan las lágrimas de su desventurada hija. Y sin embargo, ese hombre tiene aun el cinismo de decirme cara a cara, que no está con la Revolución; es decir, que no quiere que Cuba sea libre, sino que siga siempre humillada por el español. ¡Misericordia humana! ¡A cuanto obligan los intereses mezquinos a las almas pequeñas!" (*Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, por Eladio Aguilera Rojas. Tomo Primero, 1909. Pág. 289.)

Aguilera, y de la necesidad, por ende, de no seguir manteniendo una posición tan embarazosa para ambos. Con la rehabilitación del maestro, surgió también la noble comprensión del tímido político por el revolucionario de acción, y éste sintió ratificada y hasta exaltada su fe para intensificar la lucha.

Que en Jorrín habían calado a fondo los problemas de su tierra lo prueba el panfleto que escribió en la gazmoña ciudad del calvinismo en 1876. Pertenece a Manuel de la Cruz la afirmación de que el folleto de Ginebra, debido al momento psicológico en que hubo de aparecer, influyó decisivamente en el ánimo de los dos ejércitos combatientes en la guerra de los Diez Años para conducirlos al Pacto del Zanjón. (31). No he leído eso en ningún otro autor y no he tenido tiempo de verificarlo con documentos coetáneos a la vista. Ese trabajo es, quizás, la más vigorosa página política de Jorrín, por las muy varias y sobresalientes cualidades que lo enriquecen. Con enérgico sentimiento de cubanidad, condena las barbaridades perpetradas por el gobierno español en Cuba, al propio tiempo que, con juicio equilibrado y clara dicción, llega a muy importantes conclusiones patrióticas y cívicas. Admite que la autonomía es un tránsito para la independencia. Por haber sabido compendiar en tan pocos párrafos tantas útiles y trascendentes ideas, parece un documento escrito por un experto pensador político. Pero... al final no apareció el nombre de José Silverio Jorrín. El primer hombre que llegó a conclusiones pacifistas en Ginebra era un tímido político que prefería la abstención y el anónimo.

Durante el período de la propaganda autonomista—que acaece en los años de su ancianidad—, fué elegido senador en cuatro ocasiones distintas, por tres instituciones diversas: la primera vez, por los liberales de Puerto-Príncipe, en 1879, cuando se encontraba en el extranjero desde hacía dos lustros; la segunda vez, también por los liberales camagüeyanos, en 1881, cuando estaba en New York (entonces renunció el cargo); la tercera vez, en 1885, por la Universidad Literaria de La Habana; y la cuarta vez, en 1886, por la Sociedad Económica de Amigos del País (en que tampoco aceptó la encomienda). Adviértase que en ninguno de

(31) *Reseña Histórica del Movimiento Literario en la Isla de Cuba.* (Obras de Manuel de la Cruz. III. *Literatura Cubana*, Pág. 25).

los cuatro momentos aparece Jorrín como gestor de su propia elección. Debo resaltar, además, lo significativo que resulta el hecho de que, cambiando las circunstancias de tiempo y lugar, coincidirían sus varios electores en llevarlo siempre al Senado, organismo parlamentario de más moderación que la Cámara de Diputados. Su labor en el Parlamento español estuvo inspirada por óptima intención; pero no parece que pueda afirmarse lo mismo de su ejecución. Si careció de resultados beneficiosos para sus mandantes, debiose, no sólo a la terca resistencia de los políticos y gobernantes españoles a concederle reformas a Cuba—en otros casos superada y vencida—, sino a que su carácter de tímido político, de orador sosegado, frío, no era ciertamente el más apropiado para triunfar en contiendas ardorosas, donde la perspicacia rápida, la improvisación fluente y la réplica pronta, sagaz y oportuna deciden el éxito. (32). El no tardó en comprender que aquel ambiente polémico no era el suyo. Y se retiró de las lides parlamentarias, para condenar desde su retraimiento, en cartas privadas, la intervención en la política de un factor tan primordial como las pasiones humanas, al propio tiempo que desfogaba en esas misivas su virilidad cívica. ¿Se quiere nada más paradójico que esa inserción en lo íntimo de lo que es, por esencia, público? Y así el tímido político, por su carencia de ideas fuertes, de sentimientos vigorosos, de actividades firmes, se enreda en un dédalo de contradicciones. Quiere recoger ideas disímiles, por aquí, por allá y por acullá, para reunir las en un mismo sitio eclético, empeño tan difícil de completar, que es casi imposible: siempre se le escapan algunas de esas ideas.

Hay una anécdota de la vida de Jorrín, correspondiente a la época en que estoy ahora situándolo, que demuestra la duda, la oscilación resolutiva que su carácter de tímido político dejaba en el ánimo de sus contemporáneos. Enrique José Varona la ha recordado más de una vez (33) y ello demuestra lo que hubo de im-

(32) Manuel Sanguily, en una intuitiva y felicísima asociación de ideas de su excelente estudio de crítica impresionista sobre *Los Oradores de Cuba*, se adelantó a ver la distinción entre el introvertido y el extravertido en los contrapuestos temperamentos oratorios de José Silverio Jorrín y José Antonio Cortina.

(33) *Mi Galería. El Figaro*, septiembre 19 de 1920. *Impresión y recuerdos. El Figaro*, julio de 1929.

presionarle. Voy a extraerla del relicario para mostrársela a ustedes. Aunque Manuel Sanguily regresó a Cuba desde los primeros días de noviembre de 1879, no se prodigó hablando en público. Hasta tres años después (13 de noviembre de 1882), no apareció en una tribuna civil cubana, para conferenciar en el Liceo de Guanabacoa, junto con Fernández de Castro, Armas y Calcagno, sobre *Leyes históricas*. Los reducidos contertulios de José María Céspedes escucharonle disertar, a fines de 1883 o comienzos de 1884, sobre *Los Poetas y la Poesía*. Más afortunados, los mantanceros le habían oído, por dos ocasiones, en su típica modalidad oratoria, durante el año 1887. En La Habana se esperaba con ansiedad su palabra. El momento de satisfacer esos anhelos llegó en *La Caridad* del Cerro la noche del 21 de junio de 1888. Varona, que presidía el acto, presentó al gran orador con breves palabras, suaves en la forma, pero enérgicas de patriotismo en el fondo. Sanguily pronunció después, entre ovaciones, los encendidos párrafos de su discurso sobre *El Dualismo Moral y Político en Cuba*. Al terminar el acto José Silverio Jorrín se acercó a Varona, y con gesto, con ademán y con actitud que el filósofo no sabía si indicaban temor o ironía, le dijo: “Sacó usted el machete de Sanguily y lo puso sobre la mesa. Lo que ha seguido era natural”.

Pero cuando los tímidos políticos fracasan en su intento de llegar al fin sinerético por medio del arte de la cordialidad o del artificio de la cordialería, y se ven obligados a romper la cuerda floja de sus dudas, en el minuto imperativo de la decisión caen del lado conservador, al que los atrae el amilanamiento en presencia de las grandes transformaciones que se ventilan en el extremo opuesto. No fué ese el desenlace de la tragedia política que hemos venido siguiendo en el espíritu de José Silverio Jorrín. La revolución de 1895 acontece cuando ya él está en plena vejez. En junio de 1897 fué hacia los Estados Unidos, para gestiones relacionadas con un pleito de rendición de cuentas. En septiembre de ese año se hospedaba en el hotel *América* de New York, cuando Gonzalo de Quesada—por discípulo bueno de Martí, buen político—solicita de él una entrevista, a la que accede gustoso. El señor José Sáez Medina fué testigo de la misma, y ha sido su notario ante la historia. La conversación, como es corriente en tales casos, comenzó sobre generalidades; pero no tardó en ir a parar al terre-

no político. Quesada habló con calor de las posibilidades de triunfo de la Revolución, y le hizo ver a Jorrín que por sus condiciones de capacidad y experiencia era el hombre indicado para representar diplomáticamente a los revolucionarios en Washington. Jorrín quedó impresionado con las palabras de Quesada, elogió su fervor y no ocultó sus simpatías por la causa de la libertad de la patria, a la que siempre estimaba haber contribuido, aunque por modos diversos; pero declinó el cargo que se le ofrecía, fundando la excusa en su edad avanzada, su precaria situación económica y su necesidad de volver próximamente a La Habana. Quesada insistió en su oferta, esta vez acompañada de la proposición de ayudarle decidida y eficazmente. Jorrín negose otra vez, estimando que su interlocutor era insustituible en el desempeño de ese cargo. Pero si Quesada no consiguió que José Silverio Jorrín lo reemplazara en la primera categoría diplomática de la Revolución, en cambio obtuvo algo más y mejor: lo convirtió definitivamente al independentismo. Poco días después, el cierzo traicionero, con las primeras nevadas, le enfrió los pulmones y lo postró en cama bajo los efectos de una neumonía. Pero Quesada había encendido una estufa en su corazón. Casi moribundo, llamó a Sáez Medina para dictarle su postrer trabajo, que constituye su testamento político, y en el que asombra ver el ajustado equilibrio mental y la dialéctica—académica, platónica, supervivencia de Carra-guao—que conservaba aquel hombre a los 81 años. Recolectando todas sus dudas en la imaginación, las metió en un saco y las mandó, como última ofrenda, a la tumba de Descartes... La negación del coloniaje hispánico y la afirmación categórica de la personalidad cubana para la independencia son las dos más comprensivas orientaciones de ese documento, que concluye con estas palabras indubitadas:

“Y cuando todo un pueblo, lleno de justicia, lleva heroicamente al terreno de la lucha tan suprema resolución, ¿quién habrá, nacido en su seno, que le ame y haya anhelado en todos los momentos de la vida, su progreso, su dicha y libertad, que permanezca indiferente ante el espectáculo de su cruento sacrificio, y no le preste su adhesión sin límites? Creemos que ha llegado para Cuba el momento de ser libre, y habrá de serlo por el consenso y esfuerzo de todos sus hijos.” (34).

Para la independencia de Cuba—que aún sufría bajo la extrema crueldad de Weyler—fué su último pensamiento. En el mejor bien político de Cuba inspirado, expiró el 7 de octubre de 1897, en una casa de huéspedes cubana sita en Irving Place esquina a 16th. Tras de su cadáver de tímido político quedó, no obstante, abierta por unos días una interrogación. Independentistas y autonomistas discutían su último criterio sobre los problemas cubanos. Algunos de los primeros no acababan de creer en la profesión de fe que se comentaba entre las emigraciones; todos los segundos unificaron su negativa en un editorial, orlado de negro, que publicó *El País* de La Habana el 9 de octubre:

“La muerte de ese preclaro habanero—decía ese periódico—sume en hondo duelo a la Junta Central del Partido Autonomista que pierde a un miembro que tanto la enaltecía.”

Y agregaba más adelante:

“Nuestro querido correligionario rehusó siempre los aplausos de la tribuna popular, de la que le alejaban su edad y su carácter; pero de nadie son ignorados sus vastos conocimientos y aptitudes, ni la entereza, la constancia y la profunda sinceridad de sus convicciones como fiel y adicto partidario de la Autonomía colonial bajo la soberanía de España. La malevolencia y la calumnia, si lo intentasen, no lograrían borrar y manchar una larga historia de consecuencia política, que comienza el año de 1863 con una notable carta que dirigió a Madrid cuando en torno del Duque de la Torre comenzaba a organizarse el Partido Reformista, de que fué órgano *El Siglo*, y apartándose de la Revolución de Yara durante largos años de emigración [?], dejó indeleble testimonio en el famoso folleto de Ginebra, y en los actos de adhesión y de presencia con que hasta el momento de su pasajera ausencia probó la firmeza de sus principios... Sí; el Partido Autonomista—añadía el artículo—pierde a un caudillo digno de todo respeto y veneración.”

Mas, después de enmendar cuidadosamente por su mano el manuscrito de Sáez Medina, que tituló *Cuba y los Cubanos*, José Silverio Jorrín lo había entregado a su hija Margarita, con el encargo de que lo hiciese llegar a manos de Nicolás Heredia y de Raimundo Cabrera. Cuando *Cuba y América* lo publicó en New York en su número del 1º de noviembre, quedó despejada la incógnita. Después de su muerte, por singular paradoja, iba a ganar las únicas audaces batallas de su personalidad. Su cadáver

se agitaría como llameante antorcha revolucionaria. Y Manuel Sanguily, en el discurso pronunciado en el *mass meeting* de *Chickering Hall*, el 5 de noviembre, caldearía el entusiasmo del auditorio al engarzar su figura con la Revolución en su admirable estilo romántico:

“Sí; estamos definitivamente separados de España por la historia, por el sentimiento y por la conciencia; y tan diversos son nuestras necesidades y nuestros anhelos, tan opuestos nuestros intereses y nuestro espíritu, que podemos considerarnos, no ya como dos pueblos enemigos, sino como especies antitéticas e irreconciliables del planeta.

“Su odio formidable ha encendido nuestro horror invencible, y primero que su llama en nuestro pecho se apagarán las luminarias del firmamento. ¡Ah! no lo pregunteis a los que por dura necesidad moran bajo su férula, porque no son libres para declararlo, porque no podrían serlo sino a costa del sacrificio; mas preguntadlo a todos los demás, al que empieza como al que acaba la vida, y todos os contestarán con palabras análogas a las del insigne patricio octogenario que vino a morir mirando y bendiciendo la estrella refulgente de nuestra bandera, y que, recogiendo en el postrer resplandor de su gran entendimiento la amarga experiencia propia, y recapitulando tenebroso y tristísimo pasado, se incorporó en el lecho de agonía para despedirse de sus compatriotas, y allí—al borde del abismo insondable—repitió, para gloria de su preclaro nombre, las redentoras sentencias de Samuel Adams que constituyen cabalmente el propósito, el interés y el ideal de la Revolución: “Queremos defender nuestro derecho de gobernarnos y de votar nuestras contribuciones. Queremos ser regidos por leyes que hagamos, y juzgados por hombres de nuestra propia condición; pues todo el que obedece la voluntad de otro no es, en puridad, más que un esclavo”.

5

Analizada la conducta de los tímidos políticos como José Silverio Jorrín a la luz de escritores tan exigentes como Luis Durán y Ventosa, se llega a conclusiones favorables para ellos. Sería difícil, dentro de ese criterio, calificarlos como inconsecuentes. En la intención y hasta en la realización tuvieron *una sola norma*: superar la organización económica, el estado social y el régimen

político de su país. Dondequiera que vislumbraron una oportunidad para poner en práctica esos propósitos, allí plantaron su tienda. Bien visto, estuvieron más tiempo en la acción que los llamados “hombres de acción”. No conviene confundir el oportunismo, que puede ser sano y hasta saludable en política, con el logrerismo. En apoyo de esas especificaciones, nos brinda la historia de la nacionalidad cubana, en la fase en que la dejó con su muerte Jorrín—en los dolores del alumbramiento de un Estado—, decisivas experiencias. Hoy es moda atacar por el flanco de su timidez política a los intelectuales. Por ser moda, pasará pronto; y para que pase enseguida, yo quiero ofrecer algunos datos elocuentes, sacados de lo que, en la definición histórica, tenemos más cerca en el espacio y en el tiempo. Desde que, con la llegada de Weyler, el problema cubano dejó de estar en el terreno sin cercas de la discusión sobre la conveniencia o eficacia de los regímenes políticos, y se deslindaron los campos disyuntivamente—a un lado la civilización, que por singular contraste estaba en la manigua hirsuta e insurgente; y del otro la barbarie, que también por insólita contraposición, desde la ciudad, desde los esplendores de este palacio de los capitanes generales en que estamos conferenciando, arrojaba sobre el pueblo de Cuba aquella fiera humana—, el pleno de nuestra alta intelectualidad en aquel *fin de siècle* no vaciló en optar por el sacrificio de la Revolución. Ya los dioses populares del Autonomismo, los que se habían ganado el amor entusiasta y el fervor encendido de las muchedumbres, aquellos a quienes la multitud rendía culto, José Antonio Cortina y Miguel Figueroa, como tales dioses, murieron jóvenes. Al cuadro de dirigentes del antiguo Partido Liberal Autonomista, no le quedaba ya más que un grupo de periodistas y oradores, es decir, de los que se expresaban en los géneros más espontáneos, fáciles, breves y circunstanciales. La Revolución contaba con intelectuales de más subida calidad productora, de más anchas dimensiones, de más largo alcance, de más verdadera creación. Bastaría con recordar los nombres de José Martí, Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Enrique Piñeyro, Nicolás Heredia, Esteban Borrero Echeverría, Diego Vicente Tejera, Rafael M. Merchán, Manuel de la Cruz, José Varela Zequeira, Raimundo Cabrera, José A. González Lanuza y Leopoldo Cancio. Y todos esos intelectuales fueron fieles a su

última gran promoción política. Ninguno de los supervivientes—y sólo murieron en la época de la guerra Martí y Manuel de la Cruz—fué desleal a su credo, traicionándolo con el peculado a la hora triunfante de la Independencia. Los generales Brooke y Wood, en el desempeño de su gestión interventora, se rodearon de intelectuales revolucionarios, y el saldo histórico sobre la actuación de los mismos parece serles muy favorable. Eran hombres de gabinete, que cuando un pueblo tiene instalada la lógica en sus instituciones políticas, son los que están en el Gabinete, porque son los que pueden y deben estar en él. Mientras D. Tomás Estrada Palma confió en los tímidos emigrados revolucionarios, fué un buen gobernante, y empezó a dejar de serlo, tolerando el fraude y la malversación, cuando, aceptándole la renuncia a esos tímidos emigrados, llamó a los hombres de acción, a los audaces, a los generalotes para formar el *Gabinete de Combate*. Después de eso, ¿qué le hemos seguido debiendo a los hombres de acción? Si queremos saberlo, interroguemos a los números. Preguntemos a las grandes cantidades de numerario que emigran, a las cifras fabulosas de la deuda pública, a las extensiones inmensas de los latifundios extranjeros; indaguemos si hay estadísticas de anémicos y tuberculosos; repasemos las proporciones pavorosas del analfabetismo. Pobreza e ignorancia, hambre del cuerpo y del espíritu, oro en la cúpula del Capitolio y miseria en los portales de sus alrededores: eso es lo que han hecho por Cuba republicana sus sublimados hombres de acción.

Hay, sin duda, más reservas morales, más responsabilidad y más sinceridad en la actitud recatada de los tímidos políticos. Estos, al menos, no molestan, porque no son estridentes como los más de los hombres osados; y la estridencia suele ser, en esos casos, disfraz de espionaje o antesala de apostasía. Además, entre los audaces o falsamente llamados “hombres de acción”, no escasea entre nosotros el Catón de cartón con injertos de Tartufo, que ordena hacer el bien y prohíbe realizar el mal, pero cuando suena la hora en que le toca a él poner en práctica esos principios, ¡ah!, entonces, pensando, con el refranero español, que una cosa es predicar y otra dar trigo, se decide por lo peor.

Nó. Si se quiere de veras y con sinceridad a las masas, no hay que desnaturalizar, embruteciéndolos, a los intelectuales; sino, por

el contrario, intelectualizar a las masas. Tomándole una bella y sutil distinción a Raimundo Lulio, no hay que favorecer un *descenso* del entendimiento, sino, por el contrario, propiciar un *ascenso* hasta él.

Y a medida que la Política vaya dejando de ser la obra de la fortuna, para ser la de la lógica y hasta la de las matemáticas; cuando el profesional del partidatismo no salga a buscar a los electores, sino cuando el pueblo, con aguda intuición de sus mejores conveniencias, vaya a sacar al gobernante de su casa, será la única gran época histórica de los tímidos políticos. Gobernarán entonces, no los que siempre han estado presentes en esas artes, sino, por el contrario, los ausentes, que no en todos los momentos estuvieron en la torre de marfil a gusto, sino muchas veces sintiéndose encarcelados. Entonces, los tipos opuestos, esos hombres encabritados, sudorosos, espumeantes, babosos, tendrán su camisa de fuerza.

Esa aurora puede que no esté muy lejana. Socializada la economía, en retorno el liberalismo cultural, se planteará la tecnificación de la política. Como resultado de esa síntesis, la humanidad habrá de experimentar desde arriba un alivio muy grande, una verdadera transubstanciación. Y se ensayará con más éxito que hasta ahora la sinfonía de la felicidad...



Angustia y evasión de Julián del Casal,

por José Antonio Portuondo.

Infancia.

Aquel día—7 de noviembre de 1863—monseñor de la Lastra no alteró un punto el ritmo de su vida eclesiástica. Terminado que hubo el Santo Sacrificio de la Misa, como todos los días, una taza humeante de chocolate le devolvió a la cotidiana vulgaridad de sus pequeños goces materiales. Después todo fué igual, exactamente igual. Aquel 7 de noviembre de 1863, para monseñor de la Lastra, fué un día como otro cualquiera.

Acaso el último Ugareda u otro marino bravo, de los Casal de Vizcaya, siguió esa noche, a pie firme sobre el puente mecido de su embarcación, la ruta de una estrella: una gota de luz que se suicida allá por el trasmar, allá por la ruta de las Américas, allá por Cuba, donde ese 7 de noviembre de 1863 nacía, en La Habana por más detalle, un Casal y de la Lastra.

La razón social *Gutiérrez y Casal*, propietaria de los ingenios *Guamuticas* y *Panchita*, supo alborozada el nacimiento del tercer vástago de uno de sus patrones. La empleomanía se endomingaba al mes siguiente, y vacaba un miércoles medio día, para asistir al bautizo rumboso del chiquillo que fué cargado con los nombres de José Julián Herculano. A pesar del José, que se le puso en honor del padrino, D. José de la Lastra, todos lo conocieron siempre por Julián. En aquella sociedad de pequeños propietarios y de burgueses cubanos sonaba más gratamente el apellido materno—de la Lastra—al que se le conocía el pariente arzobispo de Sevilla, y más tarde cardenal, que el paterno Casal, apellido de gente ruda, de pescadores sin miedo de Vizcaya. Pero, a pesar de todo, el chi-

quillo fué, en el nombre, íntegro del padre, Julián del Casal, acaso porque en espíritu perteneció siempre a la madre.

Julián del Casal fué un niño como otro niño cualquiera. “Los niños, por regla general, son muy semejantes”,—nos ha dicho él mismo, escribiendo sobre su amigo, *dandy* y poeta, Ezequiel García, en *La Habana Elegante*.—. Casi todos tienen una madre que los mime, un padre que los asuste, una nodriza que los pervierta y un hermano que los haga rabiar”. Julián tuvo tres. “La infancia es vulgar”, afirma Casal, y continúa: “Tiene para mí más encanto el adulto de rostro pálido, ojos azules y cabellos blondos, que se ruboriza al salir del colegio por verse en presencia de elegante dama que aplaude sus triunfos escolares, que el niño de rostro huraño, asustadizo hasta el espanto, que trepa a las rodillas, rompe los objetos de la casa, llora por la menor contrariedad, asedia a los visitantes con sus gracias y mantiene suspenso de un hilo el corazón de la madre, que encuentra siempre peligroso todo lo que rodea al hijo de sus entrañas”.

Así debió ser, probablemente, la infancia de Casal: una madre que lo mima, que le ganará para siempre el afecto, y a quien pondrá devotamente en sus versos; una que, para él, no fué mujer “sino una santa” y a quien ya muerta, le debe eterna gratitud

porque me dice el corazón que has muerto
por no oírme gemir, como ora gimo,
por no verme llorar, como ora lloro.

Tampoco, de niño, la madre lo podría ver llorar, y, acaso inconscientemente, a puro amor maternal y mimo extremado, fomentaría el ánimo asustadizo y angustiado de Julián. De aquí nació su angustia. Freud nos diría que de antes, al tiempo de nacer, con el espanto físico, inconsciente, por la asfixia posible en el canal partal, luego brotada en este miedo infantil, fomentado sin quererlo, por cariño, y en la angustia sin remansos del hombre ya hecho, que agranda entonces la enfermedad. Así nacerá el poeta. Ahora no es más que un chiquillo asustadizo que trepa a las rodillas maternas por una nonada y, acaso, un poco llorón. El padre le asusta. La rígida educación colonial pone siempre algo de susto en el ánimo infantil frente al padre que manda sobre todos. Este de Casal, lo ha dicho el mismo poeta, tenía en la “mira-

da en que el amor del bien se aduna, la firme voluntad del hombre fuerte'''. La mirada sin quiebras de los fuertes marinos de Vizcaya.

Tuvo el alma más triste que la muerte.

—¿No había de heredar Casal esta tristeza de muerte?—

Sin que sufriera alteración alguna,
Ya al sentir el favor de la fortuna,
Ya los rigores de la adversa suerte.

Y esta fortaleza espiritual del padre, precisamente, lo haría más grande y temido a los ojos del hijo asustadizo. El padre adiviné marcada el alma de Julián de una imborrable melancolía y se lo dijo una vez. Casal lo ha narrado en unos versos:

RECUERDO DE LA INFANCIA

Una noche mi padre, siendo yo niño,
Mirando que la pena me consumía,
Con las frases que dicta sólo el cariño,
Lanzó de mi destino la profecía,
Una noche mi padre, siendo yo niño.

Lo que tomé yo entonces por un reproche
Y, extendiendo mi cuello sobre mi hombro
Me hizo pasar llorando toda la noche,
Hoy inspira a mi alma terror y asombro
Lo que tomé yo entonces por un reproche.

—Sumergida en profunda melancolía
Como estrella en las brumas de la alborada,
Gemirá para siempre —su voz decía—
Por todos los senderos tu alma cansada,
Sumergida en profunda melancolía.

Persiguiendo en la sombra vana quimera
Que tan sólo tu mente de encantos viste,
Te encontrará cada año la primavera
Enfermo y solitario, doliente y triste,
Persiguiendo en la sombra vana quimera.



Para tí la existencia no tendrá un goce
 Ni habrá para tus penas ningún remedio
 Y, unas veces sintiendo del mal el roce,
 Otras veces henchido de amargo tedio,
 Para tí la existencia no tendrá un goce.

Como una planta llena de estéril jugo
 Que ahoga de sus ramas la florescencia,
 De tu propia alegría serás verdugo,
 Y morirás ahogado por la impotencia
 Como una planta llena de estéril jugo.

Como pájaros negros por azul lago,
 Nublaron sus pupilas mil pensamientos,
 Y, al morir en la sombra su acento vago,
 Vi pasar por su mente remordimientos
 Como pájaros negros por azul lago.

La muerte de la madre marca una fecha decisiva en la vida de Casal. El dolor —un dolor grande y cierto tan distinto de sus vagas angustias infantiles— lo empujó rudamente a la contemplación de la vida. Las manos hacendosas de Doña Carmen habían podido escamotear a los cinco años precoces de Julián la visión exacta del desastre económico. Y no era la guerra solamente, que promovían por Oriente los hacendados sin esperanzas de mejoras por la vía legal, lo que había traído la desgracia. Eran ya, de antes, las pérdidas en los ingenios pequeños, porque ni el *Guamuticas* ni el *Panchita*, con sus métodos a la penúltima o a la antepenúltima, podían competir con los grandes ingenios equipados con los últimos adelantos mecánicos que ya se estaban imponiendo. Alguna vez los dos socios de la firma *Gutiérrez y Casal* discutirían la conveniencia de reducirse a la condición de cultivadores, exclusivamente, y servir a algún ingenio poderoso, o la de fundir sus dos pequeños y crear uno mayor, con todos los adelantos, en un esfuerzo arriesgado; pero nunca llegaron a un acuerdo, y al fin determinaron separarse. La firma *Gutiérrez y Casal* quedó disuelta, y el padre del poeta se dió a luchar, él solo, con la mala situación. Era el ocaso del pequeño productor y el nacimiento de los grandes centrales. Era el preludio de la gran industria, que abrumaba al desorientado descendiente de los pescadores vizeaños.

Acabado con la muerte de la madre el disimulo, el pequeño Julián se dió cuenta de todo. Los hoscos silencios del padre, esa

tristeza de muerte de su rostro, que él en su inconsciencia de chiquillo la creía de siempre, la privación de muchos gustos que jamás se le negaran antes y que la madre, hábilmente, sabía sustituir por otras atenciones no tan caras, se le hacían más patentes ahora que la inhabilidad masculina dejaba sin tocar aquellos delicados resortes infantiles. ¡Y esa ausencia dolorosa del regazo maternal, ahora que su angustia era más grande que nunca! ¡Ese espanto de sentir, en la casa más grande y más fría, que los muebles han perdido la mirada, que se agranda el inexpresivo atisbar de los espejos y que el piano se ha quedado sin voz...! ¡Que falta en la noche tenebrosa su aliento, y es como si la sombra parara su latido y le hablara a Julián con una gran voz callada que lo aterra y le impide gritar! Y luego, ¿qué diría el padre, el gran padre silencioso que tiene el alma más triste que la muerte, si lo oyera gritar? Y Julián se queda solo con su angustia en la casona vacía frente al mar, con su infancia desolada sobre los hombros, y una sombra de tristeza y de muerte en las pupilas claras.

Retrato de un poeta adolescente.

Cuando me he asomado a la adolescencia de Julián del Casal, me ha asaltado el recuerdo de Stephen Dédalus. Hay mucho de distinto y mucho también de semejante entre el poeta y el héroe de James Joyce. Yo puedo asegurarlo como nadie, porque Stephen, Julián y yo fuimos juntos, allá por el 1869 o 70, al Real Colegio de Belén, que dirigían, como ahora, los padres de la Compañía de Jesús. Manuel de la Cruz, amigo íntimo de Casal y uno de sus apologistas, había de escribir más tarde, en 1888, refiriéndose a Julián: “El Real Colegio de Belén, protuberancia atrofiada del sistema colonial, lo cuenta en el número de sus alumnos, pero no en el de sus hechuras”.

Casal fué ingresado en el colegio a la muerte de su madre. Los primeros días vivió bajo el pavor de la sotana. Lo dijo después él, en una de sus rimas:

Niño, la sombra de la sotana,
 Como si fuese vago remedo
 Del mal que asedia la vida humana,
 Temblar me hacía de horrible miedo.



Después, en su inconsciencia niña, se fué acomodando a la nueva situación.

Julián ocupaba en el colegio esa equívoca posición del estudiante pobre a quien se le tiene un poco de lástima y un mucho de consideración al lejano pariente empingorotado: Su Ilustrísima Monseñor de la Lastra, Arzobispo de Sevilla. Tenía fácil la memoria para los versos y eso le valió el privilegio de decirlos en el “santo” del Rector y del Prefecto, y también en las periódicas veladas escolares. El apellido le valió también, y esa devoción suya apasionada a la Virgen, cuya imagen guardaba en “fina urna de cristal—ante la cual balbucía—su plegaria matinal”, para ocupar la Vice-presidencia de la Congregación. La Presidencia, o Prefectura, no era de Stephen tampoco, como en el Colegio de Dublin, sino de un beato descendiente del conde de Lagunillas, del marqués de Prado Ameno o de Aguas Claras, algún rollizo cachorro de austriacante, a quien Julián describirá, ya hombre, entre los personajes de la antigua nobleza criolla, cuando escriba en *La Habana Elegante* sus mordaces crónicas sobre *La Sociedad de la Habana*, con el pseudónimo de *Conde de Camors*.

Pero ahora no hay tiempo sino para aprenderse de memoria las lecciones, y sentir que le estallan las mejillas de rubor “por verse en presencia de elegante dama que aplaude sus triunfos escolares”, y que ha querido premiarlo con un gran beso escandaloso, en la fiesta a que asiste “todo el mundo”, acaso solamente para probar a todos su amistad con aquel chiquillo inteligente emparentado nada menos que con el Arzobispo de Sevilla. Julián no acababa de acomodar su espíritu al del colegio elegante y señorial, ni se adaptaba su evadido afán de soñador a la severa disciplina militar de la orden que fundara el capitán Ignacio de Loyola. Stephen era más fuerte que él de carácter, y alguna vez creyó sentir la vocación eclesiástica. Bastó que el Padre Rector le llamara la atención en ese sentido, para que viera al punto claramente sus caminos.

A Julián no se le pensó nunca vocación, ni él podía sentirse a gusto, con su alma soñadora a cuestas, prendido en la rigidez de las reglas jesuítas. Algunas veces, cuando su perenne compañera la angustia le atenaceaba y le ponía ante los ojos del espíritu ho-

rrendas visiones de pecado y de infierno, Julián soñaba en la paz de la sotana, para olvidarse de ella cuando, a dos pasos, en el jardín, venía el sosiego a consolarlo sobre el pétalo temblante de una rosa encendida. Pero en los días del año en que se hacían los *Ejercicios espirituales*, no había rosas posibles para acallar la angustia de su alma. Stephen, contraído el ceño, oía sentado en el banco más cercano al presbiterio, donde el padre espiritual iba considerando con espantosa lentitud las postrimerías. Julián, acurrucado en el último banco de la semioscura capilla, vivía como Stephen —más que Stephen— la angustia de la muerte:

La vaga vislumbre de miedo se convirtió ahora en espanto cuando la voz ronca del predicador fué introduciendo la idea de la muerte en su alma. Sufrió todas las miserias de la agonía. Sintió el escalofrío de la muerte que se apoderaba de sus extremidades y se deslizaba hacia el corazón; el velo de la muerte que le velaba los ojos; cómo se iban apagando cual lámparas los centros animados de su cerebro; el postrer sudor que rezumaba la piel; la impotencia de los miembros moribundos; la palabra que se iba haciendo torpe e indecisa, extinguiéndose poco a poco; el palpitar del corazón, cada vez más tenue, más tenue, casi rendido ya, y el soplo, el pobre soplo vital, el triste e inerte espíritu humano, sollozante y suspirante, en un ronquido, en un estertor, allá en la garganta. ¡No hay salvación! El —él mismo— aquel cuerpo al cual se había entregado en vida, era quien moría. ¡A la sepultura con él! ¡A clavetear bien ese cadáver en una caja de madera! ¡A sacarlo de la casa a hombros de mercenarios! ¡Que lo arrojen fuera de la vista de los hombres en un hoyo largo, a pudrirse, a servir de pasto a una masa bullidora de gusanos, a ser devorado por las ratas de remos ágiles y fofa bandullo! (1)

Y Julián se crispaba, devorado por la angustia. Años más tarde él ha de decir este mismo horror de los gusanos sobre su cuerpo vencido por la muerte. ¿Por qué pensar en Poe y Baudelaire para inspirarlo? En esta angustia suya de la adolescencia, al conjuro de los Ejercicios Espirituales, tal como dijo Joyce que los oyera Stephen Dédalus, aquí está la raíz más cierta, y Baudelaire y Poe apenas llegarían, con sus visiones macabras, a despertarlas

(1) *El artista adolescente. Retrato*, por James Joyce.—Trad. Alfonso Donado. Madrid. Bib. Nueva, 1926, págs. 160-161.

en el espíritu angustiado del poeta. Ya hombre, Casal ha sentido acosarle “áureo enjambre de sacros ensueños”:

Mas un día,—¡oh Rembrandt, no ha trazado
Tu pincel otro cuadro más negro!—
Agrupados en ronda dantesca
De la fiebre los rojos espectros,
Al rumor de canciones malditas
Arrojaron mi lánguido cuerpo
En el fondo de fétido foso
Donde airados croaban los cuervos.

Como eleva la púdica virgen
Al dejar los umbrales del templo,
La mantilla de negros encajes
Que cubría su rostro risueño,
Así entonces el astro nocturno,
Los celajes opacos rompiendo,
Ostentaba su disco de plata
En el negro azulado del cielo.

Y, al fulgor que esparcía en el aire,
Yo sentí deshacerse mis miembros,
Entre chorros de sangre violácea,
Sobre capas humeantes de cieno,
En viscoso licor amarillo
Que goteaban mis líquidos huesos.

Alredor de mis fríos despojos,
En el aire zumbaban insectos
Que, ensanchando los húmedos vientres
Por la sangre absorbida en mi cuerpo,
Ya ascendían en rápido impulso,
Ya embriagados caían al suelo.

De mi cráneo, que un globo formaba
Erizado de rojos cabellos,
Descendían al rostro deforme
Saboreando el licor purulento,
Largas serpientes de piel solferina
Que llegaban al borde del pecho,
Donde un cuervo de pico acerado
Implacable roíame el sexo.



Junto al foso, espectrales mendigos,
 Sumergidos los pies en el cieno
 Y rasgadas las ropas mugrientas,
 Contemplaban el largo tormento,
 Mientras grupos de impuras mujeres,
 En unión de aterrados mancebos,
 Retorcían los cuerpos lascivos
 Exhalando alaridos siniestros.

Angustia adolescente de Julián del Casal. De la informe angustia niña crece ésta adolescente, y la del hombre hecho ya y poeta, que la canta. La angustia, para Heidegger, tiene origen en el miedo de encontrarnos en este mundo; para Soren Kierkegaard, la causa está en el pecado...

En el pecado estaba la causa de la angustia de Stephen Déda-lus, en el pecado de la carne también la de Julián del Casal. Ya le venía de niño el espanto y ahora le creció por el pecado de la carne. Recordemos:

...un cuervo de pico acerado
 Implacable roíame el sexo.

Y después:

...grupos de impuras mujeres,
 En unión de aterrados mancebos,
 Retorcían los cuerpos lascivos
 Exhalando alaridos siniestros.

Ellos también, Stephen y él, aterrados mancebos, retorcieron sus cuerpos lascivos en unión de impuras mujeres. Ellos también; pero la angustia fué mayor en Casal adolescente, porque ya empezaba a ganarlo la enfermedad. Su hiperestesia no le consintió librarse de la angustia como Stephen, y la obsesión de su pecado le persiguió toda la vida. El pecado que con tan negros colores le pintara su padre espiritual en la edad en que se graban más hondamente las palabras solemnes. Aquellos ejercicios repetidos cada año, y su terror y la madre ausente... y su pecado, acabado de trasponer las puertas del colegio, cuando su curiosidad adolescente y un impulso de vida más fuerte que él lo empujaron a los brazos de una "estatua de carne", que nunca fué diabólicamente admirable como él la pintó y que ni siquiera se acordaría

después, probablemente, de aquel trémulo estudiante de pupilas claras que fué su huésped aterrado de una noche. Nada más, nada más. Ni nodriza que pervierte, como escribió después, acaso por pueril coquetería de dárselas de enterado, ni maravillosa “estatua de carne” que le robara el sosiego para siempre. El pecado solamente, el asco de su espíritu angustiado en la iniciación, y ese callado terror suyo que le atenaceaba desde niño la conciencia. Y el recuerdo, también escalofriante, de aquellos Ejercicios Espirituales: “Acuérdate, hijo mío, de tus postrimerías...”

Desde entonces ya no pudo escribir versos ingenuos, como antes, para incluirlos en *El Estudiante, Periódico clandestino y manuscrito* que editaba en el mismo colegio de Belén, con la grata complicidad de Arturo Mora. Ahora era vivir, y olvidarse, y cantar su angustia cada vez mayor.

Stephen fué con él aquella noche. Cuando Julián dejó el colegio, Stephen continuó y rebasó, tras una crisis más o menos larga de misticismo, el asco de su pecado. Después, como a Casal, la fe se le fué perdiendo hasta quedársele olvidada de marcador en el último texto latino. A Julián el vacío de su alma le agrandaba la angustia. Stephen y Julián buscaron refugio —evasión de su angustia— en el arte, y el segundo lo dijo en un soneto:

Quando la vida como fardo inmenso
Pesa sobre el espíritu cansado
Y ante el último Dios flota quemado
El postrer grano de fragante incienso;

Quando probamos con afán intenso
De todo amargo fruto envenenado
Y el hastío con rostro enmascarado
Nos sale al paso en el camino extenso;

El alma grande, solitaria y pura
Que la mezquina realidad desdeña,
Halla en el Arte dichas ignoradas,

Como el alción, en fría noche obscura,
Asilo busca en la musgosa peña
Que inunda el mar azul de olas plateadas.

El Arte redimió definitivamente de la angustia a Stephen Dédalus. A Julián no pudo hacerlo, porque el cuervo fatal de

su pecado le había clavado las uñas aceradas en el pulmón jadeante.

El pesar de vivir.

1

Diecisiete años son muy pocos años, cuando se tiene el alma ganada por incurable melancolía, para luchar con la vida. De esa edad, en 1880, salió Casal del colegio, ya bachiller, y se dispuso a seguir resignadamente la carrera de abogado. Nada le interesaba a él saber de códigos ni de leyes injustas, ni era tampoco cosa que le turbara el sueño el litigar en las audiencias. Pero había que seguir una carrera y obtener el título profesional que compensara la ausencia del nobiliario; y prefirió, de todas las carreras, la abogacía, tal vez por menos antipática, o acaso solamente porque algunos convenían en que tenía una gran facilidad de palabra. El año primero que cursó de la carrera no le dió mayor gusto por sus disciplinas ni le ganó el afecto para las instituciones del Derecho Romano. La vida, en cambio, fuera de los claustros y del dogmatismo del colegio jesuíta, fué casi, para él, una revelación. Ahora se dió cuenta que más allá de su tragedia personal y de su angustia había un dolor más grande sobre todos. Entonces le lució dramáticamente actual el fusilamiento de aquellos ocho estudiantes de Medicina, que nueve años antes se diluyera en la preocupación de fijar para siempre en la memoria los preceptos de la Santa Madre Iglesia o la lista interminable de los hijos de Jacob. Ahora se enteraba de la muerte del poeta Zenea, y temblaban sus manos y su alma musitando las estrofas elegíacas de su romance *Fidelia*. Ahora veía torvo el ánimo de muchos contra sus compatriotas, y sabía de Céspedes el bayamés, de Maceo el caudillo fabuloso que se negara a aceptar la paz de Martínez Campos, y de Ignacio Agramonte el romántico peleador camagüeyano. Y todo estaba ya lejos, perdido desde 1878 en el recuerdo emocionado. Dos años sólo de distancia; pero lucían más, porque las reformas prometidas como base de la paz no llegaban nunca, y un amargo sedimento de dolor y desencanto iba ganando el hondón de los espíritus criollos. La angustia de Casal halló tierra fecunda y acicate en el ánimo en derrota de su pueblo.

Su casa no iba mejor. Los negocios del padre, ya en descenso, con la guerra primero y luego con el desánimo del pacto del Zanjón incumplido por España, precipitaron su ocaso. D. Julián ensayó todos los medios para evitar la ruina de su casa, y cuando todos los esfuerzos fueron vanos, el descendiente de los bravos pescadores de Santurce dejó el timón de su nave destrozada en las manos de Dios. Julián le recordaba de este tiempo:

Rostro de asceta en que el dolor se advierte
Como el frío en el disco de la luna.

.....
Abrasado de férvido idealismo,
Despojada de sombras la conciencia,
Sordo del mundo a las confusas voces,
En la corriente azul del misticismo,
Logró apagar, al fin de la existencia,
Su sed ardiente de eternas goces.

Mansamente, como en un solo rezo largo, ininterrumpido, se fué D. Julián a la tumba. Murió el 9 de febrero de 1885.

2

Julián ya estaba solo desde antes de la muerte de su padre. Estuvo siempre solo con la angustia de su alma, y lo sabía él. “¿Qué me importa vivir en tierra extraña” —cantó una vez—

O en la tierra infeliz en que he nacido,
Si en cualquier parte he de encontrarme solo?

Pero ahora que es ido D. Julián, el poeta está más solo que nunca. La presencia de la muerte, una vez más cerca de sí, le acrece la angustia y le devuelve “la muerta fe de los primeros años”. Pero a su angustia le hallan remedio mejor, camino de evasión, los versos, que nó esta fe que pide resignarse al sufrimiento. Versos primeros de Casal, ya hombre, que entusiasman al noble D. Nicolás Azcárate, cuya cálida palabra, con tener muy pocos pares, aseguraba Martí que “era inferior al gozo que sentía en publicar el mérito ajeno y en consolar, a costa de sí propio, a

los solos y a los desdichados''. De mérito muy alto era Casal, y solo, además, y desdichado, para que lo amara de corazón Azcárate y luego, como a rastras, de puro cariño, lo llevara a ganarse los aplausos, con sus versos, en el escenario acogedor del *Nuevo Liceo*.

Allí se hizo su amigo Ramón Meza; y en la rica biblioteca de los abuelos de éste, dando de lado a Justiniano y las Pandectas, se fué apretando su amistad sobre las páginas románticas de Lamartine y de Mme. Stael. Manuel de la Cruz y Aurelio Mitjans, infatigables lectores como ellos, como ellos evadidos de la derrotada y asqueante circunstancia colonial, se sumaron más tarde al grupo soñador. Allí estaba para Julián, en ese tiempo, la vida, entre los libros de Meza, mano a mano su espíritu con Graciella y con Mignon, con Jocelyn, con Adolfo y con Cosetta; estremecida el alma en las estrofas restallantes de Espronceda, o mecida blandamente, con delicada melancolía, en las *Rimas* inmortales de Gustavo Adolfo Bécquer. Sus versos tienen entonces sutil esencia bequeriana, en que no falta, entre otras cosas, el "resplandor incierto de los cirios".

Después iba el grupo entusiasta a sumirse entre los manuscritos de Cirilo Villaverde, en la Biblioteca de la Sociedad Económica, y copiaba Julián, con sus manos diestras de pequeño escribiente de Hacienda, las páginas de *El Penitente* o de la *Excursión a Vuelta Abajo*, que pedía Villaverde desde New York, deseo de embarcarse en ese tiempo en una nueva aventura editorial. Ni Mitjans ni Casal parecían advertir el paso lento de la enfermedad que les apretaba el pecho. La fiebre, la tos les vino a todos sobre los libros venerables de la vieja biblioteca, y reaccionaron a tiempo Ramón Meza y Manuel de la Cruz. Mitjans no paraba mientes en sus perennes faringitis anunciadoras de algo peor, absorto en la rebusca de datos y de noticias para su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*. Julián era feliz allí entre libros, junto al grupo afiebrado de amigos estudiosos, lejos de la cotidiana pequeñez y de la miserable esclavitud de su vida burocrática.

Entonces lo conoció, y fué su amigo, Enrique Hernández Miyares, que años más tarde narraría el encuentro con estas emocionadas palabras:

Casal y yo nos conocimos hace muchos años, cuando el bozo nos sombreaba incipientemente los labios. Nos conocimos de ser presentados, de darnos la mano, porque hacía mucho tiempo antes que nos conociéramos de vista. Cuando yendo por una acera, me pasaba por el lado, yo lo miraba como diciéndole: quiero ser tu amigo, y él me miraba a mí —generoso y más apasionado— como queriéndome contestar: ¡yo lo soy tuyo! Pero seguíamos caminando, cada cual por opuesto rumbo, y, siempre como yo volviera la cara para verlo por la espalda, me encontraba con sus ojos claros que habían tomado la misma determinación.

Y aquel día que nos dimos la mano con verdadera efusión, nos contamos uno al otro, tratándonos de usted, todas estas circunstancias, y cuando me hubo recitado de memoria una rimilla mía y yo le declamé con entusiasmo una de sus primeras estrofas, habíamos llegado al final de la escalera de mármol, donde ya nos tuteábamos, cogidos del brazo, contentísimos de haber anudado simpatías mutuas, ofreciéndonos todo lo que poseíamos, aparte de la amistad: libros, periódicos, grabados, fotografías... ¡que sé yo! el tesoro de los años juveniles aumentado con el entusiasmo y el fervor de ricos gustos y ensueños literarios.

Una comunidad de líricos anhelos los ató fuertemente desde los comienzos de su amistad, y por frecuentar el trato amable de su nuevo amigo, Casal se fué apartando de las rebuscas en el grupo de sus antiguos compañeros. La biblioteca de Ramón Meza fué, a poco, reduciendo sus visitantes al propietario y a Mitjans, porque a Manuel de la Cruz lo ganó más tarde el entusiasmo revolucionario que en el Norte de su emigración iniciaban el verbo y la labor infatigable de Martí.

La Habana Elegante, revista fundada bajo la dirección de Hernández Miyares en 1883, los tenía a todos por colaboradores. Manuel de la Cruz, con el pseudónimo de *Juan Sincero*, y otras veces firmando con su nombre de pila, trazaba exquisitas páginas críticas y retratos de sus contemporáneos, en la *Galería Mignon* que en la revista aparecía bajo el título, además, de *Joven Cuba*. Allí nos ha quedado de Casal el más perfecto retrato, escrito por *Juan Sincero* en 1888:

La cabeza voluminosa —describía Manuel de la Cruz— rapada a lo recluta, la nariz enorme e incorrecta, la boca grande, sensual, con un rudimento de mostacho crespo y blondo, color pálido con tonos de rosa, —cirio bañado de arrebol— la pupila azul,

lánguida y dulce, ojo de iluminado, al andar se mueve de un lado a otro como funámbulo que pugna por mantenerse en equilibrio, y no obstante ser opulento en músculos con tendencias a la prosaica obesidad, tiene la ligereza de una estatua de corcho.

Es ésta la época mejor de Julián del Casal, cuando al regresar de Europa Aniceto Valdivia (*Conde Kostia*), el ejemplo de los poetas franceses, parnasianos y decadentes, le dió a su angustia camino de evasión en una vida falsa a la oriental, rodeado de lacas y de biombos japoneses, en su estrecho cuartico “tras el modesto salón de redacción de *La Habana Elegante*.” “Fué la época de su admiración hacia todo lo que procedía del país del marfil, del sándalo y del crisantemo —refiere Ramón Meza—. Quiso rodearse, penetrarse, saturarse de las sensaciones reales voluptuosas de aquella exótica y lejana civilización. Leía y escribía en un diván con cojines donde resaltaban, como en biombos y ménsulas y jarrones, el oro, la laca, el vermellón. En un ángulo, ante un ídolo búdhico ardían pajuelas impregnadas de serrín de sándalo. Transformó aquel rinconcillo en la morada modesta, pero auténtica, de un japonés. En los cuadros, de fondo azul, y mar más azul aún, volaban en bandadas interminables, grandes grupos de aves blancas, de pico rojo, de largas patas, a través de pagodas, de ciénagas orilladas de bambúes, de juncos conduciendo sobre nubes parejas jóvenes de cariilas de marfil”. Todo el mundo oriental, un tanto falso, que trajeron a Occidente los Goncourt, Judith Gautier y Pierre Loti, característico del desorientado París finisecular.

3

Aniceto Valdivia despertó el entusiasmo y la curiosidad de Julián por los poetas franceses. Ya los leía él antes, pero de preferencia los románticos: Lamartine dulce, Musset melancólico o Víctor Hugo tronante. De los parnasianos apenas conocía, y casi nada de los decadentes y simbolistas. Verlaine, Baudelaire y el norteamericano Edgar Allan Poe vinieron a sus manos y a su entusiasmo, en realidad, por Valdivia. Desde entonces, sus versos y su vida —que era acaso para él un verso más, y preciosista— alentaron bajo el signo de los poetas de Francia. ¡Qué importa-

ba ahora la vida turbia de afuera y su pequeñez, si para su consuelo tenía el mundo enjoyado y rutilante de los versos, y la fuga del arte para no manchar las alas de su espíritu angustiado! Como a los de París, primero ganaron a Casal los modos parnasianos. Leconte de Lisle y el cubano-francés José María de Heredia fueron sus modelos favoritos. Prometeo, el gladiador moribundo, Saulo en el camino de Damasco, los cuadros de Gustavo Moreau, sus motivos. La antigüedad, el reposo mejor para su alma. Julián se va haciendo cada vez más admirable colorista. En su afán de escaparse de sí mismo y de la angustia de su alma, embriaga sus pupilas del color y de las formas de las cosas. El alma le da terror, y no la toca por no despertar la angustia agazapada de su espíritu. Para Wilde, Salomé ha de ser un ansia viva de los labios penitentes de Yokanahán; para Casal, tan sólo es tema de espléndido tapiz de colores refulgentes, donde ajena a todo drama y sin afán y sin anhelo,

al dulce son del bandolín sonoro
 Salomé baila y, en la diestra alzado,
 Muestra siempre, radiante de alegría,
 Un loto blanco de pistilos de oro.

A Julián ya no le parecía tan amarga la vida en esta existencia suya que labró su fantasía. Bajo siete llaves de oro y tras pesadas puertas de bronce y de pedrería, tenía encerrada a su angustia. Por no fijarse en su alma ni en su sociedad caída, sólo pensaba en los lotos y en los nenúfares. El podía decirle a su alma, con las estrofas iniciales de su *Kakemono*:

Hastada de reinar con la hermosura
 Que te dió el cielo por nativo dote,
 Pediste al arte su potente auxilio
 Para sentir el anhelado goce
 De ostentar la hermosura de las hijas
 Del país de los anchos quitasoles
 Pintados de doradas mariposas,
 Revoloteando entre azulinas flores.

Así era casi feliz. Su fantasía, eminentemente plástica, no fué nunca musical. La música es amiga de los tristes, pero no es nada recomendable para los que tienen miedo de su alma. Julián confesó más de una vez con su risa sin mancha, de niño, que

la música mejor para su espíritu era la bulliciosa charanga de los caballitos. Y recuérdese que la música contemporánea de sus inspiradores franceses —los parnasianos, simbolistas y decadentes— tenía mucho de charanga bulliciosa de caballitos, con el triunfo ruidoso de la opereta en que reina indiscutible la fácil alegría de Offenbach.

El amor a sus poetas de Francia y un período de buena salud le trajeron a Julián otras ansias de vivir más bellas realidades de Occidente. La vida es grata cuando se siente gozoso latir en las venas el torrente renovado de la sangre. Casal atisba desde la ventana de su nueva habitación, sobre los techos pardos, el mar azul y los negros penachos de humo de los barcos que parten. Entonces rima sus *Nostalgias*:

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y el soplo helado del viento
parece, en su movimiento,
sollozar.

No puede desprenderse jamás de sus melancolías, aunque la vida esté robusta, un momento siquiera, junto a él, inspirando sus fuertes cromos españoles. Hay una alegría vital de colores en este cromo admirable:

UN FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,
sobre el lomo rollizo de su jumento,
mendigando limosnas para el convento,
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana
que a la misa convoca con dulce acento
y se pierde en las nubes del firmamento
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
pende de su cintura toseco rosario,
cestas de provisiones su mente forja,

y escucha que a lo largo de su camino,
respondiendo al rebuzno de su pollino
silba el aire escondiéndose entre la alforja.



Nos hemos acordado de algunos sonetos de Herrera Reissig: *La Iglesia*, acaso *El Cura*, de *Los éxtasis de la montaña*, alguno de los *Sonetos Vascos*.

Julián, en su habitación soleada, sobre los techos pardos, canta a la muerte de Luis II de Baviera:

Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

4

Este grato paréntesis de vida, y la popularidad de sus versos en *La Habana Elegante* lo pusieron en más íntimo contacto con la sociedad de su tiempo. Julián, “alegre en lo exterior y dentro triste”, sintió frente a la degradante miseria de los suyos, asco e indignación. Toda su angustia, acallada un instante de feliz abandono a sus fantasías orientales, rica de sangre nueva un momento después, se levantó nuevamente.

Otra vez la obsesión del sepulcro y el recuerdo de la enfermedad, con su promesa inolvidable de muerte. Para él todo era en esa hora:

Miseria helada, eclipse de ideales,
De morir joven triste certidumbre,
Cadenas de oprobiosa servidumbre,
Hedor de las tinieblas sepulcrales.

Pero la salud mejor le permitió sobreponerse a su angustia, y entonces comenzó a publicar en *La Habana Elegante* una serie de capítulos sobre *La Sociedad de la Habana* con los que pretendía integrar un libro análogo al publicado en París por la escritora Mme. Juliette Lambert, a quien dedicó Julián sus artículos con frases que pecan de exaltadoras, dictadas por su visión de la distancia que mediaba entre la sociedad francesa de su modelo, por él con tantas veras anhelada, y su pobre y rastrera circunstancia colonial.

Con el pseudónimo de *Conde de Camors*, Casal inició la serie de sus artículos, el primero de los cuales se tituló *El general Sabás*

Marín y su familia. Era en 1888, bajo el absolutismo de los Capitanes Generales, y Julián, con tono de altivo desprecio, después de referirse a la persona física del general, a su color subido como de quien “ha tomado mucho hierro” y a sus bigotes teñidos, escribe:

Respecto a su carácter, es altivo, no a la manera de Concha, ese gran vanidoso, que nunca se dignó estrechar la mano de sus inferiores; impetuoso del mismo modo que Fajardo, a quien una señora parecida a Mme. Stael, la eterna enemiga de Napoleón, se vió obligada a amenazar; arbitrario, de una arbitrariedad de monarca absoluto, según lo prueban sus disposiciones. Los que le rodean, temen sus primeros arranques. Parece que firma sus decretos, no con pluma de acero, sino con la punta de acero de su espada. Dícese que, en mejores tiempos, ha combatido en los campos de Venus. Asegúrase también que los médicos le han aconsejado la estricta observancia de las siete virtudes capitales.

Teniendo la desgracia de estar rodeado de malos consejeros—añadía Casal entrándose a más graves cuestiones de política—, el general se ha hecho antipático a sus subordinados. Tanto la prensa, a quien persigue tenazmente, como el comercio, a quien no ha querido escuchar, lo han dejado en el más terrible aislamiento. Todos comentan desfavorablemente sus actos gubernamentales.

Los salones del Palacio —explicaba más adelante—, notables por sus esplendores pasados, están convertidos en amplios museos de antigüedades. Ya no se celebran, como en tiempos de Serrano, magníficas fiestas, en las cuales se encontraba lo más selecto de nuestra sociedad. La Condesa de San Antonio, esa miniatura de la Emperatriz Eugenia, que tanto ha figurado en las grandes poblaciones, gozaba de generales simpatías. Hay familias que, desde aquella época, no han pisado los umbrales de la Capitanía General. Tampoco se dan bailes como los del general Blanco, el eterno adorador de las mujeres, en los cuales se gastaban algunos millones de pesos. Los burócratas son los más asiduos concurrentes de las recepciones vulgares del general Marín. Sólo algunas familias cubanas, ya por razones de alta política, ya por hacerse merecedoras de algún favor, frecuentan todavía dichos salones. Un día de besamanos, al entrar el Consul de Francia, vestido de rigurosa etiqueta, la concurrencia palaciega se sonrió maliciosamente, tan sólo porque llevaba el traje de última moda y saludaba como el más correcto gentleman. También llama la atención en los sa-raos (?) semanales, el Sr. Gómez Acebo, gran protector de las fábricas de Lubin y Coudray, porque pretende trasplantar las costumbres extranjeras. El Sr. D. Venancio Aldama, al salir de

Albisu, donde sonríe a la Rusquilla, se dirige a Palacio y ameniza la velada tocando algunos danzones. Pocas veces se ven allí cubanos conocidos. Nuestro amigo el ilustrado Juan Federico Centellas, que maneja admirablemente toda clase de armas, hasta el arco de Cupido, asiste algunos días. Los militares, que se agrupan en torno suyo, escuchan la narración de sus maravillosas cacerías, mitad sonrientes, mitad asombrados.

Tan acerada crítica, en que se advierten momentos dignos de Larra, no podía quedar sin consecuencias. Toda la bilis del general Sabás Marín se volcó en la orden de secuestro del número atrevido, y llevó luego ante el juez a Casal, que resultó absuelto, y más querido y admirado ahora por sus compañeros de *La Habana Elegante*, en cuyos números siguientes Julián siguió imperturbable haciendo su valiente disección de la sociedad de La Habana.

Quería Casal que abarcara su obra todos los aspectos de aquella sociedad y, al efecto, se había propuesto desarrollarla a través de los 16 capítulos siguientes:

- Cap. I.—El general Sabás Marín y su familia.
 „ II.—La Alta Burocracia.
 „ III.—La Antigua Nobleza.
 „ IV.—Los Antiguos Nobles en el Extranjero.
 „ V.—Las Grandes Familias.
 „ VI.—La Nueva Nobleza.
 „ VII.—Los Príncipes del Dinero.
 „ VIII.—El Gran Mundo.
 „ IX.—El Demi-Monde.
 „ X.—Definición del “Austria”.
 „ XI.—La Prensa.
 „ XII.—La Literatura.
 „ XIII.—El Arte Pictórico y Musical.
 „ XIV.—Los Teatros.
 „ XV.—Los Círculos.
 „ XVI.—El Sport.

De todos ellos, sólo pudo terminar el primero, a que ya nos hemos referido, el tercero, referente a *La Antigua Nobleza*, y el

cuarto, a *Los Antiguos Nobles en el Extranjero*; dejando sólo parte del oncenno, sobre *La Prensa*, y únicamente la referencia al pintor Collazo del décimo tercero, que estaba dedicado al *Arte Pictórico y Musical*. De haber dado cima Casal a este proyecto, hubiera sido su libro consulta indispensable para conocer este rico período de nuestra historia social, porque ya lo son los capítulos incompletos que nos dejara en las páginas olvidadas de *La Habana Elegante*. No sale mejor librada de su análisis implacable *La Antigua Nobleza*. Casal pasa revista a las principales familias de su tiempo, muestra desnudos en su pequeñez y sus miserias a los más destacados representantes de aquella sociedad en decadencia.

El Conde de Lagunillas —escribe—, ilustrado miembro de la familia del poeta Zequeira, se ha distinguido por los diversos cargos que ha desempeñado en el Casino Español. El Austria cubana lo cuenta entre los suyos. Cultiva discretamente la poesía; pero administra mejor sus bienes.

Julián es implacable con los “austriacantes”, con los simpatizadores del absolutismo español y pinta de este modo a uno de sus más significados personajes:

El Marqués de Aguas Claras, que lleva el título de Conde Villanueva, sólo se distingue en las filas austriacantes. También es jefe de Voluntarios. Aunque mira mucho, ve muy poco. Un día, al verlo bajar de su coche, en la Acera del Louvre, le dijeron a un periodista muy conocido:

—¡ Ahí teneis un Grande de España!

—¡ También su cochero es *grande* de Africa! —contestó el chispeante escritor.

A Casal le repugnaba igualmente la grosería y tosquedad de buena parte de la pequeña nobleza criolla, y se revolvió despiadado e irónico contra sus más conspicuos personajes. Así pintaba a algunos de ellos:

El Marqués de Prado Ameno es la antítesis del Conde de la Reunión. Viste decentemente, pero sin elegancia. Contrasta notablemente su figura con la de su mujer. Brillaría en la Historia, como rival de Lúculo, si hubiera vivido en la Roma antigua. Es uno de los más decididos protectores de los bufos cubanos. Aplaude estrepitosamente. Hace repetir para él solo, en algunas ocasiones, escenas enteras. Se ha distinguido en el cuerpo de Bomberos.

Y esta otra pintura atrevida del Conde de Casa Barreto:

El Conde de Casa Barreto, a quien corresponde el título de Marqués de Almendares, se dedica solamente a la Agricultura. Prefiere la gloria de tener dinero a la de ostentar sus blasones. Recuerda, por su prole numerosa, al patriarca Jacob. Todo en él revela al hombre de campo y no al noble que vive en sociedad. Su casa es de las más abigarradas que conocemos. Desde que se llega al umbral, hasta que se penetra interiormente, todo revela el mal gusto de su dueño. Se cuenta que un viejo Conde de Barreto, poco querido de sus familiares, no fué velado en la noche de su muerte. Al tratar de conducir el cadáver al cementerio, llamó la atención el excesivo peso del ataúd. Destapáronlo cuidadosamente y vieron sorprendidos que estaba lleno de guijarros. Nunca se ha podido saber, al decir de algunos, la verdad del suceso.

En cambio, tiene Julián frases llenas de emoción para hablarnos de las familias cubanas que todo lo dieron por la causa de la Patria esclava. Escribiendo de la familia del Marqués de Santa Lucía, trae estas nobles palabras:

Quando estalló la revolución, esta familia se dividió en tres grupos. Durante el espacio de un año, anduvieron errantes, sin saber unos de otros. Ocultas en miserables harapos, iban por el escenario de la guerra, asordadas por el estruendo de las balas y ennegrecidas por el humo del combate, enardeciendo a los valientes y llorando sobre los despojos de los muertos. Sufrieron increíbles privaciones. Todo buen cubano debe venerarlas. La hermana del Marqués tuvo la valentía de presenciar la ejecución de su esposo que cayó prisionero. ¡Qué adiós tan triste debieron darse ambos consortes! ¡Qué cosas debieron decirse con los ojos! ¡Qué escena tan magnífica para Alejandro Parodi, el primer trágico del teatro griego de nuestros días!

En medio de la emoción más grande de esta escena plena de patriotismo, Casal se acuerda del teatro y de su gran trágico, porque para él la vida es farsa y todo está puesto en la existencia en función de esta farsa. La más sublime escena no tiene valor para él si no ofrece posibilidad de ser representada por el pintor o el actor, a la luz falsa de las candelijas o del color creado en la paleta.

Los atrevidos conceptos de Casal determinaron que la junta directiva del *Círculo Habanero*, sociedad de la que era órgano *La*

Habana Elegante, acordara por unanimidad, con fecha 6 de abril de dicho año —1888— “no hacerse solidaria con los artículos” publicados en la revista. Firmaba el acta de la sesión y la comunicación que le fué enviada con su copia a la Dirección de la Revista, como secretario del Círculo, el ya viejo poeta José Fornaris. Hernández Miyares, con un gesto de suprema gentileza, reprodujo el acuerdo en lugar preferente de la revista y reiteró su adhesión inquebrantable al *Conde de Camors*.

En las tertulias de la aristocracia criolla decía el nervioso aletear de los abanicos la agitación de los espíritus, y cada mes esperaban muchos rancios apellidos ver desnudos sus defectos en las páginas atrevidas de *La Habana Elegante*. En las casas fielmente cubanas se comentaba entre tanto, emocionadamente, aquella dolida conclusión que el *Conde de Camors* le había puesto a sus crónicas sobre la *Antigua Nobleza*.

La antigua nobleza de Cuba —decía—, compuesta de familias cubanas, está condenada desde hace algún tiempo, ya por su posición actual, ya por razones políticas, a ver elevarse al lado suyo otra nueva nobleza, formada de ricos burgueses, sin más título que su fortuna, salvo honrosas excepciones, como las palmeras de nuestros fértiles campos, hondamente arraigadas en la tierra, ven levantarse rápidamente, bajo la sombra de sus penachos verdes, innumerables yerbas parásitas, trasplantadas de otros climas por el viento tempestuoso de las altas regiones.

Viento tempestuoso de las altas regiones que tampoco era propicio a la prensa cubana, como ya lo escribió él, con extraordinaria osadía, en lo que pudo publicar del capítulo onceno de su serie.

Apesar de las persecuciones que sufren los periodistas —decía en aquel artículo el *Conde de Camors*—, la prensa habla diariamente de los sucesos ocurridos, ya en forma clara y terminante, si el hecho es del dominio público, ya en forma novelesca, si se trata de encumbradas personalidades. Por más que se valga de este último medio, el público comprende fácilmente lo que se le quiere decir. También existen algunos periódicos que se dedican al *chantage* en grande escala, para compensar la falta de lectores. Así se explica la existencia de algunos diarios que tienen muy poca importancia.

Leído esto, hemos de convenir que en muy poco aventaja la prensa de hoy a la del tiempo de Casal, y aun se nos adelanta su

tiempo con la presencia de este admirable *Conde de Camors*, poeta enamorado de lotos y de nenúfares y capaz de decir, con admirable ironía, estas verdades amargas a la faz misma omnipotente del Capitán General.

Sólo el asco de su pueblo sumido en la abyección de aquel período fatal, en que rodó la esperanza para vivir medrando del des-gobierno español, y su romántica ignorancia de la más rica porción del pueblo suyo, de la que supo Martí entre los nobles y esforzados tabaqueros del Cayo, llevaron a Casal a esta amarga ironía de sus crónicas. Sólo entre los compañeros de *La Habana Elegante* hallaba él ambiente a su ambición de goces refinados del espíritu, y en el estudio del pintor Guillermo Collazo, que nos dejó descrito en la parte publicada del capítulo décimo tercero de la serie sobre *La Sociedad de la Habana*.

Desde que se penetra en el estudio —escribe Casal—, no se tienen ojos para contemplar los objetos que atraen nuestras miradas. Ancha panoplia colosal, forrada de paño verde, sostiene un arnés completo, rodeado de toda clase de armas antiguas y modernas. Al lado de la panoplia, suntuosas colgaduras rosadas, artísticamente prendidas, ocultan la desnudez de las paredes. Jarrones chinoscos, ornados de figuras y animales fantásticos; porcelanas antiguas, de diversos tamaños y variados colores; grupos escultóricos, ya en mármol, ya en barro, inspirados en asuntos mitológicos; lámparas maravillosas, primorosamente labradas, suspendidas del techo; muebles antiguos, forrados de viejas telas riquísimas; alfombras pérsicas, con flores grandes y diversidad de matices; todo lo más precioso que el gusto cosmopolita ha producido se encuentra diseminado, como por manos de hada, en los rincones.

Allí sí estaba a gusto el espíritu de Julián.

Al salir del estudio —escribía él—, para entrar de nuevo en el mundo, el ánimo se siente dolorosamente impresionado por la realidad. Tal parece que hemos descendido desde un palacio italiano, poblado de maravillas artísticas, hasta un subterráneo lóbrego y húmedo, donde resuenan lamentaciones, de esos que se contemplan en las agua-fuertes de Piranese. Pero el ánimo pronto se consuela con el recuerdo de lo que ha visto y de lo que ha admirado, porque el arte proporciona todos los goces... hasta el de olvidar.

5

La herida sociedad de La Habana, puesta al desnudo por el *Conde de Camors*, no pudo perdonar a éste su osadía ni había de aceptar, sin consecuencias para su autor, el Capitán General los ataques de Julián. Su cesantía en el modesto empleo de escribiente que desempeñaba el poeta en Hacienda no se hizo esperar. Casal, de vacaciones a la fuerza, se las tomó completas; y vendiendo una pequeña propiedad, último resto del esplendor pasado, tomó pasaje para España en el *Château Margaux*, en los primeros días de noviembre de 1888. Madrid no fué para Julián cosa distinta, en esencia, de su Habana decadente. Sólo la amistad de Salvador Rueda y la del mexicano Francisco A. de Icaza pudieron compensar un tanto la desilusión que le produjo la capital española. Allí, como aquí, los mentideros políticos y un aire enrarecido de burgueses aupados, flotando sobre el recuerdo cada vez más lejano de la España gigante y universal. Crónicas y versos mandó de España a *La Habana Elegante*, en donde apareció por ese tiempo una admirable página suya dedicada al general Salamanca. De Rueda y de Icaza mandó también, y cuando al cabo de gastarlo entre sus nada ricos amigos, los literatos y artistas de la aburguesada y decaída villa y corte, se agotó su escaso caudal, retornó, en 1890, sin más recuerdo material de su aventura que una tosca cruz de leños auténticos de Jerusalem, regalo de su pariente el cardenal Arzobispo de Sevilla, monseñor de la Lastra. Su ausencia, que duró cerca de un año, apenas significó en la vida de Julián breve paréntesis sin consecuencia mayor en su espíritu ni en su obra.

6

Algo debió sufrir, no obstante, su organismo, con su estancia en país más frío, porque a su vuelta se manifestó con más crudeza su vieja enfermedad. Julián volvió a sentir otra vez el miedo de la muerte, y otra vez la angustia. Otra vez

El hastío glacial de la existencia
Y el horror infinito de la muerte.



Lo echó el médico al campo, y allá se fué el poeta en busca de salud. Pero aquella amplia quietud de tierra y cielo no eran buenas a la angustia de su alma, que resonaba allí más, que se agrandaba en la comparación de su miseria corporal con aquella esplendidez natural de la campiña criolla. A Julián le abrumaba tanta serenidad. Lo dice él mismo, en una de sus cartas que nos ha revelado José Antonio Fernández de Castro:

Hace unos días que llegué del campo —explica Casal con fecha 10 de febrero de 1890, a desconocido destinatario, que José Antonio presume mujer—, y no había querido escribirle porque traje de allí muy malas impresiones. Se necesita ser muy feliz, tener el espíritu muy lleno de satisfacciones, para no sentir el hastío más insoportable a la vista de un cielo siempre azul, encima de un campo siempre verde. La unión eterna de estos dos colores produce la impresión más antiestética que se puede sentir. Nada le digo de la monotonía de nuestros paisajes, incluso las montañas. Lo único bello que presencié fué una puesta de sol, pero ésas se ven en la Habana todas las tardes.

Y en verso ha de confesar también su desamor al campo:

Tengo el impuro amor de las ciudades

 Mucho más que las selvas tropicales,
 Plácenme los sombríos arrabales
 Que encierran las vetustas capitales.

 Más que al raudal que baja de la cumbre,
 Quiero oír a la humana muchedumbre
 Gimiendo en su perpetua servidumbre.

En este desvío del campo hay vivo un terrible sentimiento de su inferioridad natural, de su incapacidad absoluta de latir con el alma del paisaje, por la gradual disminución de sus potencias vitales. Lo sabe Casal, y cuando pasa Antonio Maceo ante sus ojos afiebrados, con su espléndida figura de héroe y de hombre, el poeta no puede contener su envidiosa admiración y escribe en reveladora carta lo que sigue:

Agosto 10 de 1890.

Sólo he encontrado en estos días una persona que me ha sido simpática. ¿Quién se figura usted que sea? Maceo, que es un hombre bello, de complexión robusta, inteligencia clarísima y voluntad de hierro...

No sé si esa simpatía que siento por nuestro General es efecto de la neurosis que padezco y que me hace admirar los seres de condiciones y cualidades opuestas a las mías; pero lo que le aseguro es que pocos hombres me han hecho tan grata impresión como él. Ya se ha marchado y no sé si volverá. Después de todo, me alegro, porque las personas aparecen mejor a nuestros ojos vistas de lejos.

Nó, Julián sabía demasiado bien que su alegría porque Maceo se hubiera marchado estaba más ciertamente en que la esplendidez vital del héroe era un vivo reproche a su miseria, y el poeta lo sentía como nadie en la carne dolorida. Todavía en honor de Maceo hizo un soneto en que su desencanto político está vivo y desnudo en la amarga afirmación de los tercetos:

Así, al tornar de costas extranjeras,
Cargado de magnánimas quimeras,
A enardecer tus compañeros bravos,

Hallas sólo que luchan sin decoro
Espíritus famélicos de oro
Imperando entre míseros esclavos.

El asco de su sociedad y el sentimiento de su impotencia ante la vida espléndida que —tan deseada en el secreto de su alma— no era para él. De este hondo conflicto espiritual nace su poesía, y de sí mismo hablaba cuando escribió estas palabras, refiriéndolas a la exquisita Juana Borrero:

La melancolía que destilan las primeras producciones de ciertos artistas no es más que la fermentación de los pesares que, día por día, les ha causado la observación de las múltiples deficiencias que la vida ofrece ante sus deseos. No es imaginaria, como algunos pretenden, sino real. En unos suele ser pasajera y en otros inmortal. De ahí ese hastío prematuro, ese profundo descorazonamiento, ese escepticismo glacial, ese adormecimiento de los sentidos, ese apetito desenfrenado de lo raro y ese estado de catalepsia en que se encuentran por completo sumergidos a los veinte años... Cada vez que salen al mundo, el asco los obliga a volver sobre sus pasos.

El asco de la existencia mediocre y la enfermedad que devoraba sus pulmones hicieron a Casal temeroso de la misma vida, y

frente a la ingenua pasión adolescente de Juana Borrero, Julián sólo sabe cantar su amor de hermano,

no sólo porque todo lo juzgas vano,
y la expresión celeste de tu belleza,
sino porque en tí veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano.

Sólo doce años tenía Juana Borrero, y era ya exquisita poetisa, y pintora además, cuando conoció a Julián del Casal. Creyó tal vez, la niña apasionada, que amaba a aquel delicado poeta triste que tan bien sabía decir los pesares y el hastío de su alma. Eduardo Spranger le hubiera puesto las manos sabias sobre los bucles y hubiera dicho que tras las pupilas ansiosas de Juana aún no había amor, sino ese delicado y complejo sentimiento que se llama el "erotismo" adolescente, ese impulso apasionado de dación o la que se admira, a las grandes ideas o a una figura que se nos aparece grande y noble, porque lo es, o acaso solamente, porque a nuestra incontrolable imaginación juvenil así lo ha parecido. Juana creyó que amaba a Julián, y acaso fueron las suyas las lágrimas más puras y más hondas que honraron el cadáver del poeta. Después el amor, ya cierto, le vino de la mano de otro poeta exquisito: Carlos Pío Uhrbach. Lo quiso Juana, y cuando fué la muerte a sorprenderla en el país de su destino, él salió a encontrarla, bravamente, sobre el campo de batalla.

7

En los últimos años de su vida, Casal sintió afiebrado afán de producir y de ordenar, en libros, su dispersa producción anterior. También escribió mucho en prosa por este tiempo. Prosa la suya que se tiene en nuestros días olvidada y que, como ocurre con la de Manuel Gutiérrez Nájera, el admirable poeta mexicano, es de valor parejo al de sus versos y, por instantes, superior. Ya conocemos algo de sus cáusticas crónicas sobre *La Sociedad de La Habana*, pero valen aun más sus cuentos y sus *Bustos*, luego incluídos en el volumen último de sus versos, que no llegó a ver

terminado. Admirador apasionado de Guy de Maupassant, se nota la influencia de este gran escritor en algunas de las mejores páginas en prosa de Casal, y sobre todo en sus *Historias Amargas*, publicadas en 1890 en varios números de *La Habana Elegante*, especialmente en la titulada *La Casa del Poeta*, aparecida el 17 de agosto de dicho año.

En ese tiempo Julián, con motivo de la aparición de un nuevo libro del gran maestro francés, había expresado su rendida admiración por él, y explicaba:

Dos cosas engendran en el fondo de mi espíritu tan fanática admiración: la idea que tengo formada de la personalidad de Maupassant, y una absoluta conformidad con su manera de sentir y de pensar. Y no digo de expresarse, porque su estilo, tan puro como el agua y tan sólido como el mármol, carece de ciertos relieves bizantinos que sentarían mejor a los conceptos originales que se encuentran esparcidos en él.

Estos relieves bizantinos son los que no han dejado ver en la prosa de Casal su evidente filiación maupassantiana, y ellos son, precisamente, los que le confieren a nuestro escritor categoría eminente de algo más que precursor en la prosa modernista.

8

En ese mismo año de 1890 publicó Casal el libro primero de sus versos. Lo abría un poema autobiográfico que nos pinta de mano maestra la situación del poeta en ese tiempo:

Mi juventud, herida ya de muerte,
 Empieza a agonizar entre mis brazos,
 Sin que la puedan reanimar mis besos,
 Sin que la puedan consolar mis cantos.
 Y al ver en su semblante cadavérico,
 De sus pupilas el fulgor opaco,
 —Igual al de un espejo desbruñado—
 Siento que el corazón sube a mis labios
 Cual si en mi pecho la rodilla hincara
 Joven Titán de miembros acerados.



Para olvidar entonces las tristezas
Que, como nube de voraces pájaros,
El fruto de oro entre las verdes ramas,
Dejan mi corazón despedazado,
Refúgiome del Arte en los misterios
O de la hermosa Aspasia entre los brazos.

Son versos de su época primera los que trajo este volumen titulado *Hojas al Viento*. *Nieve* vino dos años después, y ya traía una orientación más definida hacia las maneras "modernistas". Ya estaba Julián, por ese tiempo, ganado nuevamente por la angustia. A su vuelta de España, adonde fuera representando a Nicaragua en las fiestas conmemorativas del centenario del descubrimiento de América, pasó por La Habana Rubén Darío, y fué amigo de Casal. A Julián le hizo impresión la personalidad, entonces floreciente, de Darío, y al continuar éste su viaje, dejó Casal, en versos melancólicos, un triste paralelo en que resulta asaz favorecida, falseada, en consecuencia, la figura de Darío. No hizo tanta impresión Casal en el ánimo del poeta nicaragüense, que ni siquiera advirtió entonces tal vez, íntegramente, la noble magnitud de su obra poética.

El paso de Darío hizo aun más patente a Julián su soledad. La angustia lo llevó, en sus ansias desesperadas de evadirse de la enfermedad y del recuerdo de la muerte y de la vulgaridad cotidiana, a los más raros extremos. Vivió entonces, si antes como un japonés, ahora como un monje. Vestido de blanco sayal, trabajaba hasta altas horas de la noche en su habitación penumbrosa situada en la redacción de *El País*, que dirigía Don Ricardo del Monte. Muchas noches iba el crítico a charlar y discutir con Julián de versos y de pintura y hasta de política. Aunque al llegar aquí, Julián, que no era ducho en estas cuestiones, procuraba derivar la charla hacia más gratos asuntos. Alguna vez, no obstante, se habló con demasiada insistencia de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, y Julián expresó que de intentarse revivir el viejo anhelo anexionista, él fundaría el partido anexionista francés. Siempre la obsesión de París, de un París que cuando tuvo ocasión no quiso ver, acaso porque estaba seguro de hallarlo notablemente inferior al que él se había creado en su fantasía. Y recordó también en tal ocasión su baladita *La Perla*, publicada an-

teriormente en *La Habana Elegante*, en que habla de la ambición, sobre una perla, de dos aves de rapiña:

una de plumaje áureo,
otra de plumaje negro.

La angustia le crecía más cada vez, y él intentaba olvidarse, sumergido en sus colaboraciones periodísticas en *La Discusión* y en la preparación de un nuevo libro: *Bustos y Rimas*.

9

Pasan las horas lentas, pesadas, de la enfermedad sobre el alma del poeta. Julián está gravemente enfermo y ha sentido cercano, muy cercano, el aviso de la muerte. Sobre su lecho —tan grande y tan frío—, la cansada figura de Casal se destaca en la media luz, incorporada entre las almohadas y las sábanas de escafofrante blancura de sudarios. Afuera late el rumor de la ciudad dormida bajo la espléndida fiesta de luz de las estrellas distantes. Adentro, exprime el reloj las horas pausadamente y las hace gotear sobre la angustia del enfermo, minuto por minuto.

¡Qué tristes son las horas!
—cantará el poeta—. Cual rebaño
De ovejas que caminan por el cieno,
Entre el fragor horrisono del trueno
Y bajo un cielo de color de estaño,

Cruzan sombrías, en tropel huraño,
De la insondable Eternidad al seno,
Sin que me traigan ningún bien terreno,
Ni siquiera el temor de un mal extraño.

Yo las siento pasar sin dejar huellas,
Cual pasan por el cielo las estrellas,
Y, aunque siempre la última acobarda,

De no verla llegar ya desconfío,
Y más me tarda cuanto más la ansío,
Y más la ansío cuanto más me tarda.



Así hubiera podido cantar Santa Teresa, ansiosa de su Dios más allá de la muerte. Casal ha vuelto a recobrar otra vez la fe de sus mayores. Un gesto de derrota y de cansancio dictó su última carta a Rubén Darío, tres días antes de su muerte.

Desde julio a la fecha —le dice— he recibido dos veces los Santos Sacramentos. Ahora estoy mejor; pero sin esperanza de curación, porque ningún médico conoce mi enfermedad. Todos aseguran (me han visto los mejores de aquí, donde los hay muy buenos) que es un mal obscuro y misterioso, desconocido por ellos. Te escribo estos renglones para demostrarte que aun al borde de la tumba te quiero y te admiro cada día más.

Ya se ha entregado Julián en las manos de Dios, y la angustia y el terror a la muerte se le han tornado un anhelo infinito de evasión y de descanso supremo. ¡Qué lejos ahora de su espíritu aquella *Fatuidad Póstuma*:

Cuando yo muera, al borde de mi lecho
Quiero ver a una hermosa reclinada,
Que escuche con sonrisas en los labios
La confesión postrera de mis faltas.

Ya las ha confesado él a un sacerdote, y se ha librado del terror que vivía agazapado en su conciencia con el recuerdo aquel de sus Ejercicios Espirituales: “Acuérdate, hijo mío, de tus postrimerías...” Lo ha dicho todo al sacerdote, con la angustia del que teme morir sin acabar la confesión. Hasta las pocas veces en que por imitar a los decadentes de París probó la morfina, para cantarla luego en forma tal que todos ven que apenas la conoce. Y sus versos satánicos y sus blasfemias. Un ansia de acabar dicta ahora sus versos:

¡Oh Señor! tú que sabes mi miseria
Y que en las horas de profundo duelo
Yo me arrojo en tu gran misericordia,
Como en el pozo el animal sediento,
Purifica mi carne corrompida
O, librando mi alma de mi cuerpo,
Haz que suba a perderse en lo infinito,
Cual fragante vapor de lago infecto,
Y así conseguiré tu omnipotencia,
Calmando mi horroroso sufrimiento,
Que la alondra no viva junto al tigre,
Que la rosa no viva junto al cerdo.



10

Como una rosa de sangre, abrió sus pétalos la muerte en la boca del poeta que tanto amara las flores. Era la tarde del 21 de octubre de 1893. El cardenal arzobispo de Sevilla, monseñor de la Lastra, se olvidaba beatíficamente de sus achaques mascullando los latines cotidianos de su viejo breviario. En el puente de su nave, por la costa bravía de Vizcaya, un Ugareda o acaso otro marino de los Casal de Santurce, vió caer allá lejos, en el trasmar, allá por la ruta de las Américas, una rosa de luz.



Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba,

por Evelio Govantes.

Un entusiasmo desmedido por nuestro pasado, y el vivísimo deseo de contribuir con algunas noticias al estudio del desenvolvimiento de las bellas artes en Cuba, —mantenido por la esperanza de que nombres y recuerdos despertarán la curiosidad creadora de investigadores afortunados—, me decidieron a aceptar la invitación honrosa que recibí de nuestro Alcalde para tomar participación en este curso brillantísimo organizado con singular acierto por mi querido amigo el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring; porque si la época de Vicente Escobar se presta a una charla amena, la oscuridad que rodea la vida del pintor y las aptitudes poco felices para el empeño, del conferenciante de hoy, no parecían, ciertamente, las indicadas para continuar el brillante esfuerzo de quienes me precedieron en estos actos culturales. El guía de hoy no es el profesor atildado y erudito que diserta con el beneplácito y el entusiasmo del auditorio, sino el cicerone modesto que puede encontrar el turista en la Plaza de Armas o en la de la Catedral.

Vicente Escobar ganó en Cuba la inmortalidad gracias a Cirilo Villaverde, que recogió su nombre en las páginas sugestivas de *Cecilia Valdés*, porque Escobar, ni fué un pintor distinguido, ni los testimonios que sobre él he hallado le asignan el sitio indiscutible de maestro de una generación de artistas, como a Perovani y a Vermay.

Sin el encanto de *Cecilia Valdés*, sin la leyenda que rodea a los personajes de esta novela, y, sobre todo, sin la positiva influen-

cia que el libro de Villaverde ejerció, y ejerce todavía, para representarnos el pasado habanero, Don Vicente Escobar no hubiera dejado de ser uno más entre los numerosos pintores y miniaturistas que vivieron en esta ciudad y cuyas obras, ni son buscadas ni merecen el más ligero comentario de los que, aficionados a seguir de cerca la evolución de la pintura, buscan, estudian y encuentran en los viejos lienzos detalles de técnica o de inspiración que revelen el talento, la ejecución o la vehemencia del artista. Calcagno, animado de aquel admirable espíritu localista que caracterizó a nuestros intelectuales y eruditos del siglo pasado, coloca a Escobar en el pináculo de la gloria, cuando afirma que aprendió solo, sin maestros ni modelos que imitar; es decir: que en los dilatados años que vivió, hizo lo que la pintura tardó siglos en lograr. Algo así como el caso sorprendente de un primitivo que, por intuición, conociera la teoría de los planos, de la perspectiva, la ciencia de la mezcla de los colores y el arte difícilísimo de los matices y de las tonalidades, y que desarrollara estos principios con la seguridad y firmeza de quien sabe cómo tiene que trabajar, y no con la indecisión del que sólo presiente secretos de técnica.

Basta sólo pasar la vista por cualquiera de los lienzos de Escobar hoy conocidos, para comprender que a sus pinceles los movía algo más que el entusiasmo del aficionado; y si esta es la primera impresión que, seguramente, obtendrá el menos entendido en estas artes, a poco que investigue, estimará como caprichosa la afirmación de Calcagno, porque Escobar estudió, y estudió en España, y porque en La Habana trabajaban ya, cuando florecía Escobar, excelentes profesores de pintura, y prosperaban muchos pintores dedicados al entonces lucrativo oficio de retratistas.

No pretendo yo, con las notas que he reunido acerca de Escobar, señalar definitivamente su sitio en la evolución de la pintura en Cuba, ni menos convertirme en cronista de su existencia, pues para lo uno, hay mucho que investigar todavía; y para lo otro, no he encontrado sino aisladas noticias; pero sí aclarar o rectificar los datos del *Diccionario Biográfico Cubano* y trazar, al mismo tiempo, un bosquejo ligerísimo de lo que fué la pintura entre nosotros hasta que Don Vicente Escobar se anunció en los periódicos de La Habana, y a la vez señalar la influencia extraordinaria que ejercieron los pintores extranjeros radicados en Cuba en la

época, precisamente, en que Escobar gozaba fama de *fisonomista* notable.

* * *

El testimonio más antiguo sobre las bellas artes en la modesta villa de San Cristóbal de La Habana, es, en un acta capitular correspondiente a la segunda mitad del siglo XVI, un acuerdo del Cabildo que aprueba la compra a Gaspar de Avila, en sesenta y dos ducados, de una imagen y ocho marcos pintados. De estos muebles se pierde el rastro hasta dos años después —1586— en que, temerosos de que repitiesen los corsarios ingleses las hazañas de Santo Domingo, prudentemente acordaron los Capitulares poner en sitio seguro sus tesoros artísticos. Ya al final de esta centuria aparece el nombre del primer artista: se llamaba Juan Camargo, y por la pintura del retablo de la Parroquial Mayor, cobró mil ducados.

Entre esta centuria y la siguiente, La Habana ha ganado en importancia estratégica y comercial. La villa se transformó en ciudad, cuyos vecinos viven con lujo y refinamiento en un ambiente de corrupción y placer, que facilita y fomenta el número excesivo de viajeros que en ella pasan largas temporadas. Las joyas costosas, los finos lienzos, los muebles suntuosos, y en general, todas las manifestaciones de lujo, naturales en los lugares en que dados y cartas dan a la existencia aspecto voluptuoso y cómodo, aparecieron en La Habana. Y cuando murió el contador Moneayo, los inventarios de sus bienes registraron buenos muebles y pinturas flamencas.

Esta sociedad, más corrompida que alegre, sentía odios y envidias profundos; sus componentes se acusaban entre sí ante el Gobernador o ante la Corona. Los vecinos se agrupaban en bandos, que frecuentemente rompían unos contra otros; los carteles difamatorios y de desafío se repetían hasta lo infinito, y quizás si entonces, me digo yo, la mano envenenada de algún enemigo de gobernador y oficiales reales trazó sobre los muros de la pequeña Parroquial Mayor, grafitos que hablasen de la ligereza de sus mujeres o de la relajación de sus costumbres; porque estos grafitos, esta afición al insulto anónimo y gráfico, se observa en los pueblos más antiguos de la tierra.

Desde luego que en los siglos XVI y XVII se trabajó en Cuba el dibujo lineal. La Fuerza, la Punta y otras construcciones militares, religiosas y residenciales se levantaron en estas centurias. En la correspondencia de gobernadores y Alcaldes, frecuentemente se anuncia el envío de trazas, que son los planos, modificando detalles de los edificios. No parece lógico que los maestros de obras de entonces o los ingenieros militares, no tuviesen junto a ellos aprendices de su arte, sobre todo La Torre y Calona. En el siglo XVII se convocó el primer concurso de que hay noticias, para levantar nueva Parroquia Mayor. Felizmente, no llegó a construirse uno de los proyectos presentados, del cual poseo copia fotográfica que me envió desde España el ya fallecido Embajador de Cuba Dr. Mario García Kohly. En el siglo XVIII, las manifestaciones sobre la pintura son más precisas, debiendo señalarse, por la admiración que despertaron en la sociedad de la época, las decoraciones que, para semejar un jardín, encargó Arango, alférez real, cuando la proclamación de Carlos III. Un pintor de entonces, de quien no ha llegado a nosotros una sola obra, fué Thomas de Manrique, autor de las alegorías que se colocaron en el templo al efectuarse las exequias por la muerte de la Reina Isabel de Farnesio. Escalera corresponde a ese siglo; los lienzos que de él he visto, sobre temas religiosos, revelan, no sólo una buena técnica, sino un temperamento intensamente apasionado. Además, todos Vds. conocen la obra de este artista en la iglesia de Santa María del Rosario, una de las bellezas arquitectónicas más notables que poseemos y que se debe a la generosidad de los Condes de Casa Bayona.

Si Escalera estudió en Cuba o en España; si pintó lo que concebía o se limitaba a copiar, son aspectos a investigar. Tengo noticias de que el maestro Rodríguez Morey, Director del Museo Nacional, hace años que estudia las contadas composiciones que de este artista se conservan, y que sobre su persona y su arte tiene noticias y observaciones interesantísimas.

En las postrimerías del siglo XVIII, Báez dibujó y grabó el sello de la Sociedad Patriótica, y pocos años después, en compañía de su hijo, las láminas de la obra de Parra sobre peces cubanos. En estos tiempos, la iniciativa oficial procuraba darle a los estudios un programa más al tanto con las corrientes que entonces

transformaban al mundo; y así el Censor, en junta de la Sociedad Patriótica de 7 de junio de 1794, consideraba el dibujo como fundamental para el estudio de las artes y de las ciencias.

Yo me represento a La Habana de aquellos años como una ciudad de intenso colorido. Las fachadas de las casas estaban pintadas de amarillo, verde, azul y blanco; sobre ellas jugaba una luz dorada que hacía resaltar las siluetas fornidas de los trabajadores esclavos, apenas cubiertos por pintorescos atavíos. Los señores aportaban los colores rojos, azules, olivos y negros de sus imponentes casacones, y el clero los tonos discretos de los hábitos de su comunidad; San Ambrosio, las sotanas de sus colegiales, y la milicia, la armada y las órdenes militares, sus uniformes imponentes y decorativos. La luz intensa de nuestro sol encendía estos matices, que se confundían con las pinturas murales que decoraban la paredes exteriores de los establecimientos, y que representaban, desde un navío con sus velas desplegadas, hasta un cupido muy poco vestido. Estos frescos sobre las paredes duraron hasta el siglo actual; y en la memoria de muchos de nosotros no debe haberse perdido el recuerdo de las toscas figuras que proclamban las virtudes curativas de productos farmacéuticos y las excelencias de algunos comercios.

Este sistema de decoración mural se repitió en las paredes interiores de los edificios, que se cubrían con grandes frescos. En el año 1812, se ejecutó una pintura mural de carácter político en la casa del bachiller Don Vicente Segundo, cuya descripción se conoce hoy gracias a la denuncia de un vecino llevado de su "zelo por la tranquilidad pública". En esta época, las ideas liberales estaban muy difundidas, y Cuba había respondido al anhelo universal de libertad e independencia.

En una de las paredes de la Casa de Beneficencia y Maternidad estuvo pintada la impresionante comitiva que a través de La Habana de entonces se dirigía al piadoso establecimiento el día de su inauguración. Este fresco fué reproducido por Lequerica en una estampa, muy buscada hoy por los coleccionistas, y actualmente bastante conocida, gracias al Sr. Massaguer que la publicó en *Social* no hace muchos años.

En la azotea de la casa Obrapia N^o 51, donde por mucho tiempo funcionó el *Instituto de Vacuna Animal*, en los días de mucha

lluvia, hará unos 30 años, surgía tras varias capas de lechada, una larga procesión de frailes. Esta casa se levantó a mediados del siglo XVIII, y un escudo de armas, fijado en el primer patio, indicaba que su primitivo dueño había sido clérigo de elevada posición dentro de la Iglesia. Y hace algunos años que en una de las habitaciones altas de la casa Lamparilla N° 34, apenas oculta por ligeras capas de pintura, se contemplaba una amplia perspectiva de la rada habanera. ¿Eran buenos o malos estos frescos? Me inclino a creer que eran muy malos. Su interés es puramente histórico, y su estudio tiene más importancia en relación con el ornamento de nuestras antiguas casas que como obra de arte.

Desde el nacimiento de Escobar, ocurrido en La Habana en 1757, hasta su muerte el 7 de abril de 1834, la pintura se fué desenvolviendo notablemente en la capital de Cuba. Ya hemos visto que en el siglo XVI se recogieron manifestaciones de pintura, y que desde el siglo XVII las casas habaneras adornaban sus paredes con cuadros. Escobar tuvo, pues, donde copiar en sus primeros años; y quizás si hasta trabajó con alguno de aquellos maestros que pintaban las alegorías de los templos en fiestas o exequias reales, o cubrían las fachadas de los edificios con barcos, animales o escenas mitológicas.

En los comienzos del siglo XIX aparecieron en los periódicos de La Habana los anuncios de profesores de pintura. La redacción de esos comunicados no da la sensación de que tal enseñanza fuera una novedad en la Capital. Corresponde a esta época Perovani, el Maestro por antonomasia, pues obra de su inspirada mano fueron las pinturas más artísticas que nos legara el pasado. En febrero de 1806 ya había terminado los tres grandes frescos del altar mayor de la Catedral. Perovani marca una fecha en la historia de la pintura en Cuba. Un contemporáneo suyo fué Mr. Hallet, arquitecto, pintor y director de muchas obras que se ejecutaron en esta ciudad; entre ellas, las grandes reformas que, por orden del obispo Espada, se emprendieron en la Catedral de La Habana.

No he tenido nunca oportunidad de encontrar lienzos ejecutados por Pedro Julián Meause, vecino de la calle de la Merced, quien en febrero de 1804, se anunciaba como pintor y retratista

en miniatura; y que, ayudado por su mujer y su hija, daba clases de pintura a niños y niñas.

En 1805 ya los problemas de arte preocupaban al público: así, el redactor interino del *Papel Periódico* aseguraba que

mientras los profesores actuales se reforman y los ociosos entran a cultivar las artes bajo los principios referidos, convengo con Ud., o más bien Ud. conmigo, en que los nobles y pudientes deben por su parte propender a su protección y aprecio como utilísimas al Estado y a lo que dí a entender en el que Ud. impugna cuando dije que aquí no progresaban por inopia de Mecenas.

Ciertamente que de estos años no ha llegado hasta nosotros la memoria de algún prócer protector de las bellas artes; pero este silencio no indica ausencia de devoción por ellas en las clases altas de La Habana, pues un viajero distinguidísimo, familiarizado con el ambiente de las cortes europeas, el Barón de Humboldt, declaró que de todas las grandes ciudades que visitó en la América,—México, Lima, Quito, Chuquisaca y Caracas—era La Habana la que más se asemejaba a las de Europa, por sus usos, lujo refinado y fino trato social.

Obsérvese que estos años iniciales del siglo XIX representan la época en que todas las manifestaciones del espíritu tomaron en Cuba proporciones hasta entonces desconocidas. Los pintores y los profesores de pintura, casi todos extranjeros, se multiplicaron; se llamaban Pedro Moulausen con su academia en la calle de la Amargura; Juan Pedro Enrique Elvovis, pintor del Ilustrísimo Obispo Diocésano, que después de terminar los cuadros de la Catedral, abrió estudio al fondo de la iglesia de los Capuchinos, enseñando óleo, miniatura y pastel; y otros más, cuyas obras están actualmente perdidas o muy poco popularizadas.

Así se explica perfectamente que, cuando la guerra de independencia española conmovió al adormecido espíritu español de la Isla, los tradicionales anuncios que cubrían los muros de los comercios peninsulares desaparecieran bajo las más grotescas manifestaciones de un patriotismo exaltado, que pintaba a Murat caído bajo la garra del león hispano, o las águilas imperiales vencidas a los pies de Fernando el Bien Amado.

En el año 1815 ocurre un gran acontecimiento en la pintura cubana: la llegada de Juan Bautista Vermay de Beaumé. Si se

hiciera hoy; en el estado en que se encuentran actualmente estas investigaciones, una historia de la pintura en Cuba, sería bastante preciso quien dividiera la pintura antigua cubana en dos períodos: el anterior a Vermay y el de Vermay, porque fué él quien estableció la primera gran academia de pintura que hubo en la Isla, y que ha llegado hasta hoy con el nombre de *San Alejandro*; porque aquí se estableció definitivamente, fundando familia, y ligando, como ningún otro pintor extranjero, su nombre al desenvolvimiento de las bellas artes en Cuba.

Vermay llegó a La Habana a fines de 1815. Entre esta fecha y el 11 de enero de 1818, en que a las cuatro de la tarde se abrió la Escuela de Dibujo y Pintura creada por la Sociedad Patriótica, con el apoyo del Real Consulado, ignoro sus actividades. Parece que trabajó por orden del obispo Espada en la restauración de algunos viejos lienzos. Vermay pronunció el discurso de apertura de la Escuela, instalada en un salón del Convento de San Agustín, que era insuficiente para la matrícula de 60 alumnos. Tres meses después, el 25 de abril, se iniciaron exámenes parciales; y fué tanto el entusiasmo de los habaneros por estos estudios, que antes del año se había duplicado la matrícula. El 4 de abril de 1819 se verificaron los primeros exámenes finales; la Sociedad Patriótica designó a los *amigos* José María Peñalver y Pablo Bolois para que en unión del Inspector de la Academia Don José de Arazosa, y del vicesecretario Don José Agustín de Ferrety, juzgasen los trabajos. Este tribunal se reunió al día siguiente y, temeroso de que sus decisiones no fueran acertadas, pidió "el concurso de varios pintores extranjeros que había en la Habana".

Volviendo a Escobar, diremos que no se registra una sola noticia suya en estos años. ¿Estaba entonces en Cuba? Sus biógrafos hablan de que, ya mayor, dió un largo viaje por Europa, visitando España, Francia e Italia. ¿Coincidieron estos años del renacimiento de la pintura en Cuba con el viaje del artista? Yo creo que nó; porque se admite como probado que él pintó de memoria los retratos de los capitanes generales de Cuba, desde el que corresponde al marqués de la Torre hasta Ezpeleta, comprándoselos Vives, y proponiendo para él los honores de Pintor de Cámara, que le concedió María Cristina en 15 de mayo de 1827. Existe un testimonio indiscutible de que Escobar vivía en La Habana en 1816; y es el

retrato que hizo, en 1829, del presbítero Don Francisco José Zuazo y Medina, que partió de Cuba para Francia en 1816. Estando en Francia falleció, en 1828; y como los retratos que enviara de París a su madre no agradaron a ésta, la afligida señora encargó a Escobar el retrato del hijo muerto, pintándolo aquél de memoria, y despertando la admiración de la inconsolable señora, que reconoció en Escobar un *fisonomista* de primer orden. Esta palabra *fisonomista*, escrita por un contemporáneo, da lugar a especulaciones en torno al mérito que a los artistas de este género dieran los habaneros, pues a Cuba vino, en 1805, un pintor americano llamado Guillermo Bache, a quien se llamó del mismo modo; y no parece que se hiciese gran estimación de él, a pesar de que anunciaba sus trabajos a precios muy módicos, pues cobraba cuatro reales por cuatro perfiles.

Sobre la fecha del viaje de Escobar a Europa, diremos que en 1820 anunciaba que había trasladado su estudio para la calle de Ccmpostela N^o 65; y se ofrecía como discípulo del Pintor de Cámara Don Salvador de Maella, de la Real Academia de San Fernando de Madrid, en la cual obtuvo premio en la clase de dibujo.

Maella, profesor de Escobar, fué un pintor valenciano de bastante fama en su tiempo y, sobre todo, un dibujante notable, cuyos cartones sirvieron de modelo en la Academia de San Fernando. En los ochenta años que viviera, alcanzó todos los honores oficiales de la corte de España; y cuando murió, en 1819, era primer pintor del Rey y Director General de la Academia de San Fernando. A los trece años, ganó en la Academia los premios segundo y tercero, pasando a Roma, donde obtuvo dos premios en la Academia de San Lucas. Estos triunfos, y la colección de dibujos que mandó a España, despertaron el interés de Carlos III, que le concedió una pequeña pensión y el título de Académico de San Fernando. En 1765 volvió a España, para trabajar a las órdenes de Mengs, desarrollando desde entonces una labor activísima, representada por cientos de cuadros de asuntos militares y religiosos y por numerosos frescos en las estancias de los palacios y sitios reales. Muchos de sus dibujos se hicieron tan populares en su época, que fueron grabados por distinguidos artistas y circularon profusamente en la Península y en el extranjero.

Yo estimo que Escobar, probablemente, haría su viaje a Europa con anterioridad a 1816, porque en este año fué cuando embarcó, siendo muy joven, el presbítero Zuazo, a quien recordaba perfectamente Escobar al hacer su retrato de memoria. Después de 1816, es más difícil que lo hiciera y fuese, a la vez, discípulo pensionado de Maella, que murió en 1819 a los ochenta años de edad. Ahora bien, lo que sí parece indudable es que fué Escobar el primer pintor cubano que pasó al extranjero a estudiar o a ampliar sus conocimientos. Como maestro de pintura, no se tienen de él sino vagas noticias, como aquella que señala entre sus discípulos a Plácido, Ocón y Juan del Río, y que recoge en sus páginas el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, copiándola de Calcagno, Rosainz y Serafín Ramírez. ¿Mereció Escobar de sus contemporáneos la admiración que hoy le rendimos? No lo creo; pues no he encontrado un solo testimonio que demuestre el respeto y reverencia que en la sociedad de una época impone quien sobresale en las artes y en las ciencias. Por el contrario, hay indicios de que ni como artista ni como profesor era muy estimado entonces, porque de otra manera no se explica que cuando la Sociedad Patriótica fundó la escuela gratuita de dibujo, ni se le puso al frente, ni se le llamó como profesor; y es más, cuando por enfermedad de Juan Bautista Vermay, fué necesario sustituir a éste temporalmente en su cátedra, se llamó por el *Diario del Gobierno de La Habana* a los profesores que acreditasen las aptitudes necesarias para suplirlo interinamente. Sólo he encontrado el testimonio relativo al Presbítero Zuazo y la referencia de Villaverde, que le señalaron ambas como un buen *fisonomista*. El marqués de Villaurrutia, que en sus mocedades del Cerro trataría a muchos que conocieron a Escobar, recoge también la fama de buen *fisonomista* de éste; pero Pardo Pimentel, que en 1839 escribió en el *Noticioso y Lucero* sobre los once cuadros de capitanes generales hechos por Escobar, desde el marqués de la Torre hasta Ezpeleta, con motivo de las láminas que de ellos haría la *Litografía Española* de Costa, declara que como obras de arte nada valían. También Serafín Ramírez en *La Habana Artística* dice:

Las únicas obras suyas que hoy existen son unos retratos al óleo que le valieron la fama de hábil *fisonomista* en aquella época de atrasos, y que son considerados hoy como obras de un simple afi-

cionado, impregnadas de arcaísmo y en donde, a mayor abundamiento, faltan el dibujo, el claroscuro, el modelado y la perspectiva lineal y aérea.

No creo, realmente, que Escobar haya sido ningún maestro digno de pasar a la posteridad por sus obras de arte; pero tampoco comparto la opinión de Pardo Pimentel y de Serafín Ramírez. Las pocas obras que de él he podido conseguir, y que exhibo esta noche gracias a la gentileza de la Sra. Virginia Garrich Vda. de Echevarría, del Dr. Antonio García Hernández y de la Sociedad Económica de Amigos del País, demuestran que el sobrenombre de *fisionomista* estuvo perfectamente aplicado, porque, prescindiendo de la retentiva tan enorme que se le atribuye —que le permitía reproducir de memoria la fisonomía de personas vistas una sola vez—, la expresión de las caras de todos los retratos hechos por Escobar que conozco, es admirable. Todas son distintas; y a través de ellas, se puede estudiar el carácter de las personas. No hay duda alguna que Escobar era un psicólogo. Lástima grande que no se hubiese dedicado exclusivamente a pintar cabezas, porque entonces los defectos de dibujo, de perspectiva y de modelado que se observan en las otras partes del cuerpo, particularmente en los brazos y manos, no existirían, y su obra hubiera podido considerarse casi perfecta.

* * *

En las paredes de la casa de D. Cándido Gamboa no colgaban más que dos retratos; el de él y el de Doña Rosa de Sandoval, su mujer. Ambos los hizo Escobar. No podemos tomar este hogar como típico de una familia acaudalada de principios del siglo pasado. Gamboa fué el primero de su apellido en la Isla; llegó a ella sin otra instrucción que lectura, escritura y las nociones de aritmética indispensables para encontrar acomodo en el comercio. Empeñado en levantar una fortuna, la logró crecida, sin que, en sus años de lucha por el vellocino de oro, siguiera el ejemplo de peninsulares meritísimos, que en su devoción por Mercurio no olvidaron que la ilustración y la cultura constituyen realmente la grandeza de los pueblos, mezclando a sus empresas mercantiles el

cultivo de las letras. Gamboa jamás sintió la más ligera inquietud intelectual; su vida, vulgar y oscura, no sabía de otras emociones intensas que el temor de perder, a manos de los ingleses, un cargamento de esclavos, o la baja del azúcar. La criolla Rosa de Sandoval, pese a lo principal de su cuna, intelectualmente estaba muy por debajo del marido. Sin embargo, de esa misma época queda la memoria de grandes casas suntuosamente alhajadas, y en las cuales había pequeñas colecciones de cuadros, como la que reunió en su habitación de Mercaderes el primer conde de la Fernandina; estaba la casa del segundo conde de Santovenia; la de los Cuesta; la del *tío Montalvo* de que nos habla la condesa de Merlín; la de O'Farrill, y otras muchas más, en las cuales estas familias reunieron muebles, estatuas, cuadros y objetos de arte adquiridos en sus dilatadas estancias en Europa o en los numerosos comercios de lujo con que contaba La Habana.

Si el puñal de José Dolores Pimienta no hubiese tronchado la vida de Leonardo Gamboa, y si Villaverde hubiese descrito el hogar que iba a constituir con la dulce y espiritual Isabel de Ilincheta, entonces serían cuadros de Melkaff, que tenía su estudio en la calle de Peña Pobre N° 1 esquina a Aguiar, los que colgasen de las paredes de aquella casa; o los de Colson, de la Sociedad Libre de Bellas Artes de Francia; o de Santiago Johnng, de la Real Academia de Pintura de Holanda; o de Vermay o de otros pintores distinguidísimos que, desde los comienzos del siglo XIX, recogieron en sus pinceles privilegiados la gracia atrayente de nuestras mujeres, la energía y virilidad de nuestros hombres y los matices esplendorosos de la tierra cubana.

NOTA:

La noche en que se dictó esta conferencia fueron expuestos en los salones del Palacio Municipal los siguientes cuadros de Vicente Escobar:

- 1.—Pablo de Casal y Zabalas, 2º Conde de la Torre.
- 2.—María Aquilina Bermúdez y Escobar, esposa del anterior.
- 3.—María Justa de Allo y Bermúdez, sobrina de los anteriores.
- 4.—Lorenzo de Allo y Forcade, padre de
- 5.—Lorenzo de Allo y Bermúdez (hermano de María Justa).
- 6.—José María Casal y Bermúdez, hijo de don Pablo y de doña Aquilina.
- 7.—Sra. Virginia Garrieh viuda de Echeverría.
- 8.—José María Casal, abuelo de la Sra. Garrieh.

Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar,

por Roberto Agramonte.

Honremos una vez más a las almas grandes que han sabido hacerse *superiores al vano temor y a la ridícula alabanza* (1). Honremos una vez más a aquel prohombre cubano que fué Félix Varela que, por haber representado un solo papel en la vida, pudo alcanzar, al fin de ella, la paz interior, la concordia del alma consigo misma. Honremos al primero que nos enseñó a pensar.

No comenzaré el estudio de la recia y poemática personalidad del Padre Varela —filósofo, artista, maestro y político— analizando, como suele hacerse, las características físicas y psíquicas oriundas de sus progenitores, porque si las leyes de herencia se cumplen en la generalidad de los casos, cuando se examina la vida íntima de un hombre excepcional, éstas se quiebran. Es que hay algo que no se hereda. Ese algo es el espíritu, lumbre que enciende a los hombres superiores, que vienen sin que sepamos de dónde, que, inconformes siempre con la realidad actual, van en medio de los pueblos, luchando por un derecho más justo y ofreciendo el gran ejemplo del sacrificio de ellos mismos por la causa de todos. Ellos llevan oculto el secreto de su fuerza, y van, incontenibles e insoportables, camino del martirio o del olvido, iluminados por esa augusta dignidad en que los estoicos veían la manifestación de Dios.

¿Puede existir la felicidad mientras sufre todo cuanto vive? He ahí la primera pregunta que ha de contestar con el ejemplo de su vida aquel a quien *El Lugareño* llamó *el Apóstol Varela*. La totalidad moral que fué Varela se encuentra revelada en el sentido de la respuesta que dió a su padre —alto militar de infantería—

(1) Palabras del artículo *Patriotismo* de la *Miscelánea Filosófica*.

al sugerirle al adolescente de catorce años que supiera imitarle, siguiendo la carrera de las armas. “Mi destino —contestó el joven, después de haber consultado su oráculo interior— no es matar hombres, sino salvar almas”. Esta frase alcanza toda su gravedad y consecuencia, en quien vivió en perenne deber, tratando de salvar el alma colectiva de la sociedad cubana.

Un gran ciclo de la vida del padre Varela está ocupado por sus actividades en el Colegio de San Carlos. Él ha tenido un gran maestro, el doctor Caballero, de raigambre liberal, y tío de Don José de la Luz. Quizás, inspirándose en su recuerdo, exclamase en el *Elogio de Valiente*:

¡Yo no sé qué relaciones misteriosas tienen entre sí los verdaderos sabios! ¡Yo admiro la naturaleza que los conduce por un mismo camino!

El joven Varela ha hecho oposiciones a la cátedra de Filosofía, sin tener aun la edad reglamentaria, y ha tenido que obtener la dispensa de edad. En nuestros climas el saber ha estado siempre condicionado por la senectud. Los ancianos miran con suspicacia al joven Varela, pero éste, a los treinta años, ha conquistado una personalidad continental. Sus *Lecciones de Filosofía* serán leídas en México. En el filosofar él ha encontrado el objeto y el sentido de su vida. Podría repetir las palabras del *Bhagavad Gita*:

“Cuando buscamos un objeto necesitamos la luz, pero cuando lo hemos encontrado ¿para qué nos sirve la luz?”

El Padre —como le llaman cariñosamente— es de estatura mediana, y cenceño. Su tez es cetrina. Su perfil angular. Es miope en sumo grado, y usa espejuelos cuadrilongos. Su temperamento es hipersensible, a tal extremo que cuando en el gabinete de física carga las cajas galvánicas, la corriente que llega hasta la *turca* —que así denominan a la bata que usa— ha herido su sensibilidad, y ha tenido que suspender la clase.

Su vida es severa, y gracias a la disciplina del cuerpo y a la subyugación de la mente ha obtenido una maravillosa visión espiritual. Sólo aconseja o trata de remediar; y cuando amonesta, lo hace con exquisita cortesía, con un perfecto tacto incapaz de ofender. No habla nunca sin pensar y sólo dice lo que es sensato y amable.

El Padre pasa la mayor parte de su tiempo en la habitación donde estudia. Esta habitación existe todavía. Prepara con ahinco sus lecciones, toma notas, ordena los tópicos y medita profundamente. En sus *Apuntes acerca de la distribución del tiempo* él alaba “la ociosidad constante y laboriosa”. Pudiera repetir con Leibniz que “aquel que pierde una hora, pierde una parte de la vida”.

Le suele acompañar un discípulo ejemplarísimo, un verdadero colaborador que le lee diariamente. El discípulo tiene quince años, pero se interesa ávidamente en las abstrusas cuestiones filosóficas a que vive consagrado su maestro. Ha de ser con el tiempo un gran orador. Ha de ser ciego y ha de ver claro. Uno y otro día le lee al maestro. Un día están trabajando en colaboración. Al adolescente se le hace insoportable la monserga del libro escolástico que lee. Se detiene, reflexiona y le pregunta a su maestro: “¿Para qué sirve todo esto?”. El discípulo ha visto que este tipo de saber no es vector de progreso, es árido e incomprendible, al igual que los textos krausistas contra los que ha de reaccionar otro filósofo cubano, Enrique José Varona. El maestro piensa que un conocimiento inútil no puede ser un conocimiento verdadero. Con este sencillo episodio se va a producir un cambio radical en las ideas filosóficas sustentadas en Cuba hasta ese momento. El Padre va a dar el golpe de muerte al escolasticismo, a la filosofía oficial.

El Padre Varela tiene la primera condición que ha de exigirse a un filósofo: la humildad. Parece como si interpretase las palabras seculares:

Sed humildes si queréis alcanzar la sabiduría; sed aún más humildes cuando la hayáis alcanzado.

Jamás se vale del monólogo para enseñar, y sí del diálogo, de aquella comunidad de ruta que Sócrates llamó la *filía*.

La gloria de un maestro —dice— es hablar por boca de sus discípulos. . . Los que enseñan —añade— no son más que unos compañeros del que aprende, que, por haber pasado antes el camino, pueden cuidar que no se separe de la dirección que prescribe el análisis.

En la *Lección Preliminar de 1818*, incita a sus discípulos a la obra de colaboración filosófica, diciéndoles que

...los progresos filosóficos exigen docilidad sin abatimiento, carácter firme sin orgullo, constante sin pertinacia, generoso sin afectación y franco sin ligereza.

Varela ha de inspirar estas normas.

Quien se ofrece de este modo a la obra de colaboración, es el maestro que declara inicialmente que nadie sabe y que todos aspiramos a saber. Es que el hombre no llega nunca al conocimiento final, pues tan pronto logra domar un problema, surgen otros. En la antigüedad se llamaba a este incesante aspirar “amor platónico al mundo”. El Padre sabe, como Sócrates, que hay un saber del no saber, que es no saber nada; es la *Docta Ignorantia* que dió nombre a un libro del Cusano; es “la filigrana de las cosas” de que hablaba Nietzsche.

La filosofía —escribe Varela— empieza para el hombre cuando nace, y concluye cuando desciende al sepulcro, dejándole aún espacios inmensos que no ha recorrido.

Comentando la publicación de la Gramática de Salvá dice que

...la ignorancia de ciertas cosas forma gran parte de la sabiduría; pues parece que los hombres dedicados a crear las ciencias, y a aprenderlas, yacen en la sirena del orgullo.

El orgullo, el absolutismo, son el sustentáculo de la posición dogmática. La humildad y la sabiduría son los ingredientes del eclecticismo, que es la filosofía que ha de suscribir Varela.

“Fuera de la Iglesia no hay salvación” —decían los teólogos medievales. “Fuera del escolasticismo no hay salvación” —decían los teólogos habaneros. Pero aquella escolástica habanera era una filosofía dislocada e inútil. El Padre la va a herir en su punto más esencial, en la Ontología, y en el *Elenco de 1816*, examen 2º, proposición 1ª, afirma que

...los metafísicos han hecho de la Ontología un conjunto de sutilezas y un germen de cuestiones inútiles.

Más tarde, en la *Miscelánea Filosófica*, publicada en el exilio en 1827, dice que las disputas escolásticas son

...el teatro de las pasiones más desordenadas, de sutilezas y capciosidades reprehensibles, donde pelagra el honor y la virtud... y donde perecen los intereses científicos.

¿En qué consisten estas contiendas peripatéticas? En su forma externa, constituyen un verdadero simulacro filosófico. El acto tiene lugar en el centro de una iglesia. El lector se sienta en la cátedra. El sustentante se acomoda en una grada inferior. Frente a él se instalan los arguyentes. Hay gran público. Comienza el acto con números de música instrumental. El actuante ejecuta una inacabable y prosaica recitación en latín. Los impugnadores lo acribillan con argumentaciones. Un cronista de la época dice que “cada arguyente parecía un energúmeno, por los gritos y las patadas que daba”. El público goza ante este pugilato metafísico y ante la postura desarreglada de los contendientes. El más terco y el que más resoplaba, ergotizando en latín, era el más sabio y arrancaba más aplausos. En el *Elenco de 1816* dice Varela categóricamente que

...las disputas en forma escolástica no traen utilidad, y la ciencia no debe nada a tantos siglos de *ergos*.

Para él el mejor modo de hacer progresar el espíritu consiste en meditar mucho y disputar poco.

La Universidad, en esta época, es el foco de la reacción cultural. Cuando el Padre, desde San Carlos, comienza a demoler el edificio escolástico, se crea un grave problema público. Coincide su afán progresista con la escasez en La Habana de textos escolásticos. Las obras de Aristóteles y otros se cotizan en plaza a subidos precios. El claustro universitario se reúne solemnemente y toma por unanimidad el acuerdo de “pedir a España, como cosa de bien público, esas obras”.

En este momento crítico, Varela tiene solamente veintitrés años, y ha clavado sobre las paredes del colegio de San Carlos, cual nuevo Lutero, sus proposiciones impelidas de ímpetu renovador. Una de ellas va contra la autoridad de la Iglesia en los conocimientos puramente humanos. Es ésta: *Fidis in divinis*, es de-

cir, que la fe sólo es aplicable a las cosas divinas; *in humani vero ratio et experientia sunt unice variatatis acquirenda media*, pero en lo humano, la razón y la experiencia son los únicos medios de alcanzar la verdad.

Batido en retirada el escolasticismo, va a combatir el latín como lengua oficial. El era un gran latinista y los dos primeros tomos de sus *Instituciones Filosóficas* están escritos en latín, si bien el tomo tercero apareció en español, gracias a la autorización del obispo Espada, que era hombre progresista y liberal, y jansenista, según el testimonio de Chacón y Calvo. En la *Lección Preliminar de 1818* dice que no enseñará en latín, por no ser nuestro idioma, y repara:

...el que arrostra la costumbre encuentra pocos aprobadores; mas yo renuncio al honor de ser aplaudido por la satisfacción de ser útil.

Adviértase que Varela no se produce contra la enseñanza del latín, sino contra el uso del latín como vehículo oficial en la transmisión de los conocimientos; cosa lógica, pues no conoce su propia lengua quien sólo su lengua conoce, según dijo el malogrado Unamuno.

Desde su primer trabajo, pronuncióse Varela contra el principio de autoridad en materia filosófica, como luego se pronunciaría contra la autoridad en materia educativa o política. Me refiero a las proposiciones o conclusiones que redactó, en hojas volantes, *ad usum studioae juventutis*, para el uso de los neófitos. En una de ellas asegura: *Omnium optima philosophia est eclecticica*, la mejor de todas las filosofías es la ecléctica. El Padre no quiere comprometerse con ningún sistema filosófico. Es tan liberal en filosofía como en política. Podría haber hecho suya la frase de Aristipo de Cirene acerca de la cortesana Lais, que simboliza la actitud ecléctica en filosofía: “Yo la poseo, no ella a mí”. *Exo, ouk exomai*. El examinará todos los sistemas y no será esclavo de ninguno.

La libertad filosófica de pensar se produce en nuestro suelo, y con ello el primer ensayo de filosofía moderna a base del cartesianismo. Ya Descartes había dicho que una vez en la vida debíamos revisar todo el acervo de nuestro saber. “La autoridad—

dice nuestro Varela en el *Elenco de 1816*, examen I, proposición 26— es el principio de una veneración irracional que atrasa a las ciencias”. En la proposición 27 insiste, sustentando que “los Santos Padres no tienen autoridad alguna en materia filosóficas”. Varela escinde limpiamente los campos respectivos de la Filosofía y la Teología, antes unidos por el peripato oficial, y acepta la duda metódica como la que corresponde a los sabios.

Muchos años más tarde, encontrándose proscrito en Norteamérica, como muchos de los ínclitos cubanos de esa época de formación de la conciencia de la nacionalidad, interviene en la llamada *polémica filosófica* que se suscitó en La Habana entre sus discípulos. Los hombres suelen luchar por el petróleo o por el poder. Esta vez, la lucha sería por las ideas. Se polemiza en torno a un problema de metodología de la didáctica filosófica, a saber, si el estudio de la Filosofía ha de iniciarse por el de la Lógica o por el de la Física. Varela coloca a la Lógica en el primer plano del saber filosófico, por ser la que dirige el entendimiento, *quæ mentem dirigit*.

El segundo punto de la discusión radicaba en la aceptabilidad de la ética utilitarista. Varela no se pronuncia contra el utilitarismo, tal como lo formularon los eticistas ingleses; pero no le agrada el término, que le parece sospechoso.

El tercer punto discutido giraba en torno a la filosofía de Cousin. La cuestión de si las ideas son innatas o si se forman por medio de imágenes sensibles, de acuerdo con la doctrina sensualista, le parece a Varela que no tiene significación didáctica, y constituye una mera curiosidad filosófica.

Influído, por otra parte, del cientificismo del siglo XIX, Varela llega a incluir dentro de la Filosofía el contenido programático de las ciencias físicas, químicas y matemáticas. Cuando estos estudios no habían penetrado en el *curriculum* de la Universidad Pontificia —embriagada de Retórica, Derecho Canónico y Patrio, y Latín— Varela los introduce en San Carlos. En su ímpetu por la ciencia tuvo la colaboración de la Sociedad Patriótica, la cual estableció en San Carlos un curso de *ciencias y artes fundamentales*, formado por las Matemáticas, el Dibujo, la Química, la Historia Natural, la Botánica y la Anatomía, es decir, una especie de lo que hoy llamamos bachillerato elemental o para la vida, que se exigió a los jóvenes que fuesen a ocupar cargos públicos.

Varela trajo a La Habana, por primera vez, modernos aparatos de Física, y construyó muchos con sus propias manos. Creó igualmente un laboratorio de Química. Con él surge, pues, la experimentación. Esto le atrajo la ojeriza de los universitarios, que miraban aterrorizados que los experimentos físicos y químicos sirvieran de fundamento a la reflexión filosófica. No se limitó asimismo a la Química pura, sino que, deseando que fuese esta ciencia vectora de progreso nacional, tradujo del inglés los *Elementos de Química Aplicada a la Agricultura*, de *Humphrey Davy*.

Examinemos someramente algunas de sus ideas psicológicas. En su concepción psico-física del hombre se introduce el fisiologismo, en cuya tendencia el Padre ve el porvenir no sólo de la Filosofía sino hasta de la Educación, la Moral y la Legislación. Se ve con claridad que Varela va casi parejamente con el positivismo o cientificismo de Taine y Littré.

En sus *Lecciones de Filosofía* sustenta que el alma no es el principio de la vida, sino que acompaña al cuerpo y lo gobierna mientras éste vive. Es decir, que separa el concepto de lo vital del concepto de lo anímico. Por otra parte, no acepta las exageraciones del fisiologismo, cuando éste trata de anegar lo anímico en lo biológico. Por eso, en su carta sobre la polémica filosófica, rechaza la Frenología de Gall, quien sostiene en esta época, que cada función psicológica está localizada en una zona del cerebro, y asume la tesis de la continuidad fisiológica. En la *Miscelánea Filosófica* amplía el tema en un artículo titulado *Observaciones sobre el sistema de Gall acerca del cerebro*.

Hijo de su siglo, Varela se suma a la filosofía sensualista.

“Los sentidos —sustenta— constituyen, con sus repetidas impresiones, el órgano de nuestra inteligencia”. También, gracias a él, se conoce en Cuba la ciencia de la Ideología, tan de moda a la sazón en Europa a partir de Locke. Su objeto es precisar el verdadero origen de las ideas del hombre, “indicando los pasos con que se fueron desenvolviendo las facultades intelectuales y morales”. La ideología forma el buen juicio del hombre, pues le conduce, desde su cuna, “a combinar sus ideas, y, según los grados de exactitud que ellas tengan, le vemos formar un plan científico, el más luminoso, y una prudencia práctica, la más ventajosa a la sociedad”. La ideología en Varela adopta un cariz

naturalista, que sin duda procede de Rousseau y los románticos. ¿No lo prueba su sentencia de que “el verdadero maestro del hombre es la naturaleza”? ¿No advierte que cuando la naturaleza habla, el hombre debe escucharla en silencio?

Varela echa los cimientos de una genuina educación liberal y democrática. Frente al aristocrático “odio al vulgo profano” establece, cual imperativo categórico iluminista, que “todos deben aspirar a la ilustración de su entendimiento”. La educación primaria de esta época es mala. Los neófitos son precipitados en las respuestas, cuesta trabajo hacerles atender, y afirman o niegan cualquier cosa sin examinarla detenidamente. “A los quince años— anota Varela— los jóvenes son depósitos, en que se han almacenado infinitas y extravagantes ideas”. Es que la enseñanza descansa en bases puramente mecánicas y los alumnos son meros autómatas.

¿Qué actitud asume el Padre ante esta situación? En primer término, se produce contra la enseñanza memorativa, y contra las obras elementales escritas en verso, y sienta un postulado pedagógico que podría suscribir la escuela nueva: “El gran arte de enseñar consiste en saber fingir que no se enseña”. La enseñanza ha de ser totalmente analítica, ha de ser obra del convencimiento. Desea nada menos que los alumnos se olviden de todo lo que han aprendido con tanta fatiga. Sostiene que la supuesta incapacidad del niño es un efecto de nuestro método y de nuestro lenguaje. Su lema es: “Hablemos su lenguaje y nos entenderán”. Enseñar al hombre a pensar desde sus primeros años, o quitarle los obstáculos de que piense, es la norma docente directiva de Varela.

¿Y no es progresista también —e innovadora en aquel entonces— su actitud en lo que atañe a la educación de la mujer, cuando en el *Elenco de 1816*, advierte que “uno de los atrasos de la sociedad proviene de la preocupación de excluir a las mujeres del estudio de las ciencias”?

En sus *Máximas Morales y Sociales* (1817-8), que escribió para edificación de escolares y pueblo, hay toda una teoría ético-psicológica de los afectos y del carácter, a base de definiciones precisas, que recuerdan las de la ética de los estoicos, la teoría de las pasiones del alma de Descartes o las *Máximas* de La Rochefoucauld.

Comencemos por los afectos negativos. El primero que estudia es la ira, distinguiendo dos modalidades: una, la que hace al hombre perder la razón, y que debe reprimirse; otra, la ira santa, que es “la que excita, en un espíritu arreglado, la vista del crimen”. Su norma es ésta: “Amemos al malo, y aborrezcamos su maldad; pero mientras no se corrija, manifestémonos con el rigor que merece”.

La desesperación proviene de la ignorancia, es cosa del hombre débil, incapaz de sufrir abnegadamente los males. Esta doctrina procede de la ética cristiana, y en general, de toda ética religiosa. Se basa en la idea de que el mal es un elemento esencial a la vida, es una prueba para ejercitar la voluntad recta del hombre. El dolor es un medio poderoso de educación. No se llega a la perfección sino mereciéndola por medio del esfuerzo.

La inquietud procede de la inconformidad del hombre que desea riquezas, poder y tranquilidad paradisíaca. Aquí Varela reflexiona a lo sabio. Piensa, como los maestros de la India, que la felicidad basada en estos bienes es siempre incompleta, es aparente, es una ilusión, es *maya*; porque estos bienes externos llevan consigo penas secretas, inconvenientes, según la máxima de que “el que aumenta sus riquezas, aumenta sus cuidados”. La inquietud procede, pues, de la imaginación desarreglada, de una limitación interior.

Refirámonos ahora a los valores éticos positivos. El primero es la alegría.

En relación a este efecto exaltativo, Varela recomienda una alegría moderada. Ya el sesudo Pitágoras, en el Símbolo 26 de su doctrina secreta, al aconsejar la subyugación de las pasiones, decía que la risa era “una inflamación de nuestra naturaleza”, que era mejor preferir lo racional a lo risible, añadiendo: “No te rías en demasía”. Varela piensa que la alegría excesiva da al espíritu cierta ligereza contraria al buen juicio.

La fortaleza —virtud cardinal de los estoicos— es “lo que sostiene al hombre en los peligros, le enseña a sufrir en los males y a no vacilar en la abundancia de los bienes”. La definición de Varela es perfecta. La fortaleza no es temeridad, ni tampoco falta de compasión. Su esencia es la racionalidad. Esta doctrina es eminentemente estoica. Los estoicos hablaban del conocimiento

to fortalecedor. Panecio no se cansa de alabar la firmeza y orden en la deliberación y en la acción, como normas directivas de la conducta recta y digna.

La justicia es virtud de cariz social, es el sustentáculo de la sociedad. Consiste —Varela acepta la clásica definición— en dar a cada uno lo que le corresponde y en reconocer los méritos ajenos. Quiere, por otra parte, que el hombre tenga siempre suficiente fortaleza y moderación para “sostener la justicia sin quebrantar la caridad”.

Su idea acerca de la gratitud es interesante. Varela intuyó el aspecto morboso de este afecto, que ha sido estudiado por el psicoanálisis. Los psicoanalistas sostienen que el hacer bien produce una ofensa, una humillación en el subconsciente del presunto agradecido. Varela aconseja: “No tengas envidia de tu bienhechor, no te esfuerces nunca en ocultar el beneficio que has recibido de él”. A su vez loa al sujeto que agradece de corazón y con humildad. Asimismo aconseja no recibir favor de manos del orgulloso ni del interesado, pues “el primero te llevará al sonrojo y el segundo nunca estará satisfecho en su codicia”.

En cuanto a la beneficencia, Varela tiene un concepto absolutamente moderno, cuando al loar a esta virtud establece la norma para distribuir los bienes materiales a los necesitados, no dándole aplicación, ya que ello es perjudicial, a quien no lo necesita o al que haría mal uso de ellos. He aquí un precursor de la moderna Asistencia Social científica.

El Padre practicó la caridad, visitando y asistiendo personalmente, a todas horas, a los pobres. Cuando en 1824 recibe en Nueva York la autorización para ejercer el sacerdocio, entra en la “carrera de la caridad”. Muchas veces se presentaba en las Casas de Cuarentena para que se le permitiese entrar en los barcos, por infectados que estuviesen, a fin de visitar y asistir a los inmigrantes enfermos o necesitados. En este sentido fué Varela un antecesor del asistente social de hoy. En el artículo necrológico del *Freeman's Journal* se dice que, cuando se enfermó, “lo único que sentía era no poder volver más nunca a trabajar entre sus pobres”. ¡Cuán justas son para él las palabras del profeta que él inserta en su *Elogio de Valiente*: “El Señor hace dichoso al que atiende al necesitado y al pobre”!

También practicaba la caridad con sus discípulos pobres, dándoles clases gratuitas, en su propia habitación, a aquellos que no podían residir en el colegio de un modo permanente.

No podemos, en tan breve espacio, discurrir acerca de la concepción religiosa del mundo que se encuentra diseminada a través de su vasta producción. En las *Cartas a Elpidio* diserta largamente acerca de la esencia de la religión. Aúna el género epistolar y las disquisiciones filosófico-políticas, tan de moda a partir de las *Cartas Persas* de Montesquieu. La primera parte es una reflexión acerca de la impiedad. Según él, la religión es imprescindible a la sociedad, es benéfica al linaje humano, es cimiento del suntuoso edificio del Estado. Por eso la impiedad deriva de la ignorancia, y el ateísmo, de la imposibilidad de percibir.

Varela propugna una religión verdadera, una religión al servicio del progreso social, y de la realización plena de las capacidades del hombre, una religión —dice— “aplaudiendo la actividad humana, gloriándose de los progresos de las luces”. Nótese bien. El Padre habla de la religión que jamás se pone al lado de la injusticia política, que favorece la libertad de los pueblos, la religión del cura Hidalgo. Por eso sostiene en su artículo acerca de *El estado eclesiástico de la Isla de Cuba*, publicado en *El Habanero*, que “la libertad y la religión tienen un mismo origen”, que “la opresión de un pueblo no se distingue de la injusticia, y la injusticia no puede ser obra de Dios”. En el mismo artículo afirma que “la fuerza es el apoyo de la tiranía, y la religión no puede servirla de pretexto”. He aquí una incitación a la libertad de Cuba, disparada al clero.

Para Varela, como para todo verdadero místico, las cosas del plano terrestre, que suelen llamarse reales, son aparentes, transitorias, fugaces. En el *Elogio de Carlos IV* dice que las cosas humanas desaparecen “como el humo ligero que se deshace agitado por el viento”. La muerte es la prueba más segura de esta verdad, es el punto de referencia de toda reflexión acerca de la vida del hombre. No olvidemos que Pitágoras definía la Filosofía como “una reflexión acerca de la muerte”. A la hora de la muerte, el hombre es “polvo miserable”. Ante este hecho impresionante nuestro humilde cura amonesta a todos los reyes de la tierra, en esta forma: “Oid, reyes, y entended: instruíos, los que juz-

gáis la tierra”. ¿De qué han de instruirse los reyes? De su obra a cumplir. En el mismo elogio, citando la expresión del profeta, según la cual “el hombre pasa en imagen sobre la tierra”, llega a concluir: “sólo la virtud es constante”. He aquí una sentencia que restaura el principio búdico de la virtud, que hace de lo mundano lo mayáxico y de lo espiritual lo único real, “el principio de verdaderos bienes y de la paz del alma”, como se lee en el propio elogio.

Hemos dicho que el dolor y el mal son necesarios al mundo, son pruebas que tiene el hombre para su adelantamiento, para su progreso ilimitado, para su edificación. “La vida humana —escribe Varela— nos presenta más lances de dolor que de placer, y el número de los desgraciados excede en mucho de los que viven en próspera fortuna”. ¿Pero acepta Varela el fatalismo ante el mal, o trata de superarlo en lo social? Esto nos lleva al estudio de su evangelio político-social y de su actuación en favor de la independencia efectiva de Cuba, de América y de España.

En lo político, Varela orienta a sus conciudadanos desde que en 1820 ocupa en La Habana la cátedra de Constitución o de Derecho Político-Constitucional. La finalidad de esta cátedra es explicar la Constitución del año 12, jurada por Fernando VII, que trajo consigo un cambio en las ideas y en los hechos políticos del Estado metropolitano. La cátedra, alentada por el progresista Espada, fué instituída por la Sociedad Patriótica. Su objeto era que todos conociesen los nuevos principios políticos, y se produjese en consecuencia un positivo mejoramiento en el estado general del país, ya que —según palabras de Espada— “las mejores leyes políticas y las mejores leyes civiles son el mayor bien que los hombres pueden dar y recibir”. La cátedra se inaugura con 193 alumnos y copioso público en el Aula Magna del Colegio San Carlos. Varela ha estudiado prolijamente los debates parlamentarios que elaboraron la Constitución, y, deseando dejar suscritos sus puntos de vista, redacta sus *Observaciones sobre la Constitución de la Monarquía Española*, libro en que desarrolla tópicos sobre la soberanía, la libertad, la igualdad, la división y atribución de poderes, el sistema bicameral, los estamentos y otros.

Yo llamaría a esta cátedra —dice en el *Discurso Inaugural*— la cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las ga-

rantías nacionales... la base del gran edificio de nuestra felicidad, la que por primera vez ha conciliado entre nosotros las leyes con la filosofía, la que contiene al fanático y al déspota.

Se ve el espíritu liberal e iluminista que inspira a esta cátedra.

En medio de la densa tiniebla colonial, Varela ha vislumbrado puntos de luz. No ha tenido a menos hacer el *Elogio de Fernando VII*, en cuya época Cuba obtiene singulares beneficios. Pero es el *Elogio de Valiente* el que mejor expresa su posición política en esta etapa transitoria de optimismo. Estamos en 1818. El comercio ha sufrido verdaderos quebrantos, debido a la prohibición de intercambiar productos con el extranjero. En esta época se levanta la prohibición e ingresan copiosas riquezas. Se fomenta la agricultura, Cuba vende el tabaco a su arbitrio y le pone precio a los frutos de su trabajo. Varela, emocionado ante el espectáculo del criollo abriendo la tierra con mano firme, los incita a “renovar juntos los felices tiempos de los pastores de Arcadia”. Se terminan los monopolios, y el nuevo método de ensayar los metales proporciona grandes ahorros. El materialismo histórico, aplicado a los problemas de Cuba, debiera estudiar con exactitud el influjo de estos cambios en las estructuras económicas sobre las superestructuras. Con ello ha de superarse la beneficencia, la educación pública, la cultura y los estudios de filosofía, de ciencias y de derecho. En Valiente celebra Varela que España tenga “espíritus fuertes que hablen a sus opresores con la misma entereza que Dión al tirano Dionisio”. Se ve a Varela identificado con el hombre que —según sus palabras— “no practicó jamás la debilidad ignominiosa”. La misma dignidad tiene su *Elogio de Carlos IV*, redactado en 1819, en que, si bien como cristiano pide misericordia para las fragilidades y miserias humanas del monarca, como hombre de responsabilidad pública y de pulcritud ética, anota que está lejos de él “la vana lisonja que, sin honrar al elogiado, cubre de oprobio al panegirista”. ¿Qué hombre que no fuese de la calidad moral de Varela hubiera sido capaz de hacer estas salvedades en las honras funerales de un rey?

Ningún cubano podía representar en las Cortes de Cádiz los intereses y los ideales de su país como el incorruptible Varela. Por eso fué electo para la legislatura de 1824. Toda su actuación parlamentaria es eminentemente liberal. Se pronuncia de conti-

nuo contra la arbitrariedad. No acepta que se confundan las facultades de las Cortes con las del trono. Defiende la libre determinación de los diputados, “para procurar el bien de la nación del modo que fuere”. Se rebela contra el fuero militar, y anuncia la discordia que ha de producirse entre pueblo y militares. Pero lo que más refleja su posición política de ese momento es el proyecto de gobierno económico y político para las provincias de Ultramar, que presentó con otros diputados. Los fundamentos de su estatuto autonómico pueden condensarse en los siguientes puntos: 1) Existe una razón geográfica, la distancia que separa a ambos hemisferios, que exige una descentralización política. 2) Los gobiernos ultramarinos subvierten el espíritu de las leyes, crean la arbitrariedad y la impunidad, y hacen muy desventajosa la suerte de los moradores. 3) Existe una diferenciación marcada entre la población, el estado económico, las relaciones, las costumbres y las ideas entre la Península y las colonias. 4) Es preciso robustecer la autoridad de los gobiernos ultramarinos, en cuanto sean representación fiel de sus gobernados, pero no la de los capitanes militares con facultades omnímodas, los que —palabras textuales de la instrucción— “aparentando una rectitud hipócrita, dejan en las costas de la Península las pieles de ovejas con que se habían cubierto, y se presentan en América en su verdadera naturaleza de lobos”. 5) Los vicios de la administración metropolitana se hacen insostenibles. Los empleos de América son objeto de especulación. Los agentes del gobierno central son unos aventureros sin sanción, que van a hacer su fortuna en corto tiempo. 6) Hasta ahora, esos gravísimos males “no tienen otro remedio que el triste sufrimiento; conducirán a la desesperación y será imposible afianzar la tranquilidad, remover las quejas y estrechar los vínculos amistosos entre unos y otros países”. 7) Este sistema de coloniaje está en contradicción con un sistema que se llama liberal. 8) El remedio de esos males “se ha de proponer por los pueblos que los sufren”.

No debo pasar adelante sin decir que este proyecto autonómico ha sido encontrado, después de una rebusca paciente, por el acucioso investigador José María Chacón y Calvo, en un legajo del Archivo de Indias, en una clasificación que se denomina paradójicamente *Indiferente General*. Analizándolo, se colige que Va-

rela enjuicia severamente la estructura colonial, pero a su vez, quiere introducir sólo “aquellas alteraciones enteramente necesarias para la prosperidad de nuestros pueblos”, sin empañar el esplendor de la monarquía española, “cuyas partes perfectamente asimiladas [con su proyecto] no pueden separarse ni por los esfuerzos de la malicia ni por el imperio de los tiempos”. Esta última frase —imprescindible para el estudio de la evolución del pensamiento político de Varela— revela que en este momento nuestro prohombre no es ni pesimista ni optimista, sino meliorista; es decir, que cree en la posibilidad de que, dentro de un régimen liberal totalitario, las colonias españolas puedan gozar de una aceptable prosperidad. Pero el desengaño no tardará en posesionarse de él. Caído el régimen constitucional en España, restaurado Fernando VII como monarca absoluto, Varela fué de los que firmó el documento pidiendo la incapacitación del rey, y fué condenado a la pena de muerte y a la de confiscación de sus bienes. “Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Desde este momento no ha de pensar más en España. Instalado en Norteamérica, va a pronunciar estas palabras que revelan ya su anhelo de independencia definitiva para Cuba:

La imagen de Washington, presentada por todas partes en las calles y casas de un pueblo racionalmente libre y sólidamente feliz, al paso que me inspira una envidia perdonable, me convence de que no es ficticio el bien que deseo para mi patria.

¿Cuáles son esos bienes? La libertad y la felicidad. ¿Pero podía Varela desear para Hispano América lo que no desease para Cuba? No debemos olvidar que en las Cortes de Cádiz, en 1823, ha suscrito un dictamen en favor de las insurgentes naciones hermanas, sustentando que

...la propensión casi innata de los americanos a la independencia no procede únicamente de resentimientos, sino del natural deseo que tienen los hombres, cuando se reúnen en grandes masas, de gobernarse por sí solos, cuando acertada o equivocadamente se consideran capaces de ello; y mucho más cuando una enorme distancia de sus actuales gobernantes los priva de muchas ventajas, y los provoca a la separación.

Es que Varela, aparte de sentir la independencia de la América de Bolívar y Sucre, ve, como sagaz político, que el reconocimiento definitivo de la independencia de los países hispanoamericanos comporta, por razones obvias, la independencia de nuestro país.

Ahora bien, para puntualizar cual fué su papel en la larga etapa que culminó en nuestra independencia, no debemos perder de vista su condición de filósofo. Son los filósofos —recordemos el iluminismo y el enciclopedismo— los hombres que tienen el más acusado sentido de premonición de los cataclismos revolucionarios. Antes de producirse el hecho insurreccional armado, se produce el hecho insurreccional ideológico y programático. Recordemos que, según el viejo proverbio hindú, nuestros actos siguen a nuestros pensamientos “como la rueda del carro sigue a la pezuña del buey”. La filosofía liberal de la revolución francesa, cuyo centro de referencia es el *Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau, vivifica las doctrinas con que el Padre Varela prepara la conciencia colectiva de la sociedad cubana. ¿Si no es así, de donde proceden estas palabras del artículo *Tranquilidad en la Isla de Cuba*, de *El Habanero*, que dicen: “Todo pacto social no es más que una renuncia de una parte de la libertad individual, para sacar mayores ventajas de la protección del cuerpo social, y el gobierno es un medio de conseguirlas”? ¿Y no deriva de la *Declaración de los derechos del hombre* este otro pensamiento: “Ningún gobierno tiene derechos. Los tiene, sí, el pueblo para variarlo, cuando él se convierta en medio de ruina, en vez de serlo de prosperidad”? ¿Y no está patente en sus escritos aquella “invocación de los pueblos al cielo”, alma de las revoluciones norteamericana y francesa, formulada en la filosofía de Locke, cuando nuestro clérigo liberal dice: “Los movimientos de un pueblo ilustrado y pacífico son siempre una consecuencia de largos sufrimientos, o de repetidas tentativas para exasperarlo, y siempre van acompañados de la desesperación, que es la fuente de todos los desastres”?

De este ideario se deduce que el pensamiento directivo y último de Varela no difiere en nada del de Martí: independencia absoluta, a base de un estado económico, cuya norma vital sea esta: “producir en abundancia y cambiar sus frutos por las producciones de todo el mundo sin excepción alguna, y con el menor grava-

men posible” —palabras de *El Habanero*—; es decir, una economía de tipo nacional; régimen liberal y democrático de justicia, en lo político; en lo social, extinción de la esclavitud; y en lo ideológico, desarrollo pleno e intenso de la cultura y de las ciencias. ¿Qué más se puede pedir? Mi tesis es que, aunque Varela haya contemplado y propiciado otras posibilidades para el *status* de Cuba, su pensamiento último se mantuvo inquebrantable. Es que en política nos vemos obligados a aceptar lo mejor que la coyuntura histórica nos depara, y los cambios políticos no se producen cuando lo desean los hombres, sino cuando la coyuntura histórica los posibilita.

Varela sabe que una revolución que carece de conciencia se convierte en cosa efímera, en mera algarada, en juego de apetitos desarreglados. En las *Cartas a Elpidio* opina que nada se consigue con trastornar las cosas, sin “ordenarlas después de derribadas”. El desea un nuevo orden político. En las tentativas insurgentes ha visto la desunión como fuente de todos los fracasos, y que el país no está en disposición para sostener la guerra. Se han producido brotes revolucionarios, como el de los *Soles y Rayos de Bolívar* y la *Conspiración del Águila Negra*. El quiere que se proceda con energía, pero con paciencia, pues precipitarse es ser débil. “La prudencia aconseja —dice— no arrostrar temerariamente y ser víctima de un deseo inasequible”. En otra parte escribe: “Una lucha imprudente es una ruina probable y a veces segura”. Pero añade: “Esta misma prudencia y el honor exigen que los hombres no se degraden y se pongan en ridículo”. El quiere la libertad, pero ve que el sentimiento de la criollez no está todavía netamente diferenciado para producir la escisión final. Ve que el complejo de sumisión, integrado por tanto tiempo de coloniaje, no está lo suficientemente superado.

Entonces Varela contempla otra posibilidad: la independencia de Cuba con la ayuda de Norteamérica. La doctrina de Monroe, “América para los americanos”, ha sido proclamada, y cubanos eminentes han pedido la cooperación de los Estados Unidos en los proyectos insurreccionales de Cuba. Franklin, Jefferson, Adams y Clay son anexionistas. Varela cree ya que la gran masa del pueblo de Cuba sólo desea ser libre. Respecto de España cree “que es un cadáver”, y que “no puede dar de sí más que corrup-

ción y principios de muerte”. “De ella nada hay que esperar” (1825).

El historiador cubano Herminio Portell Vilá ha descubierto una interesante correspondencia entre Varela y Joel R. Poinsett, político anexionista norteamericano, a través de la cual se precisa la posición de Varela en este momento histórico. Varela desea transformar a Cuba en *un Estado nuevo, constituido por sí solo*. Este es su pensamiento raigal, el 28 de enero de 1825. Ese Estado, que tendría todo el apoyo de la juventud, caminaría, *por impulso irresistible*, hacia el bien, el honor y la virtud. Este es el deseo del partido separatista más fuerte de la Isla. Pero su pensamiento es alternativo. En caso de no ser posible esta solución, y tenga que aceptarse la fórmula anexionista, Varela desea que se produzca la unión con los estados norteamericanos, “no formando Cuba propiamente uno de ellos, sino mirándolos como nación protectora y estableciendo pactos políticos y mercantiles ventajosos a ambas partes”. Varela incita a Poinsett a ajustar un lauro más a su corona, en sus fructuosos trabajos en favor de la independencia hispanoamericana, como título de aprecio de estos pueblos, y ante el descontento y la desesperación de 1825, le dice: “Sea el gobierno de los Estados Unidos, el gobierno libre por excelencia, el ángel tutelar de un pueblo, que, sin ser menos amante de la libertad, no es tan feliz en poseerla”.

Pero los Estados Unidos no nos ayudan, y Varela vuelve sus ojos cansados hacia México, donde los cubanos conspiran sin recato, constituyendo una *Junta Promotora de la libertad de Cuba*. En vano seguirá Varela repicando en *El Habanero* en favor de la libertad de Cuba. En vano resonarán estas palabras:

Yo sólo me declaro en favor de la razón y la justicia... Cuando una sociedad es bastante numerosa para constituir un cuerpo político, y las circunstancias exigen que lo constituya, tiene un derecho a hacerlo... En tales circunstancias un pueblo entero jamás es revolucionario. Lo son sus opresores...

Ya el Padre ha cumplido su misión. Saltemos a 1849 y a 1853. *El Lugareño*, que le hace una visita, le escribe a Saco: “la verdad es que este pobre santo no pertenece ya a este mundo”. El ha cumplido su misión en una época compleja e incierta; y, donde el débil naufragaba, en medio de sus corrientes borrascosas, él se ha

mantenido animoso y fuerte, como dice la Escritura. Asesinos a sueldo han intentado poner fin, con su muerte, a los encendidos artículos separatistas de *El Habanero*. El presidente de México, Guadalupe Victoria, le ha ofrecido asilo y él ha declinado gentilmente. La acción deteriorante del clima neoyorkino había minado poco a poco su economía. Las privaciones voluntarias, premisa de su concepción ascética de la vida, el velar cuando los demás duermen, las salidas en pleno invierno sin abrigo apropiado, para el cumplimiento de sus deberes, y el desgaste mental producido por toda una vida dedicada al estudio y a la lucha, intensificaron su afección asmática. En sus últimos días, apenas puede recostarse ni reclinarse en el sillón sin sufrir cruentos dolores. De silla a silla no se le puede escuchar. Varela tiene 67 años. El término de su vida se acerca. “Los grandes hombres —como dijo un gran tribuno— son como unos préstamos que la naturaleza se digna hacer al género humano por cierto tiempo”. A pesar de sus padecimientos él habla con fortaleza de su próxima disolución. Consecuente con su doctrina religiosa se dirige serenamente al Padre Aubril con estas palabras:

Tengo que hacer en este momento, en el momento de mi muerte, como lo he hecho durante mi vida, una profesión solemne de mi fe en la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Campanas, que no son las de su patria, tocan a agonía. Honremos, una vez más, a quien supo “morir en la cruz todos los días”, haciendo buenos los versos de Silesius:

Aunque Cristo mil veces naciera
Si en tí no nace has de verte perdido.
La cruz del Gólgota no puede salvarte
Si a tí mismo no sabes con tu cruz redimirte.



Índice.

	<i>Págs.</i>
	<hr/>
Nota preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	5
José Silverio Jorrín o la timidez política, por <i>Elías Entralgo</i> .	7
Angustia y evasión de Julián del Casal, por <i>José Antonio Portuondo</i>	55
Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, por <i>Evelio Govantes</i>	89
Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar, por <i>Roberto Agramonte</i>	101

